LIBRO dot.com



Jack London

LA EXPEDICIÓN DEL PIRATA

Editado por LIBROdot.com

© 2002 – Copyright http://www.librodot.com
Todos los Derechos Reservados

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

PRIMERA PARTE
1. Hermano y hermana
2. «Las reformas draconianas»
3. «Briclo», «Sorrel-Top» y «Reddy»
4. El burlador, burlado
5. Devuelta a casa
6. Día de exámenes
7. Padre e hijo

SEGUNDA PARTE
8. Frisco Kid y el grumete nuevo
9. Abordo del *Dazzler*
10. Con los piratas
11. Capitán y tripulación
12. Joe trata de despedirse a la francesa
13. Prometen ayudarse mutuamente
14. Entre los bancos de ostras
15. Buenos marineros en un anclaje difícil
16. La caja de aseo de Frisco Kid
17. Frisco Kid cuenta su historia
18. Una nueva responsabilidad para Joe
19. El proyecto de los muchachos y su huida
20. Horas de peligro
21. Toe y su padre

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

HERMANO Y HERMANA

Cruzaron corriendo la arena luminosa, dejando tras ellos el Pacífico con el estrépito atronador de la resaca; al llegar a la calzada montaron en las bicicletas y, con extra ordinaria rapidez se hundieron en las verdes avenidas del parque. Eran tres, tres muchachos, vistiendo jerseys de vivos colores, y se deslizaban por el andén de las bicicletas a una velocidad tan peligrosamente cercana a la máxima, como suelen hacerlo todos los chicos que visten jerseys de brillantes colores. Y hasta es posible que excediesen la velocidad máxima. Así al menos lo creyó un policía montado del parque;

pero, no estando seguro, se contentó con amonestarles cuando pasaron por su lado como una exhalación. Instantáneamente se dieron por enterados del aviso, pero a la vuelta siguiente ya lo habían olvidado con igual rapidez, lo cual también es costumbre de los muchachos que usan jerseys de vivos colores.

Salieron disparados del Parque de la Puerta de Oro, tomaron la dirección de San Francisco y emprendieron el descenso de las colinas tan desenfrenadamente que los peatones se volvían a mirarles con inquietud. Los brillantes jerseys volaban por las calles de la ciudad, daban rodeos rehuyendo el subir por las colinas más empinadas, y cuando esto era inevitable, se detenían un instante para ver quién llegaba antes a la cumbre.

Sus compañeros llamaban Joe al muchacho que, con más frecuencia, abría la marcha, dirigía las carreras o iniciaba las paradas. Se trataba de «seguir al guía», y él, el mas alegre y audaz de todos, les guiaba. Pero cuando pasaron por la Western Addition, entre las lujosas y espléndidas residencias, su risa se tornó menos ruidosa y frecuente, y sin darse cuenta se fue rezagando hasta quedarse el último. En el cruce de las calles Laguna y Vallejo sus compañeros torcieron a la derecha.

—¡Hasta la vista, Fred! —gritó entonces Joe mientras dirigía su rueda hacia la izquierda—. ¡Hasta la vista, Charley!

—Esta noche nos veremos —le contestaron.

—No... no podré acudir —respondió.

—Anda, ven —suplicaron.

—Tengo trabajo. ¡Hasta la vista!

Al quedarse solo se puso serio y sus ojos reflejaron cierta contrariedad. Empezó a silbar resueltamente, pero el silbido se fue debilitando hasta convertirse en un sonido apenas perceptible, que cesó al entrar en una avenida que conducía a una gran casa de dos pisos.

—¡Oh, Joe!

Titubeaba ante la puerta de la biblioteca. Sabía que allí se hallaba Bessie estudiando sus lecciones. Además, debía de estar a punto de terminar, pues siempre concluía antes de comer, y no faltarían muchos minutos para ser la hora. Joe, en cambio, aún no había comenzado. Este pensamiento le irritó. Ya era bastante insoportable que una hermana dos años más joven estuviera a la misma altura, pero era más intolerable todavía que le sobrepujara en saber. No es que él fuese lerdo; nadie mejor que él sabía que no lo era. Pero, sin poder explicarse la causa, se daba el caso de que su inteligencia se fijaba en otras cosas y regularmente asistía a clase falto de preparación.

—Joe, haz el favor de venir y aquella voz era ligeramente quejumbrosa.

—¿Qué quieres? —dijo el apartando el portier con violencia.

Lo dijo con aspereza, pero un instante después ya lo lamentaba viendo a una niña pequeña y delgada que le miraba fijamente desde el otro lado de la enorme mesa de lectura cubierta de libros. Tenía enfrente lápiz y papel, y estaba sentada en una butaca de tan amplias dimensiones, que la hacía parecer aún más frágil de lo que en realidad era.

—¿Qué pasa, Sis? —preguntó con más dulzura, mientras se dirigía a su lado.

Ella le cogió la mano y la oprimió contra su mejilla, y cuando le tuvo cerca se le arrimó con gesto mimoso.

—¿Qué tienes, Joe querido? —inquirió tiernamente—. ¿Quieres decírmelo?

Él permaneció silencioso. Le pareció ridículo confiar sus penas a una hermana menor. ¡Si al menos pudiera alejarse de su lado... era tan tonto aquello! Pero podía herir sus sentimientos y por experiencia sabía qué susceptibles son las niñas.

Le abrió los dedos y le besó la palma de la mano. Era como si cayera un pétalo de rosa, y era también su manera de repetir la pregunta.

—No tengo nada —dijo decididamente. Y luego, contradiciéndose: —¡Es papá!

Su disgusto se reflejaba ahora en los ojos de la niña.

—Pero papá es tan bueno y cariñoso, Joe —comenzó—. ¿Por qué no tratas de complacerle? El no exige mucho de ti, y todo es por tu bien. Tú no eres torpe como otros chicos. Con que quisieras estudiar un poquito...

—¡Eso es! ¡Sermones! —estalló, apartando la mano rudamente—. Hasta tú empiezas a reprenderme ahora. Probablemente vendrán luego el cocinero y el mozo de cuadra.

Se puso las manos en el bolsillo y vio delante de sí un porvenir melancólico y desolado, lleno de interminables sermones y predicadores sin cuento.

—¿Para esto me has llamado? —preguntó cuando ya se volvía para marcharse.

Ella volvió a cogerle la mano.

—No, no era para esto, pero parecías tan disgustado que pensé... —la voz se le quebró y empezó de nuevo: —lo que quería decirte es que estamos organizando una excursión al otro lado de la bahía, a Oakland, para el sábado próximo; una excursión a las colinas.

—¿Quiénes van?

—Myrtle Hayes...

—¿Aquella bobalicona? —interrumpió.

—Yo no creo que sea bobalicona —contestó Bessie con energía—. Es una de las muchachas más agradables que conozco.

—Esto no es decir gran cosa, considerando las muchachas que conoces tú. Pero sigue. ¿Y las demás?

—Pearl Sayther y su hermana Alice, Jessie Hilbom, Sadie French y Edna Crothers. Esto en cuanto a las chicas.

Joe hizo un gesto lleno de desdén.

—Y los chicos ¿quiénes son entonces?

—Maurice y Félix Clement, Dick Schofield, Burt Layton, y...

—Basta ya. Son chiquillos que no van a ninguna parte.

—Yo... yo quería pedirte que vinierais tú, Fred y Charley —dijo ella con voz temblona—. Por eso te había llamado... para pedirte que vinierais.

—¿Qué haréis? —preguntó.

—Pasear, coger flores silvestres (ahora ya hay amapolas), merendar en algún sitio agradable, y... y...

—Volver a casa —concluyó por ella.

Bessie asintió con la cabeza. Joe volvió a introducir las manos en los bolsillos y a pasear de arriba abajo.

—¡Vaya unos preparativos! —dijo bruscamente—. ¡Qué programa tan estúpido! No cuentes conmigo, gracias.

La niña apretó los labios temblorosos y volvió a la carga valerosamente.

—¿Y tú qué harías? —preguntó.

—Yo cogería a Fred y a Charley y me iría a algún sitio para hacer algo... bueno, algo...

Se detuvo y se la quedó mirando. Ella esperaba pacientemente que continuase. Pero él se daba cuenta de su incapacidad para expresar con palabras lo que sentía y deseaba, y toda su pena y general descontento volvieron a adueñarse de el.

—¡Oh, tú no puedes comprender! —dijo de pronto—. No puedes comprender, tú eres una niña. A ti te gusta ir aseada y peripuesta, observar buena conducta y adelantar en los estudios. Tú no amas el peligro, ni las aventuras, ni todas estas cosas; ni te gustan los chicos revoltosos que saben gozar de la vida, ni nada de esto. Prefieres los niños buenos con cuello blanco, siempre limpios y bien peinados, que les guste estar retirados, que el maestro les mime y diga que progresan; niños amables que no hagan diabluras y que les baste con pasear, coger flores y merendar, y se den por satisfechos con eso para meterse a hacer diabluras. ¡Oh, conozco la especie! Se asustan de su propia sombra y no tienen más valor que una oveja. Esto es lo que son... ovejas. Pues bien; yo no soy una oveja, y hemos terminado. Y no quiero tomar parte en vuestra merienda ni en lo demás, y no voy.

Las lágrimas asomaron a los negros ojos de Bessie y le temblaban los labios. Esto irritó a Joe sobremanera. ¿Para qué servían las chicas, a ver? Siempre gimoteando, contrariando, y queriendo mandar sobre los demás. No tenían ni pizca de sentido común.

—No se os puede decir nada sin que os echéis a llorar —afirmó, tratando de calmarla—. Pero yo no quería molestarte, Sis. Yo no quería, ¿sabes? Yo...

Se detuvo sin saber cómo proseguir y la miró. Bessie estaba sollozando, y al mismo tiempo que se estremecía con los esfuerzos por contenerse, las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Oh, las chicas! —gritó furioso, y salió de la habitación a grandes zancadas.

CAPÍTULO 2

«LAS REFORMAS DRACONIANAS»

Pocos minutos después Joe entró a comer, furioso aún. Comió en silencio a pesar de que sus padres y Bessie sostenían una conversación animada. ¡Un momento antes esta chica estaba llorando —pensaba Joe brutalmente para sus adentros—, y al instante se volvía toda sonrisas y alegría! Él no era así. Si él hubiese tenido un motivo importante para llorar, estaba seguro de que le duraría días. Las muchachas eran unas hipócritas, eso era todo. No faltaban razones que abonaran su juicio. Sin duda les divertía dominar a los demás y debía causarles placer hacerles desdichados, especialmente si se trataba de chicos. Por esto le llevaban siempre la contraria.

Así, reflexionando sabiamente, fijó sus ojos en el plato y dio buena cuenta de la comida; porque es imposible correr desde Cliff House hasta la Western Addition, pasando por el parque, sin hacerse reo de un saludable apetito. De vez en cuando su padre le dirigía miradas entre dulces e inquietas. Joe no veía estas miradas, pero no se le escapaban a Bessie. El señor Bronson era un hombre de mediana edad, corpulento y macizo, aunque no grueso. Su rostro, de mandíbulas prominentes y facciones severas, aparentaba rudeza, pero sus ojos eran benévolos, y alrededor de su boca había unas líneas que eran más efecto de la risa que de la seriedad. No era menester un examen más detenido para descubrir el parecido entre él y su hijo Joe. La misma frente despejada y la misma mandíbula vigorosa les caracterizaba, y sus ojos, teniendo en cuenta la diferencia de edades, se parecían como guisantes de una misma vaina.

—¿Estás muy adelantado, Joe? —preguntó al fin el señor Bronson.

Habían terminado de comer y estaban a punto de levantarse de la mesa.

—¡Oh, no puedo aventurarlo! ——contestó con negligencia Joe—; y después añadió: ––Mañana tenemos exámenes, entonces lo sabré.

—¿Y adónde vas? —le preguntó su madre cuando se volvía para salir.

Era una mujer esbelta y delicada, cuyos ojos oscuros eran iguales que los de Bessie, y como ella, era de carácter dulce.

—Voy a mi cuarto —respondió Joe—. A estudiar para mañana.

Le pasó, cariñosa, la mano por el cabello, y se inclinó para besarle. Al salir, el señor Bronson le sonrió conciliador, y Joe subió corriendo la escalera, decidido a trabajar de firme y a aprobar en los exámenes del día siguiente.

Entró en su habitación, cerró la puerta con llave y se sentó junto a una mesa arreglada muy agradablemente para ser el estudio de un chico. Recorrió con la vista los libros de texto. El examen de historia era el primero que había de celebrarse por la mañana, así que comenzaría por esto. Abrió el libro por donde estaba doblada la página, y empezó a leer:

«Poco tiempo después de las reformas draconianas, estalló una guerra en Atenas y Megara, por cuestión de la isla Salamina, sobre la que ambas ciudades pretendían tener derecho.»

Aquello era fácil; pero ¿qué eran las reformas draconianas? Había que mirarlo. Se sentía profundamente estudioso mientras volvía hacia atrás las hojas del libro, hasta que, al levantar por casualidad los ojos, vio una careta y un guante de béisbol encima de una silla.

No deberían haber perdido aquel partido el sábado último —pensó Joe—, y a no ser por Fred, esto no hubiese sucedido. El hubiese querido que Fred no se atu rullara. Podía coger la pelota cien veces consecutivas, pero cuando llegaba un momento crítico, dejaba pasar hasta una gota de rocío. Debió haberle mandado salir del campo y traer a Jones como primera base. Sólo que Jones era demasiado excitable. Cogía la pelota de todas las maneras posibles, pero nadie podía decir lo que haría con ella una vez en su poder.

Joe volvió en sí con un sobresalto. ¡Vaya una manera de estudiar historia! Hundió la cabeza en el libro, y comenzó de nuevo:

«Poco tiempo después de las reformas draconianas...»

Leyó tres veces la misma frase, y entonces recordó que no había mirado qué eran las reformas draconianas. Llamaron a la puerta. Volvió las hojas con estrepitoso revoloteo pero no respondió.

Llamaron por segunda vez, y a sus oídos llegó la voz de Bessie:

—Joe, querido.

—¿Qué quieres? —preguntó; y sin darle tiempo para contestar, dijo precipitadamente: —No se puede entrar, estoy ocupado.

—Venía a ver si podía ayudarte —se disculpó ella—. He terminado ya, y pensé...

—¡Claro que has terminado! —gritó—. ¡Siempre ocurre lo mismo!

Se sostenía la cabeza con ambas manos a fin de no apartar los ojos del libro. Pero la careta de béisbol no le dejaba en paz. Cuantos más esfuerzos hacía para fijar la atención en la historia, más veía con la imaginación la careta de encima de la silla y todas las jugadas en que había tomado parte.

Así no haría nada. Prudentemente volvió el libro hacia abajo y se dirigió hacia la silla. Con un rudo empujón mandó violentamente careta y guante debajo de la cama con tal fuerza que oyó cómo la primera rebotaba contra la pared.

«Poco tiempo después de las reformas draconianas, estalló una guerra entre Atenas y Megara...»

La careta había rodado al chocar contra la pared. Se preguntaba si habría sido esto suficiente para ocultarla y que él dejase de verla. No, no miraría. ¿Qué importaba que se hubiese ocultado bien? Aquello no era historia, después de todo...

Miró por encima del libro y vio la careta asomando por debajo del borde de la cama. Esto era intolerable. No había manera de seguir estudiando mientras aquella careta estuviese por allí. Se levantó, cogió la careta, cruzó la habitación y, llegando al cuarto de baño, la echó dentro, cerrando después la puerta con llave. Ya lo había resuelto, ¡Santo Dios! Ahora podría trabajar un poco.

Volvió a sentarse.

«Poco tiempo después de las reformas draconianas, estalló una guerra entre Atenas y Megara, por cuestión de la isla Salamina sobre la que ambas ciudades pretendían tener derecho.»

Todo lo cual estaría muy bien si hubiese averiguado ya lo que eran las reformas draconianas. Un suave resplandor penetró en la habitación y lo percibió al instante. ¿A qué sería debido? Miró por la ventana. El sol, al ponerse, lanzaba sus prolongados rayos oblicuos contra unos grupos de nubes bajas y las teñía de cálidos tonos escarlata, pasando por toda la gama de los rojos, y desde ellas vertía sobre la tierra la rosada luz, suave y resplandeciente.

Su mirada bajó desde las nubes a la bahía. La brisa del mar moría con el día, y desde Fort Point una barca pesquera se deslizaba dentro del puerto antes de que se aca bara el airecillo. Un poco más allá un remolcador lanzaba a lo alto una espiral de humo, mientras arrastraba una goleta de tres mástiles. Sus ojos erraron hasta la playa de Marin County. La línea donde se confundían la tierra y el agua estaba ya sumergida en la oscuridad, y unas sombras alargadas se iban corriendo por las cumbres de las colinas hasta Mount Tamalpais, cuya silueta se recortaba distintamente sobre el cielo.

¡Oh, si él, Joe Bronson, pudiera hallarse a bordo de aquella barca pesquera y tomar parte en una pesca de alta mar! ¡Oh, si navegase en aquella goleta que se dirigía a Poniente, hacia el mundo! ¡Aquello sí que era vivir, no hacer nada y andar siempre rodando por el mundo! Y en vez de esto estaba allí, encerrado en una habitación y calentándose los sesos para averiguar la historia de unas gentes muertas y desaparecidas miles de años antes de nacer el.

Se arrancó de allí como si le sujetara alguna fuerza física, y resueltamente llevó la silla y la historia al rincón mas apartado del cuarto, donde se sentó de espaldas a la ventana.

Un instante después, al menos así lo creyó él, se hallaba mirando de nuevo por la ventana y soñando. Cómo había llegado hasta allí no lo sabía. Su último recuerdo era el hallazgo de un subtítulo en una página de la derecha del libro, que decía: «Las leyes y la Constitución de Dracón». Y luego, era evidente que, andando como un sonámbulo, había llegado a la ventana. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? No hubiese podido decirlo. La barca pesquera que había visto desde Fort Point corría ahora a lo largo del malecón de Meigg. Esto denotaba un lapso de tiempo de casi una hora. El sol ya se había puesto hacía mucho rato; una solemne penumbra cubría el agua y las primeras estrellas empezaban a brillar tímidamente sobre la cumbre de Mount Tamalpais.

Se volvió suspirando para dirigirse de nuevo a su rincón, cuando llegó a sus oídos un silbido prolongado, agudo y penetrante. Era Fred. Volvió a silbar. Se repitió el silbido. Después se le unió otro. Era Charley. Le esperaban en la esquina. ¡Dichosos ellos!

Bueno, esta noche no le verían. Ahora silbaban a dúo. Se retorció en la silla y refunfuñó. No, no le verían esta noche, repetía al mismo tiempo que se ponía de pie. Cier tamente, le era imposible reunirse con ellos sin haber aprendido las reformas draconianas. La misma fuerza que le había retenido en la ventana, parecía empujarle ahora a cruzar la habitación en dirección a la mesa. Le hizo dejar la historia encima del montón de libros de estudio y sólo se dio cuenta de ello cuando ya había abierto la puerta y estaba en medio del vestíbulo. Se detuvo para volverse, pero pensó que podría salir un momento y luego regresar al trabajo.

Sólo un breve instante, se prometió cuando bajaba la escalera. Fue descendiendo, cada vez más deprisa, hasta que, al llegar abajo, se encontró saltando los escalones de tres en tres. Rápidamente se puso la gorra y salió corriendo por la puerta lateral; y antes de llegar a la esquina, las reformas draconianas estaban tan lejos en el pasado como el mismo Dracón, en tanto que los exámenes del día siguiente estaban igualmente lejanos en el por-venir.

CAPÍTULO 3

«BRICK», «SORREL-TOP» Y «REDDY»

—¿Qué hay? —preguntó Joe al reunirse con Fred y Charley.

—Las cometas —respondió Charley—. Anda, que estamos cansados de esperarte.

Los tres siguieron calle adelante hasta lo más alto de la colina, desde donde divisaron a mucha profundidad y casi debajo de sus pies la Union Street. A aquello lo llamaban el Abismo, y el nombre no podía estar mejor aplicado. A sí mismos se denominaban los habitantes de la Colina, y consideraban como una gran aventura el descenso de los habitantes de la Colina al Abismo.

Hacer volar cometas científicamente constituía uno de los más vivos placeres de estos tres habitantes de la Colina, y tener cinco o seis cometas volando sobre una milla de cordel y revoloteando entre las nubes era para ellos una cosa corriente. Con frecuencia se veían obligados a completar la provisión de cometas, pues cuando ocurría algún accidente y se rompía el cordel, o al bajar una cometa arrastraba a las demás, o bien si el viento se calmaba de pronto, caían indefectiblemente al Abismo, de donde era ya imposible recuperarlas. La razón de todo esto era que los chicuelos del Abismo pertenecían a una raza de piratas y ladrones, con ideas peculiares respecto a los derechos de propiedad.

Cierto día, después de un accidente ocurrido a una cometa de un habitante de la Colina, pudo verse esta misma cometa hendiendo los aires al extremo de un cor del procedente del Abismo, de los cubiles de la gente de allá abajo. Y ocurría esto porque, siendo los habitantes del Abismo pobres y no pudiendo permitirse el lujo de hacer volar científicamente cometas, se ejercitaban en este arte, con gran aprovechamiento, cuando acababan sus vecinos, los habitantes de la Colina.

Había además allí un viejo marino que se beneficiaba, pues como era entendido en cuerdas y corrientes construía las cometas más voladoras que pudieran obtenerse.

Habitaba junto al agua, en un caserón abandonado, desde donde podía observar, con su vista no muy clara ya, los movimientos de la marea y ver pasar los barcos y a la vez recordar tiempos pasados en que él también había surcado los mares.

Para llegar a su vivienda desde la Colina había que atravesar el Abismo, y en este lugar es donde se hallaban ahora nuestros tres mozalbetes. Ya habían ido muchas veces a buscar cometas durante el día, pero ésta era la primera vez que se atrevían a hacerlo después de oscurecido, y lo consideraban como lo que era en realidad: una peligrosa aventura.

En una palabra: el Abismo era el intrincado barrio de los pobres, donde vivían hacinadas, entre suciedad e inmundicia y en cosmopolita promiscuidad, gentes de todas las nacionalidades. Los muchachos pasaron por allí en dirección a la casa del marino a las primeras horas de la noche, sin topar con ningún contratiempo; únicamente, de vez en cuando, algún chiquillo del Abismo se les quedaba mirando descaradamente y les saludaba con observaciones burlonas.

Las cometas que fabricaba el viejo marino no sólo volaban espléndidamente, sino que se podían doblar y se transportaban con suma facilidad. Cada uno de los muchachos compró varias y, con ellas bajo el brazo, atadas en paquetes compactos, emprendieron el camino de regreso.

—Tened cuidado con los golfos —les advirtió el marino—. Es muy probable que estén merodeando después de anochecido.

—Nosotros no tenemos miedo —aseguró Charleyy ya sabemos defendernos.

Acostumbrados a las calles anchas y tranquilas de la Colina, a los chicos les sorprendía y turbaba la muchedumbre que pululaba en este barrio tan densamente poblado. Al pasar por aquel laberinto de calles estrechas les parecía estar cruzando una vegetación espesa y monstruosa y andaban muy juntos, como buscando mutua protección y sintiendo la extrañeza de cuanto les rodeaba.

Continuamente tropezaban con chiquillos de todas las edades. Mujeres con la cabeza descubierta y despeinadas charlaban a las puertas de las casas, o cruzaban por su lado llevando en un cesto colgado del brazo las mezquinas provisiones. Por todas partes se percibía olor a fruta y pescado en descomposición, a estiércol y podredumbre. Pasaban hombres con andar inseguro y niñas pequeñas y andrajosas atravesaban el barullo con precaución, sosteniendo en la mano jarras llenas de cerveza espumosa. Se confundían y mezclaban lenguas extrañas y dialectos, gritos estridentes, riñas y disputas, y todo el Abismo vibraba en un murmullo fuerte y sostenido, semejante al zumbido de una colmena humana, que es lo que era realmente.

—¡Ah, qué ganas tengo de salir de aquí! —dijo Fred. Hablaba en voz baja, y Joe y Charley indicaron con un gesto asustado que estaban de acuerdo con él. No sentían deseos de charlar, y caminaban tan deprisa como se lo consentía la muchedumbre, en el mismo estado de ánimo con que los viajeros cruzan una ciénaga peligrosa y hostil.

Y el peligro y la hostilidad rondaban en el Abismo. Sus habitantes parecían resentirse de la presencia de aquellos extranjeros de la Colina. Unos rapaces mugrientos les insultaban al pasar, provocándoles con bravatas de ataque. Y al mismo tiempo otros diablillos les seguían de cerca, formando una escolta ruidosa, que se iba haciendo más insolente según aumentaba en número.

—No les hagáis caso —advirtió Joe—. Sigamos adelante, sin darnos por enterados. Pronto habremos salido de aquí.

—No, aún hay para rato —dijo Fred en voz baja—. ¡Mira!

En la esquina más próxima había cuatro o cinco chiquillos de su misma edad. La luz de una farola de la calle se derramaba sobre ellos y ponía de manifiesto a uno de cabellos de un rojo vivo. No podía ser sino «Brick» Simpson, el temido jefe de una banda terrible. Recordaban que había conducido dos veces su banda a la Colina y había sembrado el terror entre la gente joven, que huyó alocada a sus casas, mientras sus padres telefoneaban precipitadamente a la policía.

A la vista del grupo de la esquina, la multitud que seguía a los tres muchachos se disolvió de inmediato, con aparentes manifestaciones de miedo. Esto sólo sirvió para aumentar su inquietud, pero continuaron resueltamente su camino.

El rapaz del pelo rojo se destacó del grupo y, dirigiéndose hacia ellos, les interceptó el paso. Trataron de dar un rodeo, pero él extendió el brazo.

—¿Qué venís a hacer aquí? —dijo, provocador—. ¿Por qué no os quedáis en vuestro barrio?

—Justamente nos vamos a casa —contestó Fred con suavidad.

Brick miró a Joe.

—¿Qué llevas debajo del brazo? —le preguntó.

Joe se contuvo y no le hizo caso.

Venid —dijo a Fred y Charley, al mismo tiempo que se disponía a pasar de largo junto al jefe de la banda.

Pero Brick Simpson le asestó un rápido puñetazo y con igual rapidez le arrebató el paquete de cometas.

La rabia hizo lanzar a Joe un grito inarticulado y, abandonando toda prudencia, saltó sobre su agresor. Evidentemente esto fue una sorpresa para el jefe de la banda, quien lo que menos esperaba era verse atacado en su propio territorio. Retrocedió algunos pasos, teniendo todavía las cometas en la mano y fluctuando entre el deseo de luchar y el de conservar su presa.

Este último fue el que dominó, y dando media vuelta escapó velozmente por una callejuela lateral hacia el laberinto de calles y callejones. Joe sabía que se estaba hun diendo en lo más peligroso del campo enemigo; pero su orgullo estaba herido y se había atentado contra su propiedad, por lo que emprendió la persecución con toda la celeridad de sus piernas.

Fred y Charley le siguieron aunque él ganaba terreno, y tras ellos venían los otros tres rapaces, emitiendo, mientras corrían, prolongados silbidos, que sin duda eran la señal para reunirse el resto de la banda. A medida que continuaba la caza estos silbidos eran contestados desde todas las direcciones, y pronto una veintena de oscuras siluetas estuvieron a la zaga de Fred y Charley, quienes exigían a cada uno de sus músculos el máximo esfuerzo, a fin de no perder de vista al infatigable Joe.

Brick se lanzó por un hueco, en busca de un «burladero». Los burladeros son corredores dispuestos de antemano a través de empalizadas, cobertizos y casas, sorteando negros agujeros y esquinas, donde el perseguido, poco familiarizado, tiene que andar con precaución, y donde son muchas las probabilidades de que pierda la pista.

Pero Joe alcanzó a Brick antes de llegar al final del pasadizo, y juntos rodaron una y otra vez por el lodo estrechamente abrazados. Cuando llegaron Fred y Charley y los de la banda, ya se habían levantado y se hallaban frente a frente.

—¿Qué es lo que quieres? decía retándole el jefe pelirrojo—. ¿Qué es lo que quieres? Me gustaría saberlo.

—Quiero mis cometas —contestó Joe.

Los ojos de Brick Simpson brillaron al enterarse. Precisamente era esto lo que él necesitaba.

—Pues tendrás que luchar para obtenerlas —anunció.

—¿Por qué habré de luchar? —preguntó Joe, indignado—. Son mías.

Lo cual sirve para demostrar cuán poco conocía las ideas de la gente del Abismo sobre los derechos de propiedad.

Un coro de burlas y silbidos se elevó de la banda, que se arremolinaba detrás de su jefe como una manada de lobos.

—¿Por qué he de luchar para obtenerlas? —repitió Joe.

—Porque yo lo digo —replicó Simpson—. Y lo que yo digo se hace. ¿Comprendes?

Pero Joe no comprendía. Se negaba a comprender que la palabra de Brick Simpson era ley en San Francisco o en alguna parte de San Francisco. Su amor a la honradez y al recto proceder se sentía ofendido, y toda su sangre de luchador se había sublevado.

—Dame las cometas ahora y aquí mismo —dijo amenazador y alargando la mano.

Pero Simpson las tiró lejos de sí.

—¿Tú sabes quién soy yo? —le preguntó—. Soy Brick Simpson, y no permito que nadie me hable en ese tono.

—Mejor será que le dejes —murmuró Charley al oído de Joe—. ¿Qué significan unas cuantas cometas? Déjale y salgamos de aquí.

—Son mías —dijo Joe lentamente, cada vez más obstinado—. Son mías y las quiero.

—No puedes luchar contra esta muchedumbre —intervino Fred—, pues aunque le ganaras se te echarían todos encima.

Los de la banda, al apercibirse de este coloquio en voz baja y creyendo equivocadamente que tenía por causa las dudas de Joe, pusiéronse de nuevo a aullar como lobos.

—¡Tiene miedo! ¡Tiene miedo! —decían aquellas fierecillas mofándose y escarneciéndole—. Es demasiado fino. Podría ensuciarse la camisa tan bonita y tan limpia, y después, ¿qué diría la mamá?

—¡A callar! vociferó el jefe con autoridad, y al instante cesó el alboroto.

—¿Quieres darme las cometas? —preguntó Joe avanzando decidido.

—¿Quieres luchar para obtenerlas? —replicó Simpson.

—Sí —contestó Joe.

—¡Lucha! ¡lucha! —volvió a aullar la banda.

—Y vamos a ver un hermoso espectáculo —dijo una gruesa voz de hombre.

Todos los ojos se dirigieron hacia el sujeto que se había acercado sin ser visto y que así se anunciaba. Con la luz eléctrica que brillaba sobre ellos en la esquina vieron que era un hombre alto y musculoso, vestido con traje de obrero. Calzaba pesadas abarcas, una estrecha correa negra le sujetaba los anchos calzones alrededor de la cintura, y en la cabeza llevaba una gorra negra y grasienta. Tenía la cara tiznada y la camisa azul, de tela burda, desabrochada, dejaba ver un cuello macizo.

—Y ¿usted quién es? —preguntó Simpson, indignado por la interrupción.

—Esto no es de tu incumbencia —replicó agriamente el recién llegado—. Pero por si puede hacerte algún bien, te diré que soy fogonero de un barco chino, y, como he dicho

antes, vengo a contemplar un hermoso espectáculo. Ésta es mi ocupación. La tuya es procurarnos una buena diversión. Ya puedes empezar, y no lo hagas durar toda la noche.

Los tres muchachos estaban tan satisfechos con la llegada del fogonero, como disgustados Simpson y sus secuaces. Se reunieron para conferenciar durante varios minutos, después Simpson depositó el paquete de cometas en los brazos de uno de su banda y avanzó unos pasos.

—Ven, pues —dijo, quitándose al mismo tiempo la americana.

Joe dio la suya a Fred y de un salto se puso a su lado. Levantaron los puños y se miraron de frente. Casi instantáneamente Simpson le asestó un violento puñetazo y se apartó con astucia, rehuyendo el golpe que Joe le devolvía. Este sintió de pronto cierto respeto por el talento de su adversario, pero el efecto que le produjo fue avivar la tenacidad de su naturaleza y el propósito de vencer.

Amedrentados por la presencia del fogonero, los compañeros de Simpson se limitaban a excitar a Brick y a burlarse de Joe. Los dos muchachos daban vueltas, atacando, disimulando y defendiéndose, y ora el uno ora el otro, colocaban un golpe eficaz. Sus actitudes ofrecían un señalado contraste. Joe estaba erguido, sólidamente apoyado en los pies, con las piernas muy abiertas y la cabeza levantada. Por su parte, Simpson se encogía hasta ocultar la cabeza entre los hombros, y siempre estaba en constante movimiento, saltando, brincando y ejecutando una serie de jugadas completamente nuevas y extrañas para Joe.

Al cabo de un cuarto de hora, ambos estaban cansados, pero Joe se hallaba más fresco. Los efectos del tabaco, de la mala alimentación y de una vida poco higiénica se advertían en el jefe de la banda, que jadeaba convulsivamente, falto de respiración. Aunque al principio había castigado duramente a Joe, debido a una mayor experiencia, ahora se hallaba extenuado y sus golpes carecían de fuerza. Empezando a desesperarse, adoptó un método de ataque que, en rigor, no podría llamarse desleal, pero sí despreciable: consistía en maniobrar, saltar a fondo golpeando rápidamente, y luego, inclinándose hacia adelante, caer al suelo, a los pies de Joe. Éste no podía pegarle mientras no se levantara, y el retrocedía hasta estar en condiciones de ponerse en pie y volver a lo mismo.

Pero Joe se cansó de este juego y se dispuso a terminarlo. Haciendo coincidir su puñetazo con el ataque de Simpson, lo descargó en el instante en que aquél se agachaba para dejarse caer. Y sí que cayó, pero fue de lado, al chocar el puño de Joe en su cabeza. Rodó por el suelo y trató en vano de levantarse, llorando y gimoteando. Sus secuaces se empeñaban en que se pusiera de pie, y él lo intentó una o dos veces, pero estaba demasiado agotado y aturdido.

—Me rindo dijo—; ya tengo bastante.

La banda estaba silenciosa y humillada ante el descalabro de su jefe.

Joe avanzó unos pasos:

—Voy a molestarte, a causa de las cometas —dijo al chico que las guardaba.

—¡Oh, no! —intervino otro miembro de la banda, colocándose entre Joe y sus cometas. Tenía también el cabello de un rojo subido—. Antes de apoderarte de ellas tendrás que habértelas conmigo.

—No lo creo —dijo resueltamente Joe—. He luchado y he vencido, así que no hay más que hablar.

—¡Oh, sí que hay! —repuso el otro—. Yo soy «Sorrel-top» Simpson. Brick es mi hermano. ¿Ves?

Y de esta manera conoció Joe otra costumbre de los habitantes del Abismo, que hasta entonces había ignorado.

—Bueno —dijo, más excitada que nunca su sangre de luchador, ante la injusticia del procedimiento—. ¡Ven!

Sorrel-top Simpson, un año más joven que su hermano, dio pruebas de ser más innoble aún como contrincante, y el buen fogonero tuvo que intervenir varias veces antes de que el segundogénito de la tribu de los Simpson rodase por el suelo y se diera por vencido.

Esta vez fue en busca de sus cometas sin presumir, ni remotamente, que debía ganárselas todavía. De nuevo se interpuso otro rapaz entre él y los suyos. Tenía el cabello igualmente de un color encendido, y Joe reconoció en él a otro miembro de la misma tribu. Era la última edición de los hermanos, algo menos corpulento y con el rostro cubierto de numerosas pecas, que la luz eléctrica ponía francamente de manifiesto.

—No tendrás las cometas hasta que me hayas derrotado a mí —le provocó con una vocecita chillona—. Yo soy «Reddy» Simpson, y no podrás decir que has vencido a la familia si antes no me vences a mí.

Los de la banda aplaudieron admirados, y Reddy se despojó de su andrajosa chaqueta, como preliminar del combate.

—Prepárate —dijo a Joe.

Éste tenía los nudillos doloridos, le sangraba la nariz, tenía el labio partido e hinchado y la camisa rasgada de arriba abajo. Además estaba fatigado y respiraba con dificultad.

—¿Quedan muchos Simpson todavía? —preguntó—. He de volver a casa, y si vuestra familia es muy numerosa esto durará toda la noche.

Yo soy el último y el mejor —replicó Reddy—. Vénceme y tendrás las cometas, te lo aseguro.

—Bueno —suspiró Joe—. Vamos.

Aunque el menor de la tribu carecía de la fuerza y habilidad de sus hermanos mayores, las suplía con un juego de gato montés que castigó severamente a su adversario. Varias veces pensó Joe que habría de rendirse a aquel pequeño torbellino, pero cada vez reunía todas sus fuerzas y volvía tenazmente a la carga, pues sentía que luchaba por sus principios, lo mismo que habían luchado sus antepasados; además, le parecía que el honor de la Colina estaba sobre el tapete, y que él, como su representante, debía hacer cuanto estuviese de su parte para dejarlo a salvo.

Así que resistió y procuró aguantar los choques rápidos y continuados de su adversario, hasta que aquella personilla poco experimentada se agotó con sus propios esfuerzos y desde el suelo confesó que por primera vez en la historia «había sido vencida la familia Simpson».

CAPÍTULO 4

EL BURLADOR, BURLADO

Pero, como pronto tuvieron ocasión de comprobar los tres habitantes de la Colina, la vida en el Abismo no ofrecía muchas garantías de seguridad. Antes de que Joe tuviera tiempo de posesionarse de sus cometas, quedó sorprendido al ver a todos sus enemigos, el fogonero inclusive, huyendo en vertiginosa carrera. Así como los chiquillos y los

rapazuelos habían huido al llegar la banda de Simpson, así desaparecían ahora éstos ante un nuevo y temible grupo de merodeadores.

Joe oyó gritar aterrorizados a los que escapaban: «¡La banda de los Peces! ¡La banda de los Peces!» Y él hubiese huido también de esta nueva amenaza, pero después de la última refriega había quedado sin aliento y veía la imposibilidad de escapar a lo que ahora se les venía encima. Fred y Charley sintieron unos deseos poderosos de correr ante un peligro suficientemente grande para asustar a la terrible banda de Simpson y al valeroso fogonero, pero no podían abandonar a su camarada.

En la calle desierta aparecieron unas siluetas oscuras, algunas rodearon a los muchachos y las otras se perdieron tras los fugitivos.

Los gritos de angustia que se oían denotaban que los rezagados habían sido sorprendidos y cuando volvieron los perseguidores llevaban al infeliz y rabioso Brick, que sujetaba aún con todas sus fuerzas el paquete de cometas. Joe miraba con curiosidad a esta última cuadrilla de malhechores. Eran jóvenes de diecisiete y dieciocho a veintitrés y veinticuatro años, y tenían todos el sello inconfundible de los hampones. Entre ellos había rostros viciosos, tan viciosos que su sola vista hizo temblar a Joe. Dos de estos merodeadores le asieron fuertemente de los brazos, y Fred y Charley fueron aprisionados de modo parecido.

—Tú, ven aquí dijo uno que hablaba con autoridad de jefe—, hay que averiguar esto. ¿Qué ha pasado? ¿De qué se trata, pelirrojo? ¿Qué hacíais?

—No hacíamos nada —lloriqueaba Simpson.

—Mira cómo está —el jefe volvió la cara de Brick hacia la luz eléctrica—. ¿Quién te ha pintado así? —le preguntó.

Brick señaló a Joe, quien inmediatamente fue conducido a primer término.

—¿Por qué os estabais arañando?

—Las cometas... mis cometas —dijo Joe audazmente—. Éste trataba de quitármelas. Ahora las llevaba debajo del brazo.

—Pero ¿eso es de veras? Mira, Brick, nosotros no transigimos con el robo en este territorio, ¿entiendes? Anda, suelta esas cometas que nunca fueron tuyas. Te lo digo por última vez.

El jefe de los hampones lo estrechaba con amenazas, y Simpson, llorando de rabia, entregó el botín.

Y tú, ¿qué llevas bajo el brazo? —preguntó el jefe de pronto a Fred, al mismo tiempo que le arrebataba el paquete—. Más cometas, ¿eh? Habéis vaciado una fábrica que no debía ser pequeña—advirtió finalmente después de haberse apropiado también del envoltorio de Charley—. Ahora me gustaría saber qué habrá que haceros a vosotros...

—¿Por qué? —preguntó Joe con vehemencia—. ¿Por habernos robado nuestras cometas?

—No es eso, no es eso —respondió el jefe cortésmente—, sino por haber pasado cargados de cometas por estos barrios y haber causado tan inconcebible alboroto. Esto es vergonzoso, verdaderamente vergonzoso.

Mientras los habitantes de la Colina eran el centro de atracción, Brick se había salido de pronto de su chaqueta y, escurriéndose por entre sus perseguidores y cruzando de un salto la calle desierta, huyó hacia el «burladero», adonde, al principio, Joe le había impedido ya dirigirse. Dos o tres de la cuadrilla salieron estrepitosamente en su persecución, saltando la empalizada tras él. A continuación hubo ladridos de perros en los patios y

choques de zapatos sobre cajas y cobertizos. Luego se oyó un ruido de agua como si se hubiese precipitado al suelo el contenido de un barril. Unos minutos después volvían los perseguidores muy cariacontecidos y calados por el diluvio con que les había obsequiado el astuto Brick, cuya voz resonaba ahora en el aire desde algún tejado protector, desafiadora y burlona.

Este contratiempo pareció desconcertar al jefe de los hampones, y en el preciso instante en que se volvía hacia Joe, Fred y Charley, un silbido largo y peculiar llegó a sus oídos, evidentemente la señal de alarma de alguno de ellos. Un momento después el propio centinela llegaba precipitadamente para reunirse al grupo que ya empezaba a retirarse.

—¡Copados! —dijo jadeando.

Joe miró, y vio acercarse a dos policías, cubiertos con el casco y luciendo brillantes estrellas sobre el pecho. —Salgamos de aquí —susurró a Fred y a Charley. Los malhechores ya habían emprendido la huida, cerrándoles la retirada por aquel lado, y por el otro vieron avanzar a los policías. En consecuencia, se pusieron a correr en dirección al «burladero» de Brick Simpson, mientras los policías, que les seguían de cerca, les daban el alto enérgicamente.

Pero los pies jóvenes son ligeros, y más cuando les impulsa el miedo; así que los muchachos saltaron antes la empalizada y se precipitaron por el laberinto de patios.

Pronto notaron que los policías se habían hecho más prudentes. Evidentemente, conocían por experiencia aquellos «burladeros», y se dieron por satisfechos abandonando la caza ante la primera empalizada.

La luz de la calle no llegaba hasta allí, y los chicos andaban a tientas por la oscuridad, con el corazón pendiente de un hilo. En un patio, lleno de montones de canastas ycájas de frutas, se extraviaron casi media hora. Durante un buen rato no hallaron a su alrededor sino interminables montones de cajas. Finalmente, saltando un cobertizo, salieron de este laberinto para caer en otro patio obstruido por infinidad de jaulas de pollos vacías.

Más adelante llegaron adonde se hallaba el aparato que había remojado a los perseguidores de Brick Simpson. Era una invención ingeniosa. El «burladero» conducía a través de una empalizada, a la que faltaba una tabla, y en este sitio había un listón largo, dispuesto de tal modo que el que pasara ignorándolo había de tropezar inevitablemente con el. Este listón era el resorte que abría la trampa.

Un ligero roce era suficiente para apartar una gran piedra de un barril colocado a la altura de la cabeza y convenientemente equilibrado. Al soltarse la piedra, el barril daba una vuelta en redondo y vertía su contenido sobre el que, estando debajo, hubiese tocado el listón.

Los muchachos examinaron el aparato, celebrándolo con malicia. Afortunadamente para ellos el barril estaba volcado, si no también hubiesen recibido una ducha, pues Joe, que iba delante, había tropezado con el madero.

—¿Será éste el patio de Simpson? —preguntó en voz baja.

—Es posible —aseguró Fred—; o el de algún otro miembro de su banda.

Charley, alarmado, le tocó en el brazo.

—¡Silencio! ¿Qué es eso? —murmuró.

Se agazaparon en el suelo. No lejos se oía andar a alguien. Luego percibieron ruido de agua al caer, como si desde un grifo se llenara un cubo. A continuación oyeron acercarse unos pasos decididos. Se encogieron más aún, no atreviéndose a respirar de miedo.

Junto a ellos pasó una sombra, y apoyándose en una caja subió a la empalizada. Era el propio Brick, que preparaba la trampa. Le oyeron arreglar el listón y la piedra, luego enderezar el barril y vaciar en él un par de cubos. Cuando descendió para ir por más agua, Joe saltó sobre él, le derribó y le sujetó en el suelo.

—No hagas ruido —dijo—. Óyeme.

—¡Oh, eres tú! —replicó Simpson con un dejo de alivio tan evidente que también le hizo sentirse aliviado—. ¿Qué buscáis aquí?

—Buscamos la salida —dijo Joe—, el camino más corto será el mejor. Nosotros somos tres y tú sólo uno...

—Está bien, está bien —interrumpió el jefe de la banda—. De todos modos os la hubiera enseñado. No tengo nada contra vosotros, seguidme, y enseguida estaréis fuera.

Pocos minutos después saltaron desde una empalizada de bastante altura a un sombrío callejón.

—Seguid por ahí hasta la calle —indicó Simpson—. Volved a la derecha y continuad hasta dos manzanas más abajo, luego otra vez a la derecha, tres manzanas más y estaréis en la Unión. Tra-la-loo.

Se despidieron y, al bajar por el callejón, recibieron el siguiente consejo:

—Otra vez que compréis cometas, valdrá más que las dejéis en casa.

CAPÍTULO 5

DE VUELTA A CASA

Siguiendo las indicaciones de Brick Simpson, salieron a la Union Street, y sin más contratiempos llegaron a la Colina. Desde la cima miraron hacia el Abismo, de donde subía el rumor constante e indefinible propio de los lugares densamente habitados.

—Yo no volveré a bajar nunca, por mucho que viva —dijo Fred—. ¿Qué habrá sido del fogonero?

—Hemos tenido suerte de salir con el pellejo intacto —repuso Joe filosóficamente, a guisa de consuelo.

—Me parece que nos ha tocado lo nuestro, y a ti más que a nosotros —dijo riendo Charley.

—Sí —respondió Joe—, y en cuanto llegue a casa será mayor el disgusto que el que podáis tener vosotros. Buenas noches, camaradas.

Como había presumido, estaba cerrada la puerta lateral, y tuvo que dar la vuelta hasta el comedor para entrar como un ladrón por la ventana. Mientras atravesaba el espacioso vestíbulo y se dirigía cautelosamente hacia la escalera, salió su padre de la biblioteca. La sorpresa fue mutua, y ambos se detuvieron asustados.

Joe sentía un deseo convulsivo de reír, porque se daba cuenta de cuál debía ser su aspecto. En realidad, era mucho peor de lo que él se imaginaba. Lo que vio el señor Bronson fue un chico con el sombrero y la americana cubiertos de lodo, la cara llena de señales de lucha y, en particular, una nariz hinchada, una ceja magullada, un labio partido, una mejilla arañada, los nudillos sangrando aún y la camisa rasgada hasta la cintura.

—¿Qué significa esto? —logró articular al fin el señor Bronson.

Joe permanecía callado. ¿Cómo podría explicar en una breve frase los acontecimientos de aquella noche? Porque era indispensable incluirlos todos en la explicación de lo que significaba aquel desorden.

—¿Has perdido la lengua? —preguntó el señor Bronson, manifestando impaciencia—. ¡Habla!

—He... he...

—Sí, sí —le animó su padre.

—He... bueno, he bajado al Abismo —consiguió decir finalmente Joe.

—Debo confesar que tienes todo el aspecto de eso... quizás demasiado.

El señor Bronson hablaba con severidad; pero afortunadamente, aunque a costa de un gran esfuerzo, logró sonreír.

—Presumo —continuó— que no te refieres a la morada de los pecadores, sino más bien a algún sitio determinado de San Francisco, ¿no es eso?

Joe tendió el brazo señalando hacia la Union Street y dijo:

—Sí, está allá abajo.

—¿Y quién le puso ese nombre?

Yo —respondió Joe, como si confesara un crimen especial.

—Sin duda alguna es muy apropiado y denota imaginación. No le cabría otro mejor por lo que veo. En lenguaje seguramente debes lucirte en la escuela.

Esto no aumentó la felicidad de Joe, pues de la única asignatura de que no tenía que avergonzarse era precisamente de la de lengua.

Y mientras ofrecía aquel silencioso aspecto de la miseria y la desgracia, el señor Bronson le miraba con los ojos de su propia niñez, alcanzando con esto una comprensión que Joe no podía sospechar.

—Sin embargo, lo que ahora te hace falta no es precisamente un discurso, sino un baño, tafetán, árnica y compresas de agua fría —dijo el señor Bronson—. Conque a la cama. Necesitas dormir cuanto más mejor, mañana por la mañana seguro que estarás todo dolorido, no te podrás ni mover.

El reloj daba la una cuando Joe se metió entre sábanas. Súbitamente se sintió atormentado por unos golpes suaves e insistentes, que creyó continuaban a través de varias centurias, hasta que al fin, no pudiendo resistirlos más, abrió los ojos y se incorporó.

El día entraba a raudales por la ventana, un día luminoso y soleado. Estiró los brazos para bostezar, pero sintió un dolor agudo en todos sus músculos y dejó caer los bra zos con más rapidez que los había levantado. Se los miró extrañado, y de pronto, recordando los acontecimientos de la noche, suspiró.

El golpear persistía aún, y gritó:

—Sí, ya oigo. ¿Qué hora es?

—Las ocho —dijo Bessie a través de la puerta—. Las ocho, y tendrás que darte prisa si no quieres llegar tarde a la escuela.

—¡Dios mío! —exclamó Joe mientras saltaba de la cama precipitadamente—. Gimiendo por el dolor de todos sus músculos entumecidos, se dejó caer lenta y cui dadosamente sobre una silla.

—¿Por qué no me has llamado más temprano? —gruñó.

—Papá dijo que te dejáramos dormir.

Joe suspiró otra vez de manera distinta. Entonces advirtió el libro de historia, y todavía volvió a suspirar en otro tono diferente.

—Bueno —gritó—. Vete, estaré enseguida.

No tardó en bajar; pero si Bessie le hubiese visto descender la escalera se hubiera asombrado ante las singulares precauciones que tomaba y las punzadas de dolor que a cada momento le contraían el rostro. Con todo, cuando lo encontró en el comedor se le escapó un grito de espanto y corrió hacia él.

—¿Qué te pasa, Joe? —le preguntó temblando—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada —rezongó el muchacho mientras se azucaraba las sopas.

—Pero, seguramente...

—No me fastidies, te lo ruego —la interrumpió—. Es tarde y quiero desayunar.

En aquel momento, Bessie vio llegar a la señora Bronson y, aunque todavía intrigada, se apresuró a desaparecer. Joe le quedó reconocido por esto a su madre y por haberse abstenido de hacer observación alguna respecto a su aspecto. Su padre le habría contado lo sucedido; esto era indudable. Estaba seguro de que no le fastidiaría con preguntas inoportunas, ya que nunca acostumbraba a hacerlo. Y, pensando de esta suerte, acabó de desayunar, sintiendo, sin embargo, con una vaga molestia, que su madre se movía inquieta a su alrededor. Aunque siempre se mostraba cariñosa, notó que le besaba con desacostumbrada ternura cuando salió con los libros que se balanceaban al extremo de una correa; y vio también, al doblar la esquina, que seguía mirándole desde la ventana.

Pero sus magulladuras y su dolor eran para él de mayor importancia. Cada paso, al andar, representaba un esfuerzo y un tormento. Aún más que la luz del sol, que al reflejarse en el cemento de la acera le molestaba en el ojo lastimado, y que el daño de las heridas, le hacía sufrir el dolor en los músculos y las articulaciones. Nunca hubiese imaginado un entumecimiento semejante. Cada músculo de su cuerpo protestaba separadamente cuando se le obligaba a ponerse en movimiento. Tenía los dedos muy hinchados, y el cerrar y abrir la mano constituía una tortura; en cuanto a los brazos, le dolían desde la muñeca hasta el codo. Esto, se decía, era debido a los muchos golpes que había parado, protegiéndose el cuerpo y la cara. Se preguntaba si Brick Simpson se hallaría en situación parecida, y al pensar en su mutua desdicha sintió cierta afinidad con aquel temible pilluelo.

Cuando entró en el patio de la escuela, pronto se dio cuenta de que era el centro de atracción de todas las miradas. Los chicos se apiñaban respetuosamente a su alrede dor, y aun sus compañeros de clase y aquellos con quienes tenía confianza le contemplaban con cierta consideración que nunca había notado hasta entonces.

CAPÍTULO 6

DÍA DE EXÁMENES

Era evidente que Fred y Charley habían hecho correr la noticia de su descenso al Abismo y de su combate con la tribu de los Simpson y con los Peces. Oyó dar las nueve con una sensación de alivio, y entró en la escuela seguido de las miradas de admiración de todos los chicos. Las niñas le contemplaban también, tímidas y medrosas, como hubieran contemplado a Daniel saliendo de la cueva de los leones, o a David después de

la batalla con Goliat. Así pensaba Joe; pero esta adoración de héroe le molestaba y afligía, y deseó cordialmente que dirigieran por un rato los ojos a otra parte.

Pronto miraron en otra dirección. Mientras se distribuían sobre cada pupitre grandes hojas de papel, la señorita Wilson, una joven de aspecto austero, que pasaba por el mundo como si éste fuese una nevera (aun en los días más calurosos se la veía en la clase con un chal o una capa sobre los hombros), se levantó y escribió en la pizarra, donde todos pudiesen verlo, la cifra romana «I». Todos los ojos y había cincuenta pares de ellos—estaban pendientes de su mano con expectación, y en el intervalo que siguió reinó en la clase un silencio de muerte.

Debajo de la cifra romana «I» escribió: *«a)* ¿Qué eran las leyes de Dracón? *b)* ¿Por qué dijo un orador ateniense que estaban escritas, *no con tinta, sino con sangre?»*

Cuarenta y nueve cabezas se inclinaron y cuarenta y nueve plumas rasguearon vigorosamente sobre otras tantas hojas de papel. únicamente continuaba en alto la cabeza de Joe, quien consideraba la pizarra con un desconcierto tal, que la señorita Wilson, observándole por encima del hombro al terminar de escribir «II», se detuvo para mirarle. Después escribió: «a) ¿Cómo condujo a las reformas de Solón la guerra entre Atenas y Megara a causa de la isla Salamina? *b)* ¿En qué sentido diferían de las leyes de Dracón?»

Se volvió para mirar otra vez a Joe. Éste seguía con la vista fija y más desconcertado que nunca.

—¿Qué le sucede, Joe? —le preguntó—. ¿No tiene usted papel?

—Sí que tengo, gracias —y empezó caprichosamente a sacar punta al lápiz.

Hizo una punta fina. Después la hizo mas fina. Y después, con paciencia infinita, procedió a hacerla mucho más fina todavía. Varios de sus compañeros levantaron la cabeza para averiguar de dónde procedía aquel ruido. Pero él no lo notó. Estaba demasiado absorto en su trabajo, y su pensamiento hallábase ocupado en cosas tan distintas de la que estaba haciendo, como de la historia de Grecia.

—Por supuesto, todos ustedes saben que las hojas de examen deben escribirse con tinta.

La señorita Wilson se dirigía a la clase en general pero tenía los ojos fijos en Joe. Precisamente cuando ya la punta estaba todo lo fina posible, se rompió, y Joe comenzó de nuevo.

—Me parece, Joe, que está usted molestando a la clase —dijo la profesora, desesperada.

Dejó el lápiz encima de la mesa, cerró el cortaplumas con un crujido y volvió a fijar, desconcertado, los ojos en la pizarra. ¿Qué sabía él acerca de Dracón, o de Solón, o de los demás griegos? Le suspenderían: he aquí todo. No era necesario ver las otras preguntas; aunque supiese dos o tres contestaciones, no valía la pena escribirlas. Nada podría evitar el fracaso. Además, el brazo le dolía demasiado para escribir. Si miraba a la pizarra, le hacían daño los ojos, y hasta cuando los tenía cerrados le dolían; y creyó positivamente que le perjudicaría el pensar.

Así, pues, las cuarenta y nueve plumas rasgueaban a cuál mejor en pos de la señorita Wilson, quien cubría la pizarra con preguntas y más preguntas; y él escuchaba el rasguear, y viendo aumentar las preguntas bajo la tiza de la profesora se sentía verdaderamente desdichado. Le parecía que la cabeza le daba vueltas. Le dolía por dentro y por fuera, y creyó haber perdido por completo la noción de las cosas.

Los recuerdos del Abismo le abrumaban como escenas de una pesadilla monstruosa, y por mucho que se esforzara no podía desecharlos. Quiso fijar la imaginación y los ojos en

el rostro de la señorita Wilson, que ahora estaba sentada ante el pupitre, pero incluso entonces surgía frente a él el semblante impúdico de Brick Simpson. Era inútil. Se sentía enfermo y dolorido, cansado y despreciable. No había manera de evitar el fracaso. Y cuando después de una espera interminable se recogieron las hojas, sobre la suya no había sino su nombre, el nombre de la asignatura y la fecha que había escrito a través en lo alto de la página.

Después de un breve intervalo, fueron entregando más hojas, y comenzó el examen de aritmética. No se molestó en mirar las preguntas. En tiempo ordinario hubiese podido salir airoso de este examen, pero en el presente estado de ánimo y de cuerpo sabía que era imposible. Se contentó con cubrirse el rostro con las manos, esperando que llegara el mediodía. Una vez que levantó los ojos hacia el reloj, sorprendió a Bessie mirándole inquieta a través del salón, desde la sección de niñas. Esto aumentó su malestar. ¿Por qué había de fastidiarle? No necesitaba preocuparse por el. ¿Estaba empeñada en aprobar? Pues ¿por qué no había de dejarle tranquilo? Así es que le dirigió una mirada extraordinariamente furiosa y volvió a hundir el rostro entre las manos. No lo levantó hasta que tocaron las doce y, después de entregar una segunda hoja en blanco, salió junto con los otros chicos.

Generalmente, Fred, Charley y él almorzaban en un ángulo del patio que se habían reservado para ellos. Pero este día, por una singular coincidencia, una veintena de muchachos había elegido el mismo sitio para almorzar. Joe les observaba con disgusto. En su condición actual no se sentía inclinado a ser admirado como héroe. Le dolía demasiado la cabeza y estaba preocupado con su fracaso en los exámenes, y eso que aún faltaban los de la tarde.

Estaba irritado contra Fred y Charley, que sin dejar de darle un lugar preeminente, charlaban como garzas refiriendo las aventuras de la noche anterior, y tomaban cierto aire protector con los respetuosos y admirados condiscípulos. Quisieron éstos que hablase Joe, pero se frustraron todas sus tentativas. Gruñía y respondía brevemente con un «sí» o un «no» a las preguntas que le dirigían con intención de sonsacarle.

Deseaba huir a alguna parte, y echarse en algún sitio sobre la hierba, para olvidar sus sufrimientos. Se levantó dispuesto a marchar en busca de aquel refugio, pero se encontró con que le seguían media docena de admiradores. Quiso gritarles que le dejaran solo, pero se lo impidió su orgullo. Le envolvía una gran ola de disgusto y desesperación, y entonces una idea cruzó por su mente. Puesto que había de fracasar en los exámenes, ¿por qué sufrir la tortura de aquella tarde, que no podría ser sino peor que la de la mañana? Y siguiendo el impulso del momento, puso en práctica su idea.

Anduvo directamente hacia la puerta, y salió. Aquí sus admiradores se detuvieron asombrados. Joe volvió la esquina y se perdió de vista. Caminó sin rumbo fijo durante un buen rato, hasta que dio con los rieles de una línea de tranvía. Un coche procedente de la ciudad baja acababa de parar para que bajaran los pasajeros. Joe montó en él y se ocultó en un rincón del asiento exterior. De pronto notó que el coche daba la vuelta sobre la plataforma giratoria y se sintió arrebatado rápidamente. Ante él se hallaba el enorme edificio del embarcadero. Sin haber visto ni oído nada habían cruzado por el corazón del barrio de los negocios de San Francisco.

Dirigió una mirada al reloj de la torre. Era la una y diez; tenía tiempo suficiente para coger el barco de la una y cuarto. Esto lo decidió y, sin la menor idea de lo que hacía,

pagó los diez centavos del billete, atravesó la puerta y pronto se halló cruzando velozmente la bahía, en dirección a la linda ciudad de Oakland.

Con la misma inconsciencia y sin saber cómo, se encontró una hora más tarde sentado en el borde del malecón de la ciudad de Oakland y apoyando la dolorida cabeza contra un poste. Desde allí dominaba con la vista las cubiertas de buen número de pequeñas embarcaciones de vela. Unos cuantos haraganes se habían reunido para mirar curiosamente, y Joe también se sintió interesado.

Había cuatro barcos y desde donde se hallaba podía distinguir sus nombres. El que se encontraba precisamente debajo de el llevaba la palabra Ghost pintada en la popa con grandes letras verdes. Los otros tres que estaban más allá se llamaban, respectivamente, *La Caprice, el Oyster Queen y el Flying Dutchman.*

Cada uno de estos barcos tenía la cabina construida en el centro y sobre el cobertizo asomaban las breves chimeneas de las cocinas; de la del Ghost salía humo. Las puer tas de la cabina estaban abiertas y levantadas las tablas del cobertizo, de manera que Joe podía ver el interior y observar al que la ocupaba, un joven de diecinueve o veinte años, atareado por el momento en guisar. Llevaba altas botas de agua que le llegaban a las caderas, pantalones azules y camisa de lana oscura. Las mangas, arremangadas hasta el codo, dejaban ver unos brazos fuertes y tostados por el sol, y cuando el joven levantaba la cabeza su rostro aparecía igualmente curtido y bronceado.

Hasta la nariz de Joe se elevó el aroma de café, y desde una olla de hierro llegaba el inconfundible olor de judías casi cocidas. El cocinero colocó una sartén sobre el horni llo, hizo derretir un trozo de manteca y, cuando estuvo a punto, echó dentro una gran tajada de carne de buey. Entretanto, hablaba con un compañero ocupado en llenar un cubo y rociar con el agua salada los montones de ostras que había sobre la cubierta. Una vez efectuado esto, las cubrió con sacos húmedos y entró en la cabina, donde sobre una mesa pequeña había un cubierto para él. El cocinero, después de servir la comida, se sentó a su lado a comer.

A la vista de este espectáculo despertó el romanticismo de Joe. Aquello era vivir, ganarse la vida al aire libre, bajo el sol y el cielo o recibiendo el viento y la lluvia. En cambio él debía sentarse todos los días en un salón cerrado, en compañía de cincuenta muchachos, fatigándose el cerebro y atracándose de ciencia árida. Y mientras tanto, estos hombres hacían todas aquellas cosas, vivían alegres, despreocupados y felices, bogando y navegando, preparando sus propios alimentos y tropezando, sin duda, con aventuras como las que únicamente se sueñan en el salón de la escuela.

Joe suspiró. Sentía que había nacido para esta vida y no para la de colegial. Como estudiante, era una desdicha. Había fracasado en los exámenes y sabía que Bessie, en cambio, en aquel momento se dirigía a casa triunfalmente, después de haber aprobado todas las asignaturas. ¡Oh, era intolerable! Su padre se equivocaba haciéndole estudiar. Aquello tal vez estaría bien para chicos que se sintiesen inclinados a ello; pero él, bien claro se veía, no tenía tal inclinación. En la vida había otras carreras, aparte de aquellos estudios. ¡Cuántos hombres sin grandes capacidades se habían lanzado a la mar y se habían hecho poderosos, poseyendo flotas importantes, realizando hazañas asombrosas y dejando escritos sus nombres en las páginas del tiempo! ¿Y por qué no había de ser el, Joe Bronson?

Cerró los ojos y se compadeció inmensamente de sí mismo; y cuando los abrió de nuevo, vio que había dormido y que el sol declinaba a toda prisa.

Llegó a casa después de cerrada la noche, se fue directamente a su habitación y se acostó sin haber encontrado a nadie. Se hundió entre las frescas sábanas, con un suspiro de satisfacción al pensar que, ocurriese lo que ocurriese, no necesitaba preocuparse ya de la historia. Pero entonces le importunó otro pensamiento, al recordar que comenzaría el curso siguiente y que seis meses más tarde le esperaba otro examen de la misma historia.

CAPÍTULO 7

PADRE E HIJO

Al día siguiente por la mañana, Joe fue llamado por su padre a la biblioteca, y acudió casi contento, ya que aquello significaba el término de todas sus dudas. El señor

Bronson estaba de pie junto a la ventana. La algarabía que armaban unos gorriones parecía haber atraído toda su atención. Joe miró también hacia afuera, y vio sobre la hierba un pajarito caído del nido, dando tumbos ridículos en sus esfuerzos por sostenerse sobre las débiles patitas. El nido se hallaba en un rosal trepador que rodeaba la ventana, y los padres piaban locos de inquietud por el hijito.

—Esto es lo que suelen hacer los pájaros jóvenes —advirtió el señor Bronson volviéndose hacia Joe con una sonrisa severa—; y me parece que tú estas próximo a caer en una situación semejante, hijo mío. Creo, Joe —continuó—, que has llegado a un momento crítico. Lo estoy viendo venir desde hace un año, al observar tu abandono en los estudios, tu despreocupación y falta de estímulo, tu deseo constante de estar fuera de casa, en busca de toda suerte de aventuras.

Se detuvo como si esperara una respuesta, pero Joe permaneció silencioso.

—Te he dado libertad completa, porque yo creo en la libertad. Las almas superiores se desarrollan así. No he querido cohibirte con un sinfín de reglamentos y restric ciones enfadosas. He exigido muy poco de ti y te he dejado salir siempre que te ha apetecido. He querido que, en cierto modo, obraras de acuerdo con tu honor, te he dejado ser absolutamente dueño de tus actos, confiando en tu sentido de justicia para evitar caer en el error, y al menos, para perseverar en tus estudios. Pero me has defraudado. ¿Qué debo hacer? ¿Ponerte límites y trabas? ¿Vigilarte? ¿Obligarte a estudiar por la fuerza?... Aquí tengo una nota —dijo el señor Bronson después de una pausa, durante la cual había cogido un sobre de encima de la mesa, sacando de él una hoja escrita.

Joe reconoció la letra dura e inflexible de la señorita Wilson, y sintió abatírsele el ánimo.

Su padre empezó a leer:

«El abandono y la negligencia han sido las características de su trabajo durante este curso, así que al llegar los exámenes carecía totalmente de preparación. En historia y en aritmética no intentó siquiera responder a una sola pregunta, devolviendo las hojas en blanco. Estos exámenes tuvieron lugar por la mañana. Por la tarde no se tomó la molestia de venir para las asignaturas restantes.»

El señor Bronson cesó de leer y levantó la vista del papel.

—¿Dónde estuviste por la tarde? —preguntó.

—Crucé la bahía y fui a Oakland —contestó Joe sin tratar de oponer el dolor de cabeza y de todo su cuerpo como atenuante a su falta.

—Eso es lo que se llama «ser franco», ¿no es verdad?

—Sí, señor —respondió Joe.

—La víspera de los exámenes te pareció oportuno, en vez de estudiar, marcharte a corretear y liarte vergonzosamente a puñetazos con unos hampones. Entonces no quise decirte nada. Y hasta es posible que te hubiese perdonado si te hubieras portado bien en la escuela.

Joe no tuvo nada que objetar. Sabía que el asunto ofrecía otro aspecto; pero imaginaba que su padre no le comprendería, y que por consiguiente era inútil hablarle de ello.

—Has faltado por negligencia y desaplicación. Necesitas lo que no he empleado todavía contigo, esto es: una disciplina severa. Hace tiempo que lucho con la conveniencia de enviarte a una escuela militar, donde cada minuto de las veinticuatro horas te señalarían tus obligaciones.

—¡Tú no comprendes, padre, no puedes comprender! —prorrumpió Joe al fin—. Trato de estudiar... quiero estudiar honradamente; pero... no sé por qué causa... no puedo. Tal vez no tenga aptitudes. Tal vez no he nacido para el estudio. En cambio, quisiera ir por el mundo; ver la vida... y vivir. No quiero ir a una academia militar; prefiero embarcarme... y hacer alguna cosa, llegar a ser algo.

El señor Bronson le miró con benevolencia.

—Sólo mediante el estudio tienes la esperanza de hacer alguna cosa y llegar a ser algo en el mundo —dijo. Joe levantó la mano con un gesto desesperado.

Ya sé lo que pasa —continuó el señor Bronson—; pero no eres sino un niño, semejante a este pajarito que estamos contemplando. Si en casa no tienes bastante fuerza de voluntad para estudiar, saldrás de casa, y fuera, en el mundo que crees que te está llamando, tampoco tendrás el dominio suficiente para llevar a efecto las obligaciones que el mundo impone... Pero yo quiero, Joe, que cuando termines la segunda enseñanza, y antes de ingresar en la universidad, vayas una temporada a conocer el mundo.

—¿Por qué no me dejas ir ahora? —preguntó impulsivamente el muchacho.

—No, todavía es pronto; aún no tienes alas. No estás suficientemente formado ni has fijado del todo tus ideas, ni tus aspiraciones.

—Pero no podré estudiar —aseguró Joe—. Yo sé que no podré estudiar.

El señor Bronson consultó el reloj y se levantó para marcharse.

—Todavía no he tomado ninguna determinación —dijo—. Ignoro aún lo que haré, si concederte otro plazo de prueba en tu escuela pública o mandarte a la escuela militar.

Junto a la puerta se detuvo un momento, se volvió a mirarle, y le dijo:

—Acuérdate de esto, Joe. No estoy enojado contigo; antes bien, siento pesadumbre y tristeza. Piénsalo bien, y esta noche me dirás lo que has decidido.

El señor Bronson salió, y Joe oyó cerrarse tras él la puerta de la calle.

Se tumbó en la enorme butaca y entornó los ojos. ¡Una escuela militar! Temía esta clase de instituciones tanto como el animal teme la trampa. No, ciertamente, él no quería ir a un sitio semejante... Sólo de pensarlo suspiró profundamente. Tenía tiempo hasta la noche para decidirse. Pues bien; ya estaba decidido y no era menester esperar hasta la noche.

Con expresión resuelta se levantó, se puso el sombrero y salió a la calle. Demostraría a su padre que podía llevar a cabo su misión en el mundo, iba diciéndose mientras andaba, vaya si se lo demostraría.

Al llegar a la escuela tenía su proyecto definitivamente planeado. No le quedaba sino llevarlo a efecto. Era mediodía, pasó a su salón y cogió sus libros sin que nadie le viera. Atravesando el patio para salir, encontró a Fred y a Charley.

—¿Qué hay? preguntó Charley.

—Nada —gruñó Joe.

—¿Qué haces aquí?

—Llevarme mis libros, como ves. ¿Qué te figurabas que hacía?

—No seas tan misterioso —intervino Fred—. No sé por qué no puedes decirnos qué te ha pasado.

—Pronto lo sabréis —dijo Joe significativamente, más significativamente de lo que él mismo pretendía.

Y por miedo a que le hiciesen hablar más, volvió la espalda a sus asombrados compañeros y se marchó corriendo. Se dirigió a casa y subió a su cuarto donde enseguida se puso a ordenar sus cosas. Colgó el traje que llevaba y lo cambió por otro más viejo. Eligió dos juegos de ropa interior, un par de camisas de algodón y media docena de pares de calcetines. Añadió otros tantos pañuelos de bolsillo, un peine y un cepillo de dientes.

Cuando lo tuvo envuelto en fuerte papel de embalar, lo contempló satisfecho. Luego se dirigió a su escritorio, y de un cajoncito interior cogió sus ahorros de algunos meses, que ascendían a varios dólares. Esta suma la había guardado para el día 4 de julio, pero la introdujo en el bolsillo sin sentir apenas remordimiento. Después tomó de la mesa un pliego de papel y se sentó a escribir:

«No os preocupéis por mí. Soy un fracasado y voy a embarcarme. No os atormentéis. Estoy bien y puedo bastarme a mí mismo. Algún día volveré, y entonces estaréis orgullosos de mí. Adiós, papá, mamá y Bessie. Joe.»

Lo dejó encima de la mesa, donde pudiese ser visto fácilmente. Cogió el paquete bajo el brazo, y, con una última mirada de despedida a la habitación, salió de puntillas.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 8

FRISCO KID Y EL GRUMETE NUEVO

Frisco Kid estaba descontento; descontento y disgustado. Esto hubiese parecido imposible a los chiquillos que pescaban desde el muelle y le envidiaban enormemente. Verdad es que ellos llevaban mejores ropas y más limpias y gozaban de la bendición de tener padres, pero Frisco Kid disfrutaba de la vida libre del que navega por los mares, del dominio de aventuras emocionantes, y de la sociedad de los hombres, mientras que ellos sufrían la severa disciplina y la triste monotonía de la vida de hogar. Ni siquiera soñaban que Frisco Kid dirigía la vista hacia ellos desde el sollado del *Dazzler,* y que, a su vez, les envidiaba precisamente aquellas cosas que quizás para ellos fuesen las mas desagradables. Así como las narraciones de aventuras cantaban con voz de sirena en los oídos de aquellos muchachos, ofreciéndoles vagas promesas y tierras extrañas y hechos portentosos, así los deliciosos misterios del hogar acariciaban la fantasía de Frisco Kid, y

en pleno día soñaba con cosas que desconocía: hermanos, hermanas, el consejo de un padre, el beso de una madre.

Con el ceño fruncido se levantó del tejadillo de la cabina del *Dazzler,* donde estaba tomando el sol, y a puntapiés se despojó de las pesadas botas de agua. Después se tendió en la estrecha cubierta lateral y hundió los pies en el agua fresca y salada.

«Eso es libertad», pensaron los chicos que le observaban. Además, aquellas grandes botas que le llegaban a las caderas, y que sujetaba con la correa que le rodeaba la cin tura, ejercían sobre ellos una rara y maravillosa fascinación. Ignoraban que no habían pertenecido sólo a Frisco Kid, que eran simplemente unas botas viejas de Pete Le Maire, y le estaban tres números anchas. No podían imaginar tampoco cuán incómodo resultaba llevarlas en un día caluroso de verano.

La causa del descontento de Frisco Kid radicaba en aquellos mismos chicos sentados al borde del malecón y que le admiraban; pero su disgusto procedía de otro hecho muy distinto. La tripulación del *Dazzler* estaba incompleta, y él tenía que hacer más trabajo del que en justicia le correspondía. No le importaba guisar, o efectuar la limpieza de las cubiertas y manejar la bomba; pero cuando le tocaba barrer y fregar los platos se rebelaba. Ya se había ganado el derecho de que le eximieran de aquellas faenas del marmitón. Todo esto debían hacerlo los novatos, mientras que él podía ejecutar las maniobras, subir el áncora, gobernar el timón y tomar parte en los desembarcos.

—¡Cuidado, abajo! —avisó Pete Le Maire o «French Pete», capitán del *Dazzler; y,* tirando un paquete dentro del sollado, llegó a bordo por el aparejo de estribor.

—¡Ven pronto! —ordenó entonces al muchacho propietario del paquete, que parecía titubear sobre el muelle.

Distaba unos buenos quince pies de la cubierta del bergantín y no podía alcanzar el cable de acero por donde había de descender.

—¡Anda, uno, dos, tres! —siguió diciendo bondadosamente, según hacen los capitanes cuando tienen escasa la tripulación.

El muchacho se lanzó en el espacio y se agarró al aparejo. Un momento después pisaba la cubierta, latiéndole y quemándole aún las manos a causa del roce.

—Kid, te presento al marinero nuevo —dijo el capitán, sonriendo e inclinándose con afectación, y se retiró a un lado—. El señor Joe Bronson —añadió, como si se le hubiese olvidado.

Los muchachos se observaron un instante en silencio. Eran evidentemente de la misma edad pero el forastero parecía más fuerte y animoso. Frisco Kid alargó la mano y estrechó la que le tendía Joe.

—Así, pues, ¿piensas hacerte a la mar? —dijo.

Joe asintió y dirigió una mirada curiosa a su alrededor antes de responder:

—Sí, creo que la vida del marino me sentará bien, y luego, cuando haya adquirido la costumbre, iré en el castillo de proa.

—¿En el qué?

—En el castillo de proa, el sitio donde viven los marineros —explicó sonrojándose y dudando de su pronunciación.

—¡Oh, el castillo! ¿Conoces algo de navegación?

—Sí... no; esto es, excepto lo que he leído.

Frisco Kid silbó, giró sobre sus talones de una manera altiva y penetró en la cabina.

—Navegar —decía riendo mientras encendía el fuego y preparaba la cena— en el «castillo de proa» también; y cree que le gustará.

Entretanto, French Pete enseñaba el bergantín al recién llegado como si fuera un invitado. Desplegaba tal afabilidad y encanto que, al asomar Frisco Kid la cabeza por la escotilla para llamarlos a cenar, casi se ahogó en sus esfuerzos por reprimir una mueca.

Joe Bronson saboreó aquella cena. La comida era tosca pero buena, y el olor del agua salada y el ambiente que le rodeaba le avivaron el apetito. La cabina era limpia y acogedora, y aunque no muy grande, le sorprendió por las comodidades que reunía. No se había desperdiciado el más pequeño espacio. La mesa se balanceaba pendiente de los goznes en la caja de sobrequilla, y cuando no se usaba, no ocupaba sitio. A cada lado, y en parte debajo de la cubierta, había dos camarotes. Una lámpara de bronce brillantemente pulimentada les procuraba luz, que durante el día se obtenía a través de pequeños discos de grueso cristal empotrados en las paredes. A un lado de la puerta se hallaba la cocina y el cajón de la leña, al otro, la alacena. La pared del fondo de la cabina estaba adornada con un par de rifles y una escopeta de caza, en tanto que las mantas arrolladas del camarote del capitán dejaban al descubierto un cinturón forrado de cartuchos con dos revólveres.

A Joe le parecía un sueño todo esto. Infinidad de veces había imaginado escenas semejantes; pero aquí se hallaba precisamente en el centro de todo ello, y como si hubiese conocido a sus compañeros desde muchos años. French Pete le sonreía alegremente al otro lado de la mesa. En realidad, todo su aspecto era el de un bellaco; pero a Joe le pareció el de un hombre curtido por la intemperie. Frisco Kid le describía entre bocados el último temporal de Sudeste que habían capeado, y Joe sentía aumentar su respeto por este muchacho que había vivido tanto tiempo en el mar y sabía tantas cosas acerca de él.

Sin embargo, el capitán se bebió un buen vaso de vino, después un segundo y un tercero; y luego, encendido el atezado rostro con la llama viciosa, se estiró sobre las mantas, donde pronto empezó a roncar con estrépito.

—Valdría la pena acostarse y dormir un par de horas —dijo Frisco Kid cariñosamente, señalando a Joe su camarote—. Probablemente habremos de velar el resto de la noche.

Joe obedeció, pero no pudo conciliar el sueño tan fácilmente como los otros. Permanecía con los ojos muy abiertos, observando las manecillas del despertador de la cabina y pensando cuán rápidamente se habían sucedido los acontecimientos durante las últimas doce horas.

Aquella misma mañana era aún un colegial, y ahora se hallaba embarcado en el *Dazzler* como marino y sin saber adónde se dirigía. Ante esta idea, sus quince años se convirtieron en veinte, y se sintió todo un hombre, más aún: un marino.

Deseaba que Charley y Fred le hubiesen visto en aquel momento. Bueno; oirían hablar de él. Les veía hablando de este hecho y a los otros chicos apretujándose en derredor suyo: «¿Quién?» «¡Oh, Joe Bronson que se ha embarcado! ¡Era nuestro amigo!»

Joe, orgulloso, se imaginó la escena. Después se enterneció al pensar en el dolor de su madre; pero volvió a endurecerse con el recuerdo de su padre. No era que su padre dejase de ser bueno y cariñoso, pero no comprendía a los muchachos, pensó Joe. Esto era lo verdaderamente inquietante.

Aquella misma mañana había dicho que el mundo no era un lugar de recreo y delicias, y que los chicos que así lo creían estaban expuestos a sensibles errores y a desear la

vuelta al hogar. Pues bien; él sabía que el mundo abundaba en trabajo penoso y en duras experiencias; pero pensaba también que los muchachos tienen algunos derechos.

Deseaba probarle que sabía valerse por sí mismo, y de todos modos podría escribir a sus padres cuando se hubiese adaptado a su nueva vida.

CAPÍTULO 9

A BORDO DEL *DAZZLER*

Un bote rozó ligeramente el costado del *Dazzler* e interrumpió las meditaciones de Joe. Se extrañó de no haber oído el ruido de los remos. Dos hombres saltaron luego la barandilla del sollado y entraron en la cabina.

—Me juego cualquier cosa que aún están roncando —dijo el primero de los recién llegados, sacando hábilmente con una mano a Frisco Kid de debajo de las mantas y alcanzando con la otra la botella de vino.

French Pete, al otro lado de la sobrequilla, levantó la cabeza con los ojos cargados de sueño y les dio la bienvenida.

El Londinense, como llamaban a aquel marinero, preguntó:

—¿Quién es éste? —y chasqueando la lengua después de beber, hizo rodar a Joe por el suelo—. ¿Es un pasajero? —siguió preguntando.

—No, no —se apresuró a contestar French Pete—. Es el marinero nuevo. Muy buen chico.

—Bueno o malo, habrá de guardarse la lengua entre los dientes —dijo mirando ferozmente a Joe el otro recién llegado que aún no había hablado.

—¿Y cómo se reparte el botín? —preguntó el Londinense—. Espero que a mí y a Bill nos tocará una buena porción.

—El *Dazzler* tiene una parte... lo que vosotros llamáis... un tercio; luego dividimos el resto en cinco partes. Cinco hombres, cinco partes.

Ante las reclamaciones de los otros, French Pete insistía llamando en su apoyo a Frisco Kid; pero éste dejó que se las arreglasen como pudiesen, y se puso a hacer café caliente.

Todo aquello resultaba inexplicable para Joe, y únicamente comprendía que él era, hasta cierto punto, la causa de la disputa. Al fin, French Pete se salió con la suya y los recién llegados cedieron después de mucho rezongar. Cuando terminaron de beber el café subieron todos a cubierta.

—Quédate en la sobrequilla y huye de su presencia —advirtió Frisco Kid a Joe—. Ya te enseñaré el manejo de las cuerdas y de todo cuando no tengamos prisa.

El corazón de Joe latió con súbita gratitud, pues tuvo un extraño presentimiento de que entre todos los de a bordo únicamente en Frisco Kid podría buscar ayuda en caso de necesidad. Ya empezaba a sentir aversión hacia French Pete. No podía explicarse el motivo, pero lo sentía, sencillamente.

Oyó un crujido de maderas, y la enorme vela mayor fue izada en la noche. Bill desató la bolina, el Londinense se acomodó en la popa, y Frisco Kid soltó el foque mientras French Pete empuñaba la caña del timón y el *Dazzler,* aprovechando la brisa, se dio a la banda, en busca del canal de salida. Joe oyó algo de no encender las luces laterales y de observar

una estrecha vigilancia, pero todo lo que pudo comprender fue que se estaba violando alguna ley de navegación.

Las luces de Oakland, más próximas al agua, empezaron a quedarse atrás. Pronto las manchas sombrías de los terrenos pantanosos comenzaron a interrumpir las líneas de los muelles y de los barcos oscuros, y Joe comprendió que se dirigían fuera de la bahía de San Francisco. El viento Norte soplaba blandamente, y el *Dazzler* cortaba sin ruido las aguas rodeadas de tierra.

—¿Adónde vamos? —preguntó Joe al Londinense, tratando, a la vez de hacerse amable y de satisfacer su curiosidad.

—¡Oh, vamos a tomar un cargamento de la fábrica de mi socio Bill! —repuso alegremente, con cierta dignidad.

Joe pensó que era un individuo de aspecto bastante grotesco para poseer una fábrica; pero consciente de que en el mundo nuevo donde acababa de penetrar podían encontrarse cosas muy raras, no dijo nada. Ya se había puesto en ridículo ante Frisco I"'—id con el asunto de su pronunciación de «castillo de proa», y no tenía el menor deseo de poner otra vez de manifiesto su ignorancia.

Un poco después le mandaron apagar la lámpara de la cabina. El *Dazzler* viraba de bordo y empezó a maniobrar en dirección a la costa Norte. Todos guardaban silencio, interrumpido tan sólo al cruzarse ocasionalmente preguntas y respuestas, en voz baja, entre Bill y el capitán. Finalmente, el bergantín fue dirigido cara al viento, y el foque y la vela mayor se arriaron prudentemente.

Acorta la guindaleza —murmuró French Pete a Frisco Kid, quien corrió a echar el áncora procurando soltar la menor cantidad posible de cuerda.

Botaron al agua el esquife del *Dazzler,* y lo mismo hicieron con el pequeño bote en que habían llegado los dos extranjeros.

—Ten cuidado que no alborote ese cachorrillo —ordenó Bill en voz baja, a tiempo que se reunía en el bote con su socio.

—¿Sabes remar? —preguntó Frisco Kid cuando entraron en el otro bote.

Joe asintió con la cabeza.

—Pues coge estos remos y no hagas ruido.

Frisco Kid tomó el segundo par y French Pete se apoderó del timón. Joe notó que los remos estaban forrados de cuerda trenzada, y hasta las entalladuras de la borda donde se apoya el remo estaban recubiertas de cuero. Era imposible hacer ruido, a no ser por un mal golpe, y Joe había aprendido a bogar en el lago Merrit lo bastante bien para evitar esto. Seguían la estela del primer bote, y mirando a un lado vio que se deslizaban a lo largo de un muelle que avanzaba desde tierra. Un par de barcos con las luces de puerto bien encendidas estaban amarrados allí; pero pasaron precisamente más allá del radio de luz. A una orden de Frisco Kid, dada en voz apenas perceptible, dejó de remar. Entonces los botes, como si fueran fantasmas, vararon en una pequeña playa y se realizó el desembarco inmediatamente.

Joe siguió a los hombres, que subían con muchas precauciones a un dique de unos veinte pies. Una vez arriba, se encontró sobre los rieles de una vía estrecha, que corrían entre grandes montones de fragmentos de hierro mohoso. Estos montones, separados unos de otros por callejones, se extendían en todas direcciones, sin que hubiese podido decir hasta dónde, pero a lo lejos distinguió la silueta vaga de un gran edificio parecido a una fábrica. Los hombres empezaron a transportar cargas de hierro a la playa, y French

Pete, cogiéndole por un brazo y advirtiéndole de nuevo que no metiese ruido, le dijo que hiciese otro tanto. En la playa entregaron los bultos a Frisco Kid, quien los cargó primero en un bote y luego en el otro. Cuando los esquifes cedieron bajo el peso, se puso a empujarlos hacia afuera, a fin de dejar libre el fondo.

Joe trabajaba resueltamente, aunque no podía evitar el asombrarse ante lo raro de todo aquel negocio. ¿Por qué lo rodearían de tanto misterio? Apenas había comenzado a hacerse estas preguntas, cuando oyó en dirección de la playa el canto de un búho, y en su mente nació una horrible sospecha. Extrañado de que hubiese un búho en un lugar tan poco apropiado, se detuvo en su trabajo. Pero de pronto surgió de la oscuridad un hombre, y dirigió de lleno hacia él la luz de una linterna sorda. Cegado por la luz, retrocedió dando traspiés. Después, un revólver que el hombre llevaba en la mano se disparó, con el estampido de un cañón. Joe se dio cuenta de que el tiro iba dirigido a él, y sus piernas manifestaron un deseo irresistible de huir. Aunque lo hubiese querido, le hubiera sido difícil permanecer allí para dar una explicación a aquel hombre tan excitado que tenía en la mano un revólver humeante. Emprendió la carrera hacia la playa y tropezó con otro hombre que salía corriendo de detrás de un montón de hierro, también con una linterna sorda. Este segundo hombre reaccionó prontamente y corrió tras Joe, que bajaba a escape del dique.

Saltó al agua, en busca del bote. French Pete con los remos de proa y Frisco Kid con el otro par, habían puesto el esquife cara al mar y esperaban tranquilamente su llegada. Tenían los remos dispuestos para partir, pero permanecieron inmóviles porque los dos hombres habían comenzado a disparar contra ellos desde lo alto del dique. El otro esquife estaba mas cerca de la playa y casi encallado. Bill trataba de ponerlo a flote y llamaba al Londinense para que lo ayudara; pero aquel caballero había perdido la cabeza por completo y llegaba nadando a la zaga de Joe. No bien había acabado de trepar Joe por la popa, cuando hizo otro tanto el Londinense. Este nuevo peso estuvo a punto de hacer zozobrar al bote. Ya había entrado una excesiva cantidad de agua agravando el peligro. Entretanto, los hombres del dique habían cargado de nuevo sus armas y abrían otra vez el fuego, pero con mejor puntería. La alarma había cundido. Se oían voces y gritos desde los barcos del muelle, a lo largo del cual corrían algunos hombres. Más lejos sonó furioso un silbato de policía.

—¡Sal de ahí! —gritó Frisco Kid—. Vas a hundirnos. Vete y ayuda a tu socio.

Los dientes del Londinense castañeteaban de miedo y no podía ni moverse ni hablar.

—¡Echad fuera a ese loco! —ordenó French Pete desde la proa.

En aquel momento una bala rompió un remo, y el capitán procedió fríamente a sustituirlo por otro que llevaba de reserva.

—Échanos una mano, Joe —ordenó Frisco Kid.

Joe comprendió, y entre los dos cogieron a aquel hombre paralizado por el terror y lo lanzaron al agua. Dos o tres proyectiles cayeron a su alrededor cuando volvió a la superficie, pero ya había habido tiempo para que lo recogiera Bill, quien al fin había logrado poner a flote el esquife.

—¡Hala! dijo French Pete.

Y unos cuantos golpes de remo en la oscuridad les sacaron pronto de la zona de fuego.

Había entrado tal cantidad de agua, que la frágil embarcación estaba siempre en peligro de hundirse. Mientras remaban los otros, Joe, siguiendo las órdenes del capitán, empezó a tirar al agua parte del hierro. Esto les salvó de momento. Pero cuando llegaron junto al

Dazzler se ladeó el esquife, hundió uno de sus costados y volcó, enviando al fondo el resto del cargamento. Joe y Frisco subieron juntos a la superficie y juntos se encaramaron a bordo, llevando a remolque el cable del bote. Ya había llegado French Pete y les ayudó en su maniobra.

Mientras lanzaban el agua del bote inundado, aparecieron en escena Bill y su socio. Todas las manos trabajaban rápidamente, y casi antes de que Joe pudiera darse cuenta, la vela mayor y el foque estuvieron izados, el ancla levada y el *Dazzler* se deslizaba por el canal. Frente a un terreno pantanoso y desierto, Bill y el Londinense se despidieron y desaparecieron en su esquife. French Pete, refugiado en la cabina, se lamentaba de su mala suerte en diversos idiomas, y buscó consuelo en la botella de vino.

CAPÍTULO 10

CON LOS PIRATAS

El viento refrescaba cuando se alejaron de tierra, y pronto el *Dazzler* se dio a la banda, hundido de sotavento y con el agua a la mitad del sollado. Se habían encendido las luces laterales. Frisco Kid iba al timón, y Joe, sentado a su lado, reflexionaba sobre los acontecimientos de la noche.

Ya no podía cerrar los ojos ante la evidencia de los hechos. En su mente se arremolinaban las sospechas. Si había cometido algo malo —razonaba—, era por igno rancia; y se avergonzaba menos del pasado, a medida que temía al porvenir. Sus compañeros eran ladrones, bandidos, los piratas de cuyas feroces hazañas había oído hablar vagamente. Y ahora se encontraba entre ellos, y en posesión de unas pruebas que podrían mandarles a las prisiones del Estado. Sabía que esto les obligaría a vigilarle estrechamente para evitar que pudiese huir. Pero él escaparía a la primera ocasión.

Al llegar a este punto de sus meditaciones se vio interrumpido por una fuerte ráfaga que agitó al *Dazzler;* el agua se precipitó en su interior y Frisco orzó rápidamente, arriando al mismo tiempo la vela mayor. Después, siempre solo, pues French Pete continuaba abajo, procedió Frisco prudentemente a arriar las velas.

La borrasca que estuvo a punto de hacer zozobrar al *Dazzler* fue de corta duración, pero señalaba la crecida del viento, y pronto empezaron a sucederse las ráfagas que llegaban silbando del Norte. El viento sacudía y azotaba la vela mayor de tal modo que parecía que iba a rasgarse. El mar, que ahora estaba muy movido, hacía cabecear violentamente al bergantín. Todo era confusión; pero Joe, con su escasa experiencia, comprendió que en esta misma confusión reinaba cierto orden. Pudo darse cuenta de que Frisco sabía exactamente lo que debía hacer y la manera de realizarlo. De su observación entresacó una enseñanza, sin la cual habían fracasado muchos hombres: «el valor de conocer la propia capacidad». Frisco sabía hasta dónde podía llegar, y por esta causa tenía confianza en sí mismo. Estaba tranquilo, muy dueño de sí, y maniobraba rápidamente, pero con precaución. No había que descuidarse. Cada arrecife requería toda su atención. Podrían ocurrir otros accidentes, pero ni una ráfaga, ni cuarenta, se llevarían ninguno de aquellos obstáculos.

Mandó a Joe a proa para que le ayudara a extender la vela mayor impulsando el penol y las drizas de cangreja. Joe, siguiendo las instrucciones de Frisco, arrió el foque y penetró

en la cabina para bajar cosa de un pie la sobrequilla. La excitación producida por el esfuerzo alejó de su mente todas las ideas desagradables. A imitación del otro, conservaba su sangre fría. Había ejecutado sus órdenes sin titubear y con bastante rapidez. Unidas sus escasas fuerzas, habían hecho frente a la Naturaleza impetuosa y conseguido burlarla.

Volvió junto a su compañero, que ya empuñaba otra vez el timón, y se sintió orgulloso de el y de sí mismo; y cuando leyó en los ojos de Frisco una muda alabanza, se sonrojó como una doncella ante la primera lisonja. Pero, un momento después, la idea de que aquel muchacho era un ladrón, un vulgar ladrón, volvió a dominarle y retrocedió instintivamente. Toda su vida había estado a cubierto de lo que tiene de ingrato el mundo. En sus lecturas, siempre inmejorables, había encontrado que se premiaba la virtud y la honradez, y se había acostumbrado a mirar con horror el crimen. Por eso se apartó de Frisco y permaneció silencioso. Pero Frisco, entregado con todas sus energías a la maniobra del bergantín, no tenía tiempo para advertir este súbito cambio en el proceder de su compañero.

En su interior Joe experimentaba algo que le sorprendía. La idea de que Frisco Kid fuera un ladrón le repugnaba, mientras que aquel muchacho en sí no le era repul sivo. En lugar de evitarle honradamente, sentía que había algo que le empujaba hacia él. Sin que pudiera explicarse la causa, comprendía que le era simpático. De haber sido un poco mayor, hubiese creído que eran las buenas cualidades del muchacho lo que le atraía: su sangre fría, la confianza que tenía en sí mismo, su valor, y cierta bondad y simpatía de su carácter. Mas ahora pensó que era su propia ruindad la que le impedía aborrecer a Frisco, y al mismo tiempo que se avergonzaba de su debilidad, le era imposible evitar que aumentara el cariño que animaba su mirada cuando la posaba sobre este pirata singular.

Acorta dos o tres pies la amarra del bote —ordenó Frisco Kid, que estaba en todo.

La cuerda que remolcaba el esquife era demasiado larga, y la frágil embarcación se quedaba atrás a cada momento, hasta que la tensión de la cuerda la hacía avanzar dando tumbos y corriendo peligro de estrellar su proa contra los tamboretes.

Joe trepó por la barandilla del sollado a la resbaladiza cubierta de popa y se dirigió al poste donde estaba atado el esquife.

—Ten cuidado —le advirtió Frisco Kid cuando una fuerte ráfaga golpeó al *Dazzler y lo* acostó peligrosamente sobre un lado—. Dale una vuelta alrededor del poste y sigue arrollando mientras esté floja la cuerda.

Aquello era un trabajo difícil para un novato. Joe dio todas las vueltas menos la última, y sujetando el cable con una mano, trataba con la otra de pasarla por el poste. Pero en aquel instante la cuerda se tendió con una tremenda sacudida al alejarse bruscamente el esquife sobre la cresta de una ola altísima. A Joe se le escapó la cuerda de las manos, y éste se escurrió precipitadamente por la popa. Se agarró frenético a la cuerda y fue arrastrado por la resbaladiza cubierta llena de agua.

—¡Suéltala, suéltala! —gritó Frisco Kid.

Joe soltó la cuerda cuando ya estaba a punto de ser arrastrado fuera de la cubierta y lanzado al mar. El bote se fue quedando atrás rápidamente. Miró Joe avergonzado a su compañero, esperando una fuerte reprimenda por su torpeza. Pero Frisco Kid le sonrió bondadosamente. Ya está bien —dijo—. Ni huesos rotos, ni nadie al agua. Mas vale perder un bote que un hombre. Además, no debía haberte mandado eso. No hay nada perdido. Podemos recogerlo muy bien. Entra, y baja un poco más la sobrequilla, un par

de pies, y luego sal y haz lo que yo te diga. Pero no te precipites. Maniobra con calma y seguridad.

Joe bajó la sobrequilla y volvió para situarse junto al foque.

—¡Refuerza a sotavento! —gritó Frisco Kid bajando la caña del timón y siguiéndola con el cuerpo—. ¡Suelta! Así está bien. Ahora a sujetar la vela mayor.

Ayudándose mutuamente, realizaron a la perfección todas las maniobras. Joe comenzó a entusiasmarse con el trabajo. *El Dazzler* giraba, tumbado sobre un costado como un caballo de carreras, y galopaba impulsado por el viento mientras las velas restallaban con estrépito de granizada.

—¡Baja el foque!

Joe obedeció, y al hincharse la vela de proa le obligó a virar de bordo. Con esta maniobra el camarote de French Pete había pasado de sotavento a barlovento, y él rodó por el suelo de la cabina, donde permaneció con un estupor de beodo.

Frisco Kid, vuelto de espaldas al timón y haciendo seguir al bergantín el rumbo primitivo, le miró con expresión de disgusto.

—¡Perro! —refunfuñó—. ¡Si fuese por él ya nos hubiésemos ido a pique!

Dos veces viraron de bordo, a fin de no abandonar la misma ruta, y entonces descubrió Joe en la oscuridad estrellada el esquife saltando a barlovento.

—Llega a tiempo —advirtió Frisco Kid, lanzando al *Dazzler* en aquella dirección para alcanzar al bote—. ¡Ahora!

Joe se inclinó sobre la borda, asió la cuerda que arrastraba sobre las olas y la ató fuertemente al poste. Después volvieron a virar y siguieron el rumbo anterior. Joe estaba avergonzado aún por la extorsión que había ocasionado, pero Frisco Kid le tranquilizó enseguida.

—¡Oh, eso no es nada! —dijo—. A todos les pasa lo mismo cuando empiezan. Lo que ocurre es que algunos olvidan las dificultades por las que tuvieron que pasar hasta aprender y se ponen furiosos cuando un novato se equivoca. Yo no lo hago nunca, porque recuerdo...

Y entonces contóle a Joe muchos de los contratiempos que le acontecieron cuando se embarcó, siendo pequeño todavía, y alguno de los severos castigos que cayeron sobre él por tal motivo. Había sujetado la caña del timón con el extremo de un rebenque, y siguieron hablando, sentados muy juntos, al abrigo del sollado.

—¿Qué es aquello? —preguntó Joe al pasar frente a un faro que parpadeaba desde unas rocas que avanzaban mar adentro.

—Goat Island. En el otro lado hay un apostadero, una escuela naval y un depósito de torpedos. Aquí también da gusto pescar... hay bacalaos. Lo dejaremos a sota vento, atravesaremos esto y anclaremos detrás de Angel Island. Allí hay una estación de cuarentena. Luego, cuando se despeje French Pete, sabremos adónde quiere ir. Ahora vete dentro y duerme un poco. Yo puedo manejarme muy bien solo.

Joe movió la cabeza. Había sufrido demasiadas emociones para sentir sueño alguno. No podía pensar en ello mientras el *Dazzler* estuviese saltando agitado y las olas se estrellaran, desmelenándose, contra su proa. Las ropas ya se le habían casi secado, y prefirió quedarse sobre cubierta y gozar del espectáculo.

Las luces de Oakland habían desaparecido en lontananza y sólo formaban un resplandor incierto en la línea del horizonte; pero, hacia el Sur, las iluminaciones de San Francisco,

elevándose por encima de colinas y descendiendo por los valles, se extendían sobre una superficie de varias millas.

Partiendo del gran edificio del embarcadero y pasando por la Telegraph Hill, Joe conoció pronto la situación de los principales lugares de la ciudad. En alguna parte, entre aquella masa de luces y sombras, estaba la casa de su padre, y tal vez en aquel mismo instante se hallarían pensando en él y sufriendo por su causa. Bessie, a la que suponía durmiendo dulcemente, despertaría por la mañana preguntándose por qué no bajaba su hermano Joe a desayunar...

Estaba amaneciendo. Luego, lentamente, Joe fue bajando la cabeza hasta el hombro de Frisco Kid, y se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO 11

CAPITÁN Y TRIPULACIÓN

¡Anda! ¡Despierta! ¡Vamos a anclar!

Joe se levantó sobresaltado, extrañado de lo insólito de aquella escena; el sueño había alejado por algún tiempo sus preocupaciones y no sabía dónde se hallaba. Después fue recordando. El viento había caído con la noche. A lo lejos el mar continuaba aún agitado, pero el *Dazzler* se deslizaba resguardado por los acantilados de una isla. El cielo estaba despejado y el aire tenía la sutileza y el vigor propios del amanecer. El agua saludaba con sus alegres cabrilleos a los primeros rayos del sol, que en aquel momento trasponía el horizonte. Hacia el Sur estaba la isla de Alcatraz, y desde sus alturas coronadas de cañones las agudas notas de las trompetas daban la bienvenida al nuevo día. Al Oeste, el Golden Gate se abría entre el Pacífico y la bahía de San Francisco. Un barco completamente aparejado, hasta con las velas más ligeras, avanzaba lentamente sobre la marca creciente.

El espectáculo era bello en verdad. Joe se restregó los ojos para alejar de ellos el sueño, y se embriagó en su contemplación, hasta que Frisco le dijo que se moviera y preparara lo necesario para anclar.

—Deja caer unas cincuenta brazas de cadena —ordenó— y luego sosténla.

Dirigió con suavidad el bergantín a barlovento, aflojando al mismo tiempo el foque.

—Suelta las drizas del foque y ven a barloar.

Joe había visto realizar la maniobra la noche anterior y así pudo ejecutarla con buen resultado.

¡Anda! ¡Acaba de soltar el áncora! ¡Cuidado, con las vueltas! ¡Aprisa, anda!

La cadena voló con sorprendente rapidez y el *Dazzler* quedó parado. Frisco Kid le ayudó, y juntos arriaron la vela mayor, la plegaron y amarraron en los tomadores y pusieron los soportes bajo el botalón.

Aquí tienes un cubo —dijo Frisco Kid entregando el mencionado objeto—. Lava las cubiertas; no tengas miedo al agua ni a la suciedad. Toma una escoba, procura que todo esté reluciente. Cuando termines, afianza el esquife. La última noche se le abrieron las costuras. Yo me voy abajo a preparar el desayuno.

Pronto empezó el agua a correr alegremente por la cubierta, en tanto que el humo que salía de la cabina era una promesa de las cosas buenas que esperaban luego. De vez en

cuando, Joe levantaba la cabeza del trabajo para contemplar la escena. Era propio para seducir a cualquier muchacho sano, y él no era una excepción. El encanto de aquello lo emocionó extrañamente, y su felicidad hubiese sido completa de haber podido olvidar quiénes eran sus compañeros. Este pensamiento y el recuerdo de French Pete, amodorrado abajo, le echaron a perder la belleza de aquel día. No estaba acostumbrado a tales cosas y se escandalizaba ante la dura realidad de la vida. Pero esto, lejos de perjudicarle, como hubiese ocurrido tal vez con un muchacho de naturaleza más débil, produjo en él un efecto contrario. Robusteció su deseo de mantenerse puro y fuerte y de no tener que avergonzarse ante sus propios ojos. Miró a su alrededor y suspiró. ¿Por qué no serían todos los hombres honrados y sinceros? Le dolía tener que marcharse y dejar todo aquello, pero los acontecimientos de la noche obraban con fuerza sobre él y sabía que para ser fiel a sus principios debía huir.

En esto le llamaron a desayunar. Descubrió que Frisco Kid era tan buen cocinero como buen marino, y se apresuró a hacer honor a la comida. Había puches de maíz, leche condensada, bistec con patatas fritas, y acompañando a todo esto pan francés, mantequilla y café. French Pete no se reunió con ellos a pesar de que Frisco intentó despertarle un par de veces. Gruñó y refunfuñó, abrió a medias los turbios ojos y se echó de nuevo a roncar.

—Imposible saber la duración de estos amodorramientos —explicó Frisco Kid cuando Joe subió a cubierta después de haber lavado los platos—. Hay veces que está así durante un mes seguido; otras, se porta bien una semana entera. En ocasiones se muestra bondadoso, en otras terrible; así que lo mejor es dejarle solo y huir de su presencia. Procura no contrariarle, porque te expondrías a un disgusto... Ven; echémonos a nadar —añadió, pasando bruscamente a otro asunto más agradable—. ¿Sabes nadar?

Joe asintió con la cabeza.

—¿Qué es aquello? —preguntó antes de zambullirse, señalando en la isla una playa resguardada, donde había varios edificios y un gran número de tiendas.

—La estación de cuarentena. En los barcos chinos llegan ahora muchos enfermos de viruela, y les hacen permanecer aquí hasta que los doctores creen que pueden entrar en el país sin peligro de contagio. En cuanto a esto son muy severos también. Porque...

¡Zas! Si Frisco Kid hubiese terminado la frase entonces, en vez de lanzarse al agua, hubiera podido evitarle muchos disgustos a Joe. Pero no la concluyó y Joe se precipitó tras él.

—Te voy a proponer una cosa —dijo Frisco Kid media hora más tarde, mientras agarrados al estay del bauprés se disponían a salir—. Cojamos un poco de pescado para la comida y luego nos pondremos a recuperar el sueño que hemos perdido esta noche. ¿Qué te parece? Se desafiaron a ver quién subía antes; pero Joe volvió a caer por la borda. Cuando al fin consiguió encaramarse, el otro muchacho ya había sacado dos aparejos de pescar con grandes anzuelos bien emplomados y un barrilito de sardinas saladas.

—Ceba —dijo—. Pon una entera. No son ningún bocado especial. Se tragan el cebo con el anzuelo y todo y hacen la cabriola. El que no coja a la primera sacudida el pescado tendrá que limpiar los anzuelos.

Ambos plomos comenzaron juntos el largo descenso, y antes que se detuvieran, hubieron de soltar diecisiete pies de cordel. Pero en el mismo instante en que el plomo de Joe tocó el fondo, sintió las desesperadas sacudidas de un pez que había picado. Al empezar a tirar dirigió una mirada a Frisco Kid y vio que él también, por lo visto, había capturado una buena pieza. Se excitaron por ver quién terminaba antes. Braza a braza

iban subiendo a bordo los cordeles mojados. Pero Frisco Kid era más experto y su pescado fue el primero en dar tumbos en el sollado. El de Joe siguió un instante después: un bacalao de tres libras. Estaba loco de alegría. Aquello era magnífico, era el mayor pescado que había sacado del agua o visto sacar. Volvieron a sumergir los anzuelos y de nuevo los subieron con dos compañeros de los ya capturados. Era un deporte espléndido. Joe habría continuado hasta vaciar el mar si Frisco Kid no le hubiese persuadido de que debía dejarlo.

—Ahora tenemos bastante para tres comidas —dijo—. Por lo tanto, es inútil coger más para que se echen a perder. Además, cuanto más pesques, más tendrás que limpiar. Yo me voy a la cama.

CAPÍTULO 12

JOE TRATA DE DESPEDIRSE A LA FRANCESA

A Joe no le importó. En realidad, se alegraba de no haber cogido el primer pescado, porque favorecía un pequeño plan que se le había ocurrido mientras nadaba. Echó el último pescado que acababa de limpiar en un cubo de agua y miró en derredor suyo. La estación de cuarentena distaba apenas media milla, y desde allí se oían los pasos del soldado que estaba de centinela en la playa. Entró en la cabina y se quedó escuchando el lento respirar de los que dormían. Para alcanzar su fardo de ropa había de pasar tan cerca de Frisco Kid, que prefirió no cogerlo. Volvió a salir y acercó con muchas precauciones el esquife al costado del bergantín, puso en él un par de remos y partió.

Al principio bogó muy lentamente en dirección del establecimiento sanitario, temiendo hacer ruido si se apresuraba demasiado. Pero gradualmente fue aumentando la fuerza de los golpes, hasta conseguir una marcha bastante regular. Cuando hubo cubierto la mitad de la distancia echó una mirada a su alrededor. Ahora ya estaba seguro de escapar, pues sabía que aunque le descubrieran, al *Dazzler* le sería imposible alcanzarle antes de que él pudiese llegar a tierra y ponerse bajo la protección del hombre que vestía el uniforme de los soldados del Tío Sam.

Oyó un disparo de fusil hecho desde la playa; pero estaba de espaldas y no se molestó en volverse. Siguió un segundo disparo, y una bala cortó el agua a un par de pies de la hoja de su remo. Ahora se volvió: el soldado de la playa le apuntaba por tercera vez con el fusil. La situación de Joe era un verdadero suplicio de Tántalo. Sólo con remar fuerte unos cuantos minutos llegaría a la playa y a la salvación; pero en aquella playa, por una razón inexplicable, había un soldado de los Estados Unidos que persistía en disparar sobre él. Cuando Joe vio el cañón apuntándole por tercera vez retrocedió rápidamente. El resultado fue que el esquife se detuvo y el soldado, bajando el fusil, le miró atentamente.

—¡Necesito desembarcar, es importante! —le gritó Joe.

El hombre del uniforme negó con la cabeza.

—¡Le digo que es muy importante! ¿Quiere dejarme desembarcar?

Echó una ojeada rápida en dirección del *Dazzler.* Los disparos indudablemente habrían despertado a French Pete, pues la vela mayor había sido izada, y vio el áncora recogida y el foque hinchado por la brisa.

—¡No se puede desembarcar aquí! ——contestó el soldado—. ¡Hay viruela!

—¡Pero es preciso! —gritó casi ahogando un sollozo y preparándose a remar.

—Pues dispararé —fue la respuesta alentadora, y el fusil volvió a subir hasta el hombro.

Joe discurrió rápidamente. La isla era grande. Quizá un poco más allá no hubiese soldados, y una vez en la playa no le importaba que le prendieran enseguida. Podía contagiarse de viruelas, pero aun esto era preferible a volverse con los piratas.

Hizo dar al esquife media vuelta a la derecha y remó con todas sus fuerzas. La caleta era bastante dilatada y el punto más cercano que debía rodear se hallaba muy dis tante. De haber sido más práctico en estas cosas hubiese seguido la dirección opuesta, y así el bergantín, que se disponía a perseguirle, hubiese tenido el viento de cara.

Pero ahora al *Dazzler* le empujaba un vientecillo que le permitiría alcanzarle.

Durante un buen rato las fuerzas estuvieron equilibradas. La brisa era ligera y no muy fuerte, por lo que unas veces ganaba terreno el esquife y otras el *Dazzler.* Arreció tanto el bergantín, que se aproximó hasta cosa de unas cien yardas de distancia, y luego, al ceder de pronto, su gran vela mayor quedó aleteando perezosamente.

—¡Robaste el esquife! ¿eh? —aulló el capitán, y entró corriendo a la cabina en busca del fusil—. ¡Te mato! ¡Vuelve pronto o te mato!

Pero sabía que el soldado le observaba desde la playa, y no se atrevió a disparar ni siquiera al aire.

Joe no pensó en esto, pues él, contra quien nadie hiciera fuego hasta entonces, había sido tiroteado dos veces durante las últimas veinticuatro horas. Una vez más o menos no podía importarle. Así que siguió remando resueltamente, mientras French Pete, en el paroxismo del furor, le amenazaba con toda suerte de castigos cuando volviese a echarle la mano encima.

Para complicar más las cosas, Frisco Kid se rebelaba también contra el capitán.

—Eso, mátele usted y le ahorcarán —le dijo—. Mejor sería que le dejase marchar. Es un buen muchacho, muy correcto, y no se ha criado para esta vida tan indigna que usted y yo llevamos.

—Tú también, ¿eh? —chilló el capitán, dominado por la rabia—. ¡Después te mataré a ti, sinvergüenza!

Se precipitó sobre el mozalbete, pero Frisco Kid empezó a correr velozmente desde el sollado hasta el bauprés para volver al punto de partida. En aquel momento llegó una fuerte ráfaga y French Pete abandonó una persecución para seguir la otra. Saltando sobre el timón, y sin preocuparse de la vela mayor, pues el viento era favorable, dirigió el bergantín sobre Joe. Este hizo un esfuerzo tremendo, pero después tuvo que entregarse a la desesperación y tiró los remos. French Pete había soltado la vela mayor, y cuando pudo alcanzar al esquife sacó a Joe de un tirón.

—¡Cállate! —le aconsejó al oído Frisco Kid mientras el irascible capitán estaba ocupado en sujetar el cable—. No le contestes. Deja que te diga lo que quiera y estate quieto. Será mejor para ti.

Pero la sangre anglosajona de Joe se había sublevado y no le atendía.

—Mire, señor French Pete, o como se llame —empezó a decir—. Le aviso a usted que quiero marcharme y que me marcharé. Así que lo mejor que puede usted hacer es desembarcarme enseguida. Si no lo hace, le aseguro, como me llamo Joe Bronson, que irá usted a la cárcel. Frisco Kid esperaba el resultado, lleno de temor. French Pete estaba loco de furor. ¡Le desafiaban a bordo de su propio barco, y un chiquillo! Nunca se había

oído decir una cosa semejante. Sabía que reteniendo al muchacho cometía una acción ilícita, pero al mismo tiempo temía dejarle marchar con los informes que había adquirido respecto al bergantín y el trabajo a que se dedicaba. El chico había pronunciado una desagradable verdad al decir que podía mandarle a la cárcel. Lo único que pudo hacer fue echárselas de valiente.

—Me mandarás a la cárcel, ¿eh? —gritó furioso con su voz chillona—. Pues tú me acompañarás. ¡Tú me robaste el bote anoche, responde a esto! ¡Robaste hierro! ¡Huiste también! ¿Qué contestas? ¿Y aún hablas de hacerme encarcelar? ¡Bah!

—Pero yo no lo sabía —contestó Joe.

¯¡Ja, ja! ¡Qué divertido! ¡Eso se lo dices al juez, verás cómo se ríe!

—Digo que no lo sabía —reiteró valientemente—. ¡No, no sabía que navegaba con una cuadrilla de ladrones! Frisco Kid parpadeó al oír el epíteto, y si Joe le hubiese mirado, hubiese visto cómo le subía a la cara una ola de rubor.

—Y ahora que lo sé —continuó— quiero desembarcar. Yo ignoro las leyes, pero conozco lo que es justo y lo que no lo es, y estoy dispuesto a aceptar el castigo que por los errores que haya podido cometer en este sentido me impongan, no ya un juez, sino todos los jueces de los Estados Unidos. Y esto no lo puede usted decir, señor Pete.

—Tú dices eso, ¿eh?... Muy bien, muy bien. Pues tú eres un grandísimo ladrón.

—¡No es verdad... y cuidado con volver a decirlo!

Joe estaba pálido y temblaba, pero no de miedo.

—¡Ladrón! —repitió el francés.

—¡Miente usted!

No en vano se había distinguido siempre Joe de los otros muchachos. Sabía el castigo que merecían las palabras que acababa de pronunciar y lo esperaba. Así que no se sorprendió mucho cuando un instante después se levantó del suelo del sollado, aturdido aún por un tremendo puñetazo entre las cejas.

—Dilo otra vez —decía French Pete desafiándole y con el puño levantado, dispuesto a golpearle de nuevo.

De rabia se le llenaron a Joe los ojos de lágrimas, pero estaba tranquilo y mortalmente serio.

—Cuando dice que soy un ladrón, Pete, miente usted. Puede matarme, pero yo seguiré diciendo que usted miente.

—¡No, no lo hará usted!

Frisco Kid se había lanzado como un gato, para evitar un segundo puñetazo, tumbando de espaldas al francés de un empujón sobre el sollado.

—¡Deje usted al chico! —continuó, y desmontando la pesada caña de hierro del timón, se colocó, así armado, entre ellos—. Esto ha llegado hasta donde debía llegar. ¿No ve usted de qué madera es el muchacho? Dice la verdad. Tiene razón y lo sabe, y aunque le matara usted, no cedería. Ahí va mi mano Joe.

Se volvió hacia Joe con la mano tendida, quien se la estrechó a su vez.

—Eres valiente y no temes demostrarlo.

La boca de French Pete se torció en una pálida sonrisa, pero el brillo perverso de sus ojos la desmentía. Se encogió de hombros y dijo:

—Pero no querrás que le diga palabras de cariño. Eso son bromas de marino. Perdonemos y olvidemos, como decís vosotros, ¿eh? Muy bien; perdono y olvido.

Alargó su mano, pero Joe se negó a tocarla. Frisco Kid aprobó con un gesto, mientras French Pete, encogiendo aún los hombros y sonriendo, entró en la cabina.

Arría la vela mayor —gritó—, y sigue por Hunter's Point. Por esta vez guisaré yo la comida, y entonces sabréis qué es comer bien. ¡French Pete es un gran cocinero!

—Siempre hace lo mismo cuando quiere reconciliarse; se porta bien y guisa —se aventuró a decir Frisco introduciendo la caña en el timón y obedeciendo la orden—. De todos modos, no debes fiarte.

Joe asintió con la cabeza, pero no habló. No tenía humor para ello. Temblaba aún bajo la excitación de los últimos instantes, mientras en su fuero interno analizaba su conducta y no hallaba nada de qué avergonzarse.

CAPÍTULO 13

PROMETEN AYUDARSE MUTUAMENTE

La brisa de la tarde se había levantado y llegaba ahora alborotada del Pacífico. Angel Island desaparecía rápidamente por la popa y comenzaba a distinguirse la parte de San Francisco más próxima al mar, cuando el *Dazzler* surcó aquellas aguas. Pronto se hallaron rodeados de embarcaciones y pasando entre navíos llegados de todos los extremos de la tierra. Más tarde cruzaron la ruta de los barcos que, abarrotados de gente, cruzan la bahía desde San Francisco a Oakland. Uno de ellos pasó tan cerca que los pasajeros se agolparon a la borda para ver el pequeño bergantín, tan gallardo, y a los dos muchachos del sollado. Joe contempló con envidia la hilera de rostros inclinados. Todos volvían a sus casas, mientras que él no sabía adónde iba, dependiendo esto de la voluntad de French Pete. Estaba casi tentado de gritar pidiendo socorro; pero se dio cuenta de la locura de semejante acto y se contuvo. Volvió la cabeza, y sus ojos erraron a lo largo de los elevados edificios empenachados de humo que formaban la ciudad, y se puso a meditar sobre las extrañas costumbres de los hombres y de los barcos en el mar.

Frisco Kid le observaba por el rabillo del ojo, siguiendo sus pensamientos con la misma exactitud que si los hubiese expresado en alta voz.

—¿Por casualidad está ahí tu casa? —preguntó de pronto, moviendo la mano en dirección a la ciudad.

Joe se sobresaltó al ver que había descubierto con tanta precisión lo que él pensaba.

—Sí —dijo sencillamente.

—Cuéntame.

Joe describió rápidamente su hogar, pero se vio obligado a entrar en detalles para satisfacer la curiosidad de su compañero. Frisco Kid se interesaba por todo, especial mente por la señora Bronson y Bessie. Tratándose de esta última, parecía infatigable en sus preguntas. Algunas de éstas eran tan singulares e ingenuas, que Joe a duras penas podía contener la risa.

—Ahora háblame de tu casa —dijo éste cuando al fin hubo terminado.

Frisco Kid pareció entristecerse de pronto y su rostro adquirió un aspecto sombrío que Joe no le había visto hasta entonces. Balanceó un pie y miró tristemente hacia el penol, que, al parecer, nada tenía que ver con el asunto.

—Anda empieza —le animó el otro.

Yo no tengo casa.

Estas cuatro palabras salieron de su boca como si hubiesen sido pronunciadas a la fuerza y después se juntaron sus labios casi con un quejido.

Joe comprendió que había tocado un punto sensible, y trató de suavizar el efecto de su falta de tacto.

—Pues del hogar que hayas tenido.

Él no soñaba siquiera que en el mundo pudiese haber muchachos que jamás hubiesen conocido un hogar, o que él no fuese el único en quien se hubiese cebado la desdicha.

—No lo he tenido nunca.

—¡Oh! —se le había despertado el interés, y ahora quiso mostrarse solícito—. ¿Ni hermanos?

—Tampoco.

—¿Y madre?

—Era tan pequeño cuando murió, que no la recuerdo.

—¿Y padre?

—Le he visto muy pocas veces. Se hizo a la mar... y desapareció.

Joe no supo qué decir, y se hizo un embarazoso silencio, interrumpido únicamente por el ruido de la gorja del *Dazzler.*

En aquel instante salió Pete, para relevarlos en el timón mientras ellos entraban a comer. Ambos muchachos acogieron su llegada con una sensación de alivio, y toda su molestia se disipó ante la comida, que era tal como había asegurado el capitán. Después Frisco Kid relevó a French Pete, y en tanto que éste comía, Joe lavó los platos y puso en orden la cabina. Luego se reunieron todos en la popa, donde el capitán se esforzó por aumentar la cordialidad, entreteniéndoles con narraciones de la vida de los pescadores de ostras en los mares del Sur.

Así transcurrió la tarde. Hacía ya bastante rato que habían dejado atrás San Francisco y rodeado Hunter's Point, y ahora corrían a lo largo de la costa de San Mateo. Joe distinguió un grupo de ciclistas que daban la vuelta alrededor de un peñasco en San Bruno Road, y le trajeron a la memoria el día que había pasado por aquel mismo sitio montado en su propia bicicleta. Apenas hacía un par de meses, pero a él le parecían siglos, tantas eran las cosas que habían sucedido en aquel intervalo.

Durante el tiempo que invirtieron en cenar y en lavar los platos, habían llegado a la altura de las lagunas tras las cuales se agrupaba Redwood City. El viento se había cal mado al ocultarse el sol, y el *Dazzler* avanzaba muy poco, cuando divisaron un bergantín que se acercaba aprovechando los últimos aleteos de la brisa. Al instante, Frisco Kid dijo que era el *Reindeer,* confirmándolo French Pete después de un examen más detenido. Éste parecía muy satisfecho del encuentro.

—Lo manda Red Nelson —dijo Frisco Kid al oído de Joe—. Te aseguro que es terrible. Yo siempre tengo miedo cuando se acerca. Tendrán algo gordo por aquí. Siempre buscan a French Pete para las maniobras. El es más entendido en todas estas cosas.

Joe asintió con la cabeza y miró con curiosidad la embarcación que se aproximaba. Aunque algo mayor, era del tipo del *Dazzler, lo* cual quiere decir que al construirlo se había atendido ante todo a la velocidad. La vela mayor era tan grande que más parecía la de un yate de regatas, y llevaba las señales para tres rizos, cuando menos, para caso de mal tiempo. En la arboladura y sobre cubierta todo estaba en su sitio, no había nada fuera

de lugar, ni sucio. Desde las drizas hasta los aparejos, todo revelaba un orden perfecto y una exquisita pericia naval.

El *Reindeer* se acercaba lentamente a la luz del crepúsculo y echó el ancla a poca distancia de allí. French Pete hizo lo propio con el *Dazzler,* y después, en el bote, fue a visitarlos. Los dos muchachos se tumbaron sobre el tejadillo de la cabina y esperaron su regreso.

—~Te gusta esta vida? —dijo Joe rompiendo el silencio.

El otro hizo un gesto ambiguo.

—Verás... me gusta y no me gusta. El aire fresco, el agua salada, la libertad... todo esto está bien; pero lo que no me gusta es el... el... —se detuvo un momento, como si la lengua se negara a obedecerle, y después dijo de pronto: —e1 robo.

—Entonces, ¿por qué no lo dejas?

Joe sentía por aquel muchacho más simpatía que la que él mismo se atrevía a confesarse, y súbitamente se sintió invadido por un celo de misionero.

—Tan pronto como pueda dedicarme a otra cosa.

—Pero ¿por qué no ahora?

—Ahora estoy comprometido —oyó Joe que decía.

Pero si deseaba marcharse, le parecía a Joe una locura que no lo hiciese enseguida.

—¿A dónde puedo ir? ¿Qué puedo hacer? —preguntó Frisco—. Nunca ha habido nadie en el mundo que me tendiese una mano. Una vez lo intenté, y me costó muy cara la lección para que ahora vuelva a intentarlo así, precipitadamente.

—Bueno; cuando yo salga de esto, iré a casa. Me parece que mi padre tenía razón, después de todo. Y no sé por qué motivo no podrías venir conmigo.

Dijo esto último sin pensar, impulsivamente, y Frisco Kid lo comprendió.

—Tú no sabes lo que dices —le contestó—. Imagínate que yo me fuese contigo. ¿Qué diría tu padre, y... y los demás? ¿Qué pensarían de mí? ¿Y qué haría?

A Joe se le encogió el corazón. Se daba cuenta de que, llevado de un impulso, había hecho una invitación que demasiado sabía era imposible cumplir. Trató de imaginarse a su padre recibiendo en su casa a un extraño como Frisco Kid... No, no, en esto no había ni que pensar. Entonces, olvidando su propia miseria, se puso a devanarse los sesos buscando otro medio para sacar a Frisco Kid de su condición actual.

—Me entregarían a la policía —continuó el otro— y me enviarían a un asilo. Antes prefiero morir. Además, Joe, yo no soy de vuestra clase, ya lo sabes. Con tantas cosas como ignoro, parecería un pez fuera del agua... Me parece que aún habré de esperar un poco antes de poder marcharme. Pero tú tienes que huir cuanto más pronto mejor. Así que se presente una ocasión, te desembarcaré; después ya me entenderé yo con French Pete...

—No, no lo harás —interrumpió Joe con vehemencia—. Cuando me vaya no quiero que tengas disgustos por mi causa. Así que no intentes nada de eso. Me mar charé, pierde cuidado, y si las cosas salen como yo pienso, quiero que vengas tú también; ven, sea como sea, luego ya veremos. ¿Qué te parece?

Frisco Kid movió la cabeza, y con los ojos fijos en el cielo estrellado, se puso a soñar en la vida que le hubiera gustado llevar, pero de la que parecía inexorablemente desterrado. La seriedad de la vida llamaba en el corazón de Joe con más gravedad que nunca, y permaneció silencioso, meditando intensamente. Un rumor de voces vino hasta ellos desde el *Reindeer* y al mismo tiempo, desde tierra llegaron flotando sobre el agua

las notas solemnes de una campana de iglesia, en tanto la noche estival les envolvía lentamente en su tibia oscuridad.

CAPÍTULO 14

ENTRE LOS BANCOS DE OSTRAS

El tiempo y el mundo habían desaparecido para los dos muchachos, cuando la voz áspera de French Pete les arrancó del sueño en que se habían sumergido.

—¡Hala! ¡arriba! voceaba—. ¡Tú, Joe, aquí! ¡Suelta los tomadores! ¡Aprisa...! ¡Tú, Kid, el foque!

Joe, en la oscuridad, se sentía torpe, pues ignoraba los nombres de los objetos y los lugares donde se hallaban; pero se apresuró bastante y cuando hubo echado los tomadores en el sollado, recibió orden de ayudar a izar la vela mayor. Después de esto se elevó el ancla y se colocó el foque. Luego recogieron las drizas y pusieron todas las cosas en orden antes de volver a popa.

—¡Muy bien, muy bien! —celebró el francés cuando entró Joe saltando por encima de la barandilla—. ¡Espléndido! ¡Tú serás un buen marino, estoy seguro!

Frisco Kid levantó la tapa de uno de los cajones del sollado y dirigió a French Pete una mirada interrogadora.

—Naturalmente —contestó éste—. Enciende las luces laterales.

El muchacho entró con la linterna roja y la verde en la cabina para encenderlas y después fue con Joe a colgarlas en los aparejos.

—Parece que no se atreven a emprenderlo —dijo Frisco Kid en voz baja.

—¿El qué? —preguntó Joe.

Aquella cosa que te dije está por ahí cerca. Es tan grave, que casi me parece que French Pete tiene miedo. Red Nelson lo despacharía en un periquete, pero no sabe bastante de esto. No puede emprenderlo hasta que Pete le de su palabra.

—¿A dónde vamos ahora? —inquirió Joe.

—No lo sé; por la ruta que seguimos, lo más probable es que vayamos a los bancos de ostras.

En este viaje no ocurrió nada notable. Por la noche se inició un vientecillo que les empujó y se sostuvo durante una hora o más. Después decayó y se hizo inseguro y vago, soplando tan pronto de un cuadrante como de otro. French Pete permaneció junto al timón, mientras Joe o Frisco Kid recogían o soltaban ocasionalmente alguna vela.

Joe estaba sentado y se maravillaba de que el francés supiese por dónde iba. Le parecía que se hallaban perdidos en la impenetrable oscuridad que les envolvía. Desde el Pacífico llegaba una niebla muy alta, que se interponía entre ellos y las estrellas privándoles de la escasa luz que de ellas pudiesen recibir.

Pero French Pete parecía conocer instintivamente la dirección, y contestando a una pregunta de Joe, hizo alarde de su habilidad guiándose por la «percepción» de las cosas.

Yo percibo la marea, el viento, la velocidad —explicó—. Hasta percibo la tierra. Esto que te digo es muy cierto. ¿Cómo lo hago? Lo ignoro. Sólo sé que percibo la tierra, como si mi brazo se extendiese millas y millas y alargase la mano sobre la tierra, la tocara y supiera que está allí.

Joe miró, incrédulo, a Frisco Kid.

—Eso es verdad —afirmó—. Cuando se lleva algún tiempo navegando, se llega a sentir la tierra. Y si se tiene la nariz un poco fina, regularmente hasta se puede oler.

Una hora más tarde, Joe dedujo por los gestos del francés que se acercaban a su destino. Parecía estar alerta, y miraba continuamente las sombras que tenía enfrente, como si a cada momento esperase ver alguna cosa. Joe miraba también con mucha insistencia, pero no veía más que tinieblas.

—Prueba con el palo, Kid —ordenó French Pete—. Me parece que ya es hora.

Frisco Kid desató del techo de la cabina una pértiga larga y delgada y, de pie en el centro de la angosta cubierta, hundió verticalmente uno de sus extremos en el agua.

—Cerca de quince pies —dijo.

—¿Qué es el fondo?

—Barro —le respondió.

—Espera un poco y vuelve a probar.

Cinco minutos después el palo se sumergió de nuevo.

—Dos brazas... ——dijo Frisco Kid— conchas...

French Pete se frotó las manos, satisfecho.

—Muy bien, muy bien —dijo—. Siempre acierto con el fondo. No os burlaréis del viejo, os lo aseguro.

Frisco Kid seguía maniobrando con la pértiga y anunciando los resultados del sondeo, con gran asombro de Joe, que no podía comprender cómo aquellos hombres conocían tan íntimamente el fondo del mar.

—Diez pies... conchas —continuaba diciendo Frisco Kid con voz monótona—. Once pies... conchas. Catorce pies... blando. Dieciséis pies... barro. No hay fondo.

—¡Ah, el canal! —dijo a esto French Pete.

Durante unos minutos sólo se oyó: «No hay fondo...» Y luego, de pronto, gritó Frisco Kid:

—¡Ocho pies... duro!

Ya está bien —ordenó French Pete—. Ve a proa, Joe, y arría el foque. Tú, Kid, prepara el áncora.

Joe encontró la driza del foque y quitó la clavija, y cuando la lona se abatió fueron barloando lentamente.

—¡Suelta! —ordenó.

Y el áncora se hundió en el agua, arrastrando tras ella poca cadena.

Frisco Kid recogió todas las cuerdas apresuradamente. Después amarraron las velas, lo ataron todo y bajaron a dormir.

Eran las seis cuando despertó Joe y salió al sollado para echar un vistazo a los alrededores. El viento y el mar estaban agitados y el Dazzler cabeceaba y se balanceaba, levantándose de vez en cuando sobre la cadena del áncora con un salto brusco. Para mantenerse de pie se veía obligado a agarrarse al botalón. Era un día gris plomizo, sin que el sol apareciera por ninguna parte, y grandes masas de nubes fugitivas oscurecían el cielo.

Joe buscó la tierra. Se hallaba a una milla y media de distancia. Era una playa baja y arenosa, azotada por una fuerte resaca. Detrás se veían ciénagas desoladas y en último término elevábanse las colinas de Contra Costa.

Al dirigir la mirada en otra dirección, Joe se sobrecogió viendo un pequeño bergantín que cabeceaba sujeto al áncora a menos de cien yardas de allí. Se hallaba casi a barlovento, y al balancearse un poco leyó el nombre en la popa: *Flying Dutchman,* uno de los barcos que había visto amarrados en el muelle de la ciudad de Oakland. Algo más a la izquierda de éste descubrió al Ghost, y más allá había anclados otros seis bergantines.

—¿Qué te dije?

Joe se volvió rápidamente. French Pete había salido de la cabina y contemplaba triunfante el espectáculo.

—¿Qué te dije? No podéis burlaros del viejo, eso es. Acierto lo mismo de noche que a la luz del sol. Yo sé lo mío... Yo sé...

—¿Habrá tormenta? —preguntó Frisco Kid desde la cabina, mientras encendía el fuego.

El francés estudió el horizonte atentamente durante unos minutos.

—Lo mismo puede soplar de arriba que de abajo —fue el incierto veredicto—. Arregla pronto el desayuno y trataremos de pescar.

De las diversas cabinas de los bergantines salía humo, denotando con ello que todos preparaban la primera comida del día. En lo concerniente al *Dazzler,* esto ofre cía poca complicación. No tardaron en despachar y enseguida pusieron un rizo a la vela mayor y estuvieron a punto para levar el ancla.

Joe sentía curiosidad. Aquello debían ser indudablemente los bancos de ostras; pero ¿cómo era posible que con aquel mar embravecido pudiesen pescar? No tardaría mucho en saberlo. Levantando parte del entarimado del sollado, French Pete sacó dos bastidores de acero triangulares. En el vértice de uno de estos triángulos y en una anilla a propósito para ello sujetó un trozo de cuerda recia. Desde este punto los lados divergían, formando casi un ángulo recto, y se extendían hasta cuatro pies o más, donde se unían con el tercer lado del triángulo, que era la base del aparato. Éste consistía en un plato de acero llano, de una yarda de longitud aproximadamente. Clavada en el mismo había una larga tira de agudos dientes, de acero también. A este plato dentado y a los lados del triángulo se unía una red de hilo de pescar muy grosero, la cual, como supuso Joe acertadamente, servía para recoger las ostras arrancadas del fondo del mar mediante aquellos dientes.

Después de atar una cuerda a cada uno de estos aparatos, los hundieron en el agua desde los costados del *Dazzler*. Cuando llegaron al fondo y se arrastraron a una distancia conveniente, se moderó notablemente la marcha. Joe tocó una de las cuerdas y pudo percibir con facilidad los choques, las sacudidas y los rechinamientos que producían los dientes al arrancar fragmentos del fondo. —¡Arriba! —gritó French Pete.

Los muchachos asieron la cuerda y subieron la red. Estaba llena de barro, lodo, ostras pequeñas y alguna que otra grande. Vaciaron este conjunto sobre cubierta y lo seleccionaron mientras la red seguía pescando. Las grandes echábanlas en el sollado y los escombros volvían a tirarlos al mar con una pala. No se daban punto de reposo, pues enseguida había que vaciar la otra red. Y una vez hecho esto y seleccionadas las ostras, tuvieron que halar a bordo los dos aparejos, a fin de que French Pete pudiese hacer girar el *Dazzler*

El resto de la flota seguía el mismo rumbo y viraba de idéntico modo. A veces, los otros bergantines se les aproximaban hasta casi tocarles, y ellos les saludaban y cambiaban algunas frases y bromas groseras. Pero en general el trabajo era duro y, al cabo de una hora, a Joe le dolía la espalda, a causa de aquel ejercicio al que no estaba acostumbrado, y

las manos le sangraban por los cortes producidos al manejar, falto de habilidad, las ostras de afilados bordes.

—Esto va bien —dijo French Pete aprobando—. Aprendes pronto. Enseguida sabrás el manejo.

Joe sonrió tristemente y deseó que llegara la hora de comer. De vez en cuando, al sacar una red poco cargada, los muchachos tomaban alimento y cambiaban algunas palabras.

Aquello es la isla de los Espárragos —decía Frisco Kid señalando la costa—. Al menos con este nombre la conocen los pescadores y marineros, la gente que vive allí la llama isla de Bay Farm —y señalando más a la derecha—, y por allí está San Leandro. No se puede ver, pero está allí.

—¿Has estado alguna vez? —preguntó Joe.

Frisco movió la cabeza y le indicó que le ayudara a subir la red de estribor.

—A esto llaman ellos los bancos desiertos —volvió a decir—. No pertenecen a nadie. Los piratas van más allá a trabajar fraudulentamente.

—¿Por qué fraudulentamente?

—Porque son piratas y porque cuesta dinero pescar en los bancos privados.

Con un gesto señaló hacia el Este y Sudeste.

—Los bancos privados están por allá, y si no hay tormenta, toda la flota hará una incursión allí esta noche.

—¿Y si hay tormenta? —preguntó Joe.

—Pues no iremos y French Pete se volverá loco. Siempre le sabe muy mal ver sus proyectos desbaratados por el tiempo. Y realmente no tiene aspecto de amainar. Esta costa es la peor que puedas imaginarte para un temporal de Poniente. Pete quizás quiera resistir; pero más valdría salir antes de que aullase la tormenta.

Al principio pareció que el tiempo iba a mejorar. El fuerte viento Sudoeste que había soplado disminuyó sensiblemente, y a mediodía, cuando anclaron para comer, el sol se abrió paso a través de las nubes.

—Esto va bien dijo en tono profético Frisco Kid—. Pero si de algo ha de valerme haber navegado, me parece que el tiempo se dispone a darnos un mal rato.

—Creo, que tienes razón —concedió French Pete—. Pero el *Dazzler* resistirá lo mismo. La última vez pasó la tormenta y tuvimos una buena noche. Esta vez también será así. ¿No es eso?

CAPÍTULO 15

BUENOS MARINEROS EN UN ANCLAJE DIFÍCIL

Toda la tarde estuvo el *Dazzler* balanceándose en su anclaje, y al oscurecer cesó traidoramente el viento. Esto y el ejemplo de French Pete animó al resto de los pescadores de ostras a intentar una incursión durante la noche; pero revisaron cuidadosamente las amarras y sacaron las áncoras de reserva.

French Pete ordenó a los dos muchachos que embarcaran en el bote y, con inminente riesgo de zozobrar, llevaron otra áncora y la dejaron caer formando ángulo recto con la primera. French Pete soltó después una gran cantidad de cadena y cuerda, a fin de que el *Dazzler* pudiese retroceder un centenar de pies o más y anclar con mayor facilidad.

Al abrigo del sollado, Joe contemplaba el mar embravecido. Los bancos de ostras estaban fuera, en alta mar, donde no había refugio alguno, y el viento, barriendo el agua en una superficie de doce millas, levantaba unas olas tan tremendas que a cada momento parecía que iban a voltear a los zarandeados bergantines. Un poco antes del crepúsculo se alzó una vela a barlovento y fue subiendo hasta convertirse en la enorme vela mayor del *Reindeer.*

—¡El grandísimo loco! —gritó French Pete saliendo a escape de la cabina para ver mejor—. Alguna vez, ¡ah! alguna vez, os aseguro que se estrellará si va así, y hará ¡puf? si va así, ¡pufl... y no se hablará mas de Nelson, ni del *Reindeer,* ni de nada.

Joe dirigió una mirada interrogativa a Frisco Kid.

—Bueno —contestó éste—. Nelson debía llevar al menos un rizo. Con dos, mejor aún. Pero ahí viene con todas las velas desplegadas, como si le persiguiera un enemigo. Se lanza demasiado; es muy temerario cuando no hay la menor necesidad de ello. Yo he navegado con él, y conozco sus costumbres.

El *Reindeer,* como un gran pájaro, volaba hacia ellos, subiendo y bajando sobre la cresta espumosa de una ola.

—No importa —advirtió Frisco Kid—. Únicamente quiere probar cuánto puede acercarse a nosotros sin rozarnos.

Joe movía la cabeza, contemplando con los ojos muy abiertos el emocionante espectáculo. El *Reindeer* saltó en el aire, dirigiendo la proa hacia el cielo y mostrando la gorja violentamente sacudida; luego se precipitó hasta hundir la cubierta de proa en la espuma, y pasó por su lado vertiginosamente, faltando apenas un pie para que el botalón chocara contra el aparejo del *Dazzler.*

Nelson, que iba al timón, les saludó con la mano al pasar junto a ellos, y se rio alegremente en las narices de French Pete, que estaba indignado por aquella peligrosa treta.

Estando a sotavento la intrépida embarcación viró a barlovento, y se ladeó tanto que les mostró la oscura carena de la sobrequilla y creyeron que se iba a pique.

Luego se enderezó y volvió a su carrera loca como si estuviera poseída. Cruzando ante ellos, pasó a estribor. Vieron bajar el foque rápidamente y echar un áncora, al mismo tiempo que se precipitaban a barlovento; y mientras avanzaba y retrocedía una y otra vez y la vela mayor iba aflojándose, vieron hundirse otra áncora muy apartada de la primera. Entonces la vela mayor cayó sobre cubierta y enseguida fue plegada y amarrada, a tiempo que la embarcación quedaba sujeta a sus dos guindalezas.

—¡Ah, ah! ¡Jamás he visto un hombre como ése...!

Los ojos del francés brillaban admirados, y los de Frisco Kid relucían con igual emoción.

—Lo mismo que un yate dijo el capitán cuando volvió a entrar en la cabina—. Lo mismo que un yate, tal vez mejor.

Al llegar la noche se levantó de nuevo el viento, y a las once había alcanzado tal violencia que «aullaba», según la expresión de Frisco Kid. French Pete se levantaba y acostaba a cada momento. Dos veces que subió a cubierta, soltó más cadena y más cable. Joe, tendido sobre las mantas, escuchaba y esperaba en vano la llegada del sueño. No tenía miedo, pero no dominaba aún el arte de dormir en medio de aquel tumulto y de tan violentas conmociones. Nunca hubiese imaginado que un barco pudiera permitirse bromas tan terribles sin perecer. Se revolvía con tal frecuencia, que estaba seguro de que

zozobrarían. Otras veces saltaba y se lanzaba en el aire para caer después sobre las olas con estrépito atronador, como si la carena se hiciera pedazos. Además, quería librarse del tirón de las guindalezas con brusquedad y fiereza tales, que las sacudidas lo hacían vacilar y quejarse y protestar por todas sus ensambladuras.

Frisco Kid se despertó, y le dijo sonriendo:

—Esto es lo que ellos llaman resistir. Pero espera que se haga de día y ya verás cómo nos arrancamos. Si no se estrella ningún bergantín contra la costa, no entiendo yo nada de esto.

Dio media vuelta y se quedó de nuevo dormido. Joe le envidiaba. Cerca de las tres de la mañana oyó a French Pete trepar hacia la proa y explorar los alrededores. Joe le observaba con curiosidad y a la luz incierta de la lámpara, furiosamente agitada, le vio arrastrar dos fardos de cuerda de reserva. Los subió a la cubierta y Joe comprendió que las ataba a las guindalezas para alargarlas aún más.

A las cuatro y media French Pete tenía el fuego encendido, y a las cinco llamó a los grumetes para tomar el café. Al terminar se deslizaron por el sollado a contemplar la terrible escena. Rompía el alba en un cielo gris y negro, y sobre un mar tempestuoso y desolado. Apenas podían distinguir la costa de la isla de los Espárragos, pero oían distintamente el trueno de la resaca; y al crecer el día advirtieron que la corriente les había arrastrado media milla durante la noche.

El resto de la flota también había sido arrastrada. El *Reíndeer* estaba casi frente a ellos; la *Caprice* se hallaba un centenar de millas más lejos; y a sotavento, perdidos entre ellos y la costa, luchaban otros cinco barcos.

—Faltan dos —anunció Frisco Kid, mirando con los anteojos y explorando la playa.

—¡Allí hay uno! —gritó—. Y después de examinarlo cuidadosamente, añadió: —El *Go Ask Her*. No tardará en estrellarse. Creo que la tripulación se ha salvado.

French Pete miraba con los anteojos. Joe miró después, y pudo ver con toda claridad el infortunado bergantín levantarse y hundirse entre las olas. Más allá, en la playa, descubrió a los tripulantes.

—¿Dónde está el *Ghost?*—preguntó French Pete.

Frisco Kid lo buscó inútilmente por toda la costa; pero cuando volvió los anteojos hacia el mar, lo vio a la luz del nuevo día a más de media milla a barlovento y fuera de peligro.

—Apuesto a que en toda la noche no ha sido arrastrado ni cien pies —dijo—. Debe haber encontrado buen fondo para anclar.

—Barro —dictaminó French Pete—. Precisamente allí hay un trozo fangoso. Si sale con bien de esto, ya puede asegurar que tiene bríos. Lleva áncoras muy ligeras, sólo buenas para el barro. Yo les dije que se procuraran otras más fuertes, pero se rieron. Algún día lo lamentarán, ya veréis.

Uno de los bergantines de sotavento izó un pedazo de vela y comenzó la terrible lucha para salir de las fauces de la destrucción y de la muerte. Durante un rato le vieron tambalearse y sumergirse horriblemente y avanzar muy poco.

French Pete puso fin a su contemplación.

—¡Venid! —gritó—. Poned dos rizos a la vela mayor. Saldremos enseguida.

Hallándose ocupados en esto, les sobrecogió una exclamación. Alzaron los ojos y vieron al Ghost con la proa vuelta hacia atrás que se les echaba encima vertiginosamente.

French Pete se arrastró como un gato, sacando al mismo tiempo su cuchillo, y de un golpe cortó la cuerda que les sujetaba al áncora de reserva. Esto hizo recaer el peso del

Dazzler sobre el áncora de cadena. Como consecuencia, se inclinó a la izquierda oportunamente, pues un momento más tarde el *Ghost,* con la popa delante y a la deriva, pasó como una exhalación por el sitio que había ocupado el *Dazzler*

—¡Ha arrancado cuatro áncoras! —exclamó Joe al ver cuatro cuerdas estiradas, flotando en el agua, casi horizontalmente a la popa.

—Dos pertenecen a las redes —dijo riendo Frisco Kid.

—¡Eh! —gritó Frisco Kid . Mirad a Nelson. Ha puesto otro rizo, y esto es prueba de que arrecia la tormenta.

El *Reindeer* corría hacia ellos, entre espumas, desafiando al temporal como un magnífico animal marino. Red Nelson, al pasar, les saludó desde la popa, y quince minutos después, cuando levaban el áncora que les quedaba, le vieron virar de bordo y pasar a barlovento. French Pete le siguió con ojos admirados, pero dijo de un modo siniestro:

—El mejor día perecerá, os lo aseguro.

Un momento después se elevó el foque rizado del *Dazzler y* éste empezó a debatirse en lo más difícil de la lucha.

Apartarse de allí era trabajo lento, arduo y peligroso, y Joe se maravilló muchas veces de que tan exigua embarcación pudiese resistir un solo minuto las furias de los ele mentos. Pero poco a poco se fue alejando de la costa y del banco donde estaba anclado, internándose a mayor altura, y entonces arriaron un poco la vela mayor y corrieron unas cuantas millas, en busca de abrigo, tras el muro de rocas de Alameda Mole. Allí encontraron al *Reindeer* tranquilamente anclado, y durante las horas siguientes acudió el resto de la flota, que se había rezagado, excepción hecha del Ghost, que evidentemente había ido a hacerle compañía al *Go Ask Her,* estrellándose contra la costa.

Por la tarde amainó el viento repentinamente, y el tiempo cambió hasta casi convertirse en un día de verano.

—No me convence —dijo Frisco Kid al anochecer, luego de marcharse French Pete en el bote a visitar a Nelson.

—¿Qué es lo que no te convence? —preguntó Joe.

—Pues el tiempo ha calmado demasiado en seco. No ha podido disiparse toda la tormenta, y si no me equivoco, a menos que se disipe no habrá verdadera calma. Es probable que de un momento a otro vuelva a soplar y a aullar.

—¿Adónde iremos al salir de aquí? —preguntó Joe—. ¿Volveremos a los bancos de ostras?

Frisco movió la cabeza.

—No puedo decir lo que resolverá French Pete. Le ha salido mal lo del hierro y lo de las ostras, y está tan disgustado, que es posible que haga algo desesperado. No me sorprendería verle salir con Nelson hacia Redwood City, donde se halla aquella cosa importante de que te hablé. Está por allí.

—Bueno, yo no quiero intervenir en eso —anunció Joe decididamente.

—Claro que no —contestó Frisco Kid—. Y además me parece que estando Nelson con sus dos hombres y con French Pete, no te necesitarán para nada.

CAPÍTULO 16

LA CAJA DE ASEO DE FRISCO KID

Después de esto la conversación decayó y los dos muchachos permanecieron casi una hora tumbados sobre la cabina. Luego, sin pronunciar palabra, bajó Frisco Kid y encendió una luz. Joe le oyó revolver por allí, y al poco oyó que le llamaba en voz baja. Al entrar en la cabina lo vio sentado en el borde del camarote, teniendo sobre las rodillas una caja de aseo de marinero y en la mano una página de una revista, cuidadosamente doblada.

—¿Se parece a ésta? —preguntó desdoblándola y volviéndola para que el otro la viese.

Era un grabado de media página, que representaba un grupo de dos niñas y un niño en una habitación amueblada a la antigua, pero con elegancia, y en actitud de consultar algo. La niña que estaba hablando, miraba al espectador, y los otros dos se hallaban vueltos de espaldas.

—¿Quién? —inquirió Joe, perplejo, pasando los ojos desde el grabado al rostro de Frisco Kid.

—Tu... tu hermana... Bessie.

La última palabra parecía resistirse a salir de sus labios, y se expresaba con cierta tímida reverencia, como si aquello fuese algo inefablemente sagrado.

Joe, de momento, no supo qué contestar. No podía hallar ningún punto de semejanza entre los dos, y además, las niñas eran seres muy insignificantes para perder el tiempo con ellas.

«Ahora se ruboriza», pensó al observar el suave carmín que ascendía a las mejillas de Frisco. Sintió un deseo irresistible de reír y trató de sofocarlo.

—¡No, no te rías! —gritó Frisco Kid, recogiendo el papel y metiéndolo otra vez en la caja de aseo con mano trémula. Luego añadió, más lentamente: —Yo creí... me figuraba que lo habrías comprendido... y... y...

Al volverse rápidamente le temblaban los labios y en sus ojos había un brillo singular.

Un instante después Joe estaba a su lado, junto a la cama, atendiéndole cuidadosamente. Lo hizo sin pensar, movido por algún reproche instintivo.

Una semana antes no hubiese podido imaginarse tanta solicitud; pero ahora le parecía la cosa más natural del mundo. No lo sabía, pero comprendía que aquello tenía una profunda significación para su compañero.

—Anda, empieza a contar —le dijo abrazándose a él tiernamente—. Ya lo comprenderé.

—No, no lo comprenderás. No puedes.

—Sí, veras. Comienza.

Frisco se resistía y movía la cabeza.

—No sé si podré, de todos modos. Son cosas que siento y que no sé expresar con palabras Joe le dio unos golpecillos en el hombro para tranquilizarle, y conti nuó—: Bueno, es algo así. Mira, yo sé muy poco de las cosas de tierra y de la gente, y nunca he tenido hermanos ni compañeros de juego. Siempre he ignorado todo esto pero me sentía solo... como si me faltase algo aquí —y se puso una mano sobre el pecho—. ¿Has sentido alguna vez hambre de verdad? Bueno, pues eso es lo que sentía yo precisamente, sólo que era otra clase de hambre, que no podía determinar. Pero un día, ¡oh! hace mucho tiempo de esto, llegó a mis manos una revista y vi un grabado, éste, con las dos niñas y el niño que están hablando. Pensé que me gustaría estar como ellos, y fui imaginando las cosas que dirían y harían, hasta que de pronto me di cuenta y comprendí que lo que yo tenía no

era sino soledad... Pero sobre todo me maravillaba la niña que en el grabado está de frente. Pensaba en ella a todas horas, y poco a poco se fue convirtiendo en una realidad. Yo sabía que era un engaño, pero luego no lo quería creer. Cuando pensaba en los hombres, en el trabajo y en la vida implacable, comprendía que era un engaño; pero cuando pensaba en ella ya no me lo parecía. No lo sé; no puedo explicarlo.

Joe recordaba las aventuras por mar y tierra que había imaginado, y asentía con la cabeza. Al menos esto lo comprendía bien.

—Por supuesto que era una tontería; pero el tener por amiga o camarada a una niña así, me parecía lo más delicioso del mundo. Hace ya mucho tiempo de esto, yo era entonces un chiquillo; fue cuando Red Nelson me puso este nombre, y desde aquel día no he sido sino Frisco Kid. Al principio sacaba siempre el retrato de la niña para contemplarlo, y poco después empecé a sentir vergüenza por si yo no era digno de esto. Mas tarde, cuando ya fui mayor, volví a mirarlo, pero de otra manera. Pensaba: «Suponte, Kid, que algún día llegaras a encontrar una niña como ésta. ¿Qué pensaría de ti? ¿Podría quererte? ¿Podría siquiera ser amiga tuya?» Y entonces me proponía mejorar y tratar de hacer algo, a fin de que ella u otra parecida pudiese conocerme sin tener que avergonzarse.

»Por eso aprendí a leer. Por eso huí. Nicky Perrata, un muchacho griego, me enseñó las letras, y hasta que supe leer no adiviné que el piratear era realmente una cosa ilícita. Estaba acostumbrado a ello desde que tenía uso de razón, y casi toda la gente que conocía vivía de lo mismo. Pero al enterarme me escapé enseguida, creyendo librarme para siempre de esta vida de pirata. Algún día sabrás cómo fue el volver a esto.

»Naturalmente, cuando yo era pequeño me parecía una niña de verdad, y aun ahora hay veces que me lo parece; tanto es lo que he pensado en ella. Pero mientras te estoy hablando todo se aclara y se me aparece bajo otro aspecto. Ella representa sencillamente una vida mejor y más pura, la que me hubiese gustado; y de haber podido vivir así, hubiese conocido muchachas como ella y gente de su clase (de la tuya); esto es lo que quiero decir. Así es como llegué a sentir deseos de saber cosas acerca de tu hermana y de ti; el porqué, no lo sé; yo creo que estaba admirado simplemente. Supongo que tú conocerás muchas niñas como ésta, ¿verdad?»

Joe asintió.

—Entonces, cuéntame, cuéntame algo —dijo al notar en los ojos de Joe una fugaz expresión de duda.

—¡Oh, eso es fácil! —afirmó Joe valientemente.

Comprendía hasta cierto punto el ansia del muchacho, y le pareció empresa sencilla satisfacerle, al menos parcialmente.

—Para empezar, te diré que son... bueno; son como... niñas; eso es, exactamente, niñas.

Cesó de hablar, sintiéndose incapaz de salir airoso.

Frisco Kid esperó pendiente de sus palabras.

Joe se esforzaba con toda su voluntad en ordenar sus ideas. A su mente acudían en rápida sucesión todas las niñas que habían sido sus condiscípulas, las hermanas de sus conocidos y amigos; unas eran delgadas, otras gruesas; unas altas, otras bajas; de ojos azules y de ojos negros; de pelo rizado; morenas, rubias; en fin, una procesión de niñas de todos los tipos y clases. Pero no pudo decir nada acerca de ellas para salir del paso. Él nunca había sido un afeminado, y no tenía por qué saber nada de ellas.

—Son exactamente iguales a las que tú conoces, Kid... naturalmente.

—Pero yo no conozco ninguna. Joe soltó un silbido.

—¿Y nunca conociste?

—Sí, una, Carlotta Gispardi. No sabía hablar inglés y yo no sabía italiano y ésta murió. Aunque jamás conocí a ninguna, me parece que estoy tan enterado como tú.

—En cambio, creo que yo sé más de aventuras y correrías por el mundo que tú —replicó Joe.

Ambos muchachos se echaron a reír. Un momento después, Joe se sumió en una profunda meditación. Se le ocurrió de pronto que no había agradecido bastante las cosas buenas de la vida que había poseído. El hogar, el padre y la madre habían adquirido mayor importancia para él; pero ahora empezaba a atribuir más valor personal a su hermana, a sus amigos y a sus camaradas. Nunca les había apreciado debidamente, y en adelante..., bueno, en adelante ya sería otra cosa.

La voz de French Pete llamándoles puso fin a la conversación y ambos subieron a cubierta.

CAPÍTULO 17

FRISCO KID CUENTA SU HISTORIA

—¡Izad la vela mayor y levad el ancla! —gritó el francés—. ¡Y luego a seguir al *Reindeer!* ¡No encendáis las luces laterales!

—¡Ven! Suelta aquellos tomadores... ¡aprisa! —ordenó Frisco Kid—. Ahora a las drizas del penol... aquí, aquella cuerda... suelta la clavija. Y no la ices cara a mí. ¡Eso es! ¡Aprieta cuanto puedas! Luego la desplegaremos. Corre a popa y ocúpate de la vela mayor. ¡Empuja el timón hacia arriba!

Bajo el súbito impulso de la vela mayor, el *Dazzler* se encabritó y tiró del áncora como un caballo impaciente, hasta que el hierro encenagado dejó el fondo de un tirón y quedó libre.

—¡Suelta la lona! ¡Vuelve a proa y ayúdame a subir la cadena! ¡Sostén para que pueda aflojar el foque!

Frisco Kid, el muchacho que se extasiaba ante las niñas de las revistas ilustradas, había desaparecido, y sobre cubierta quedaba únicamente el marino fuerte y dominador. Corrió a popa y viró en redondo cuando el foque se agitó en lo alto por mano de Joe, que fue a reunírsele enseguida. En aquel preciso instante, el *Reindeer,* como un murciélago monstruoso en la oscuridad, pasó a sotavento.

—¡Ah, estos muchachos! ¡No acabarán en toda la noche! —oyeron exclamar a French Pete; y después la voz dura de Red Nelson, que decía:

—No te importe, francés. Yo enseñé a Kid a navegar, y todavía no he tenido que avergonzarme de él.

El *Reindeer* era más rápido, pero evitando el impulso del viento en las velas, se las arreglaban de manera que los muchachos no les perdieran de vista. La brisa de Poniente se hizo más fuerte, prometiendo aumentar en breve. Las estrellas desaparecían tras masas de nubes movedizas que indicaban una velocidad mayor en las capas superiores. Frisco Kid examinó el firmamento.

—Antes de que amanezca, tendremos tiempo bueno y firme —aseguró—, como ya te dije.

Varias horas después los dos barcos se detuvieron frente a la costa de San Mateo y anclaron a una distancia no mayor que la longitud de un cable. Vieron surgir un pequeño muelle del cual sólo distinguían el extremo, pero después advirtieron que a corta distancia estaba amarrado un yate.

Según costumbre, lo dejaron todo dispuesto para una partida precipitada. En un momento dado las áncoras podían ser recogidas y las velas izadas. Dos esquifes vinieron silenciosamente desde el *Reindeer.* Red Nelson había dado uno de sus hombres a French Pete, a fin de que hubiese dos en cada bote. No ofrecían un aspecto muy imponente —al menos a Joe no se lo pareció— a pesar de que sus rostros tenían una cruel seriedad. El capitán del *Dazzler* se ciñó el cinturón de las pistolas y colocó en el bote el rifle y una fuerte garrucha doble. Ofreció vino a todos y en la oscuridad de la cabina brindaron por el éxito de la expedición. Red Nelson iba también armado, mientras sus hombres llevaban enfundado en la cadera el cuchillo de los marineros. Penetraron en los botes muy despacio y con grandes precauciones, procurando evitar todo ruido. French Pete se detuvo para advertir a los muchachos que permanecieran a bordo y no trataran de hacer ninguna jugarreta.

Ahora sería la nuestra, Joe, si no se hubieran llevado el esquife —murmuró Frisco Kid, cuando los dos botes hubieron desaparecido a lo lejos.

—¿Y por qué no con el *Dazzler?* —respondió de pronto Joe—. Podríamos izar las velas y huir enseguida.

Frisco Kid dudaba. El espíritu de compañerismo era muy fuerte en él y le repugnaba abandonar al capitán en aquel aprieto.

—Creo que no estaría muy bien dejarle en tierra Aijo—. Por supuesto —continuó rápidamente—, sé que todo esto es inicuo; pero recuerda la primera noche que llegaste corriendo hasta el bote, mientras aquellos hombres disparaban. Nosotros no te dejamos, ¿verdad?

Joe asintió muy a disgusto, y entonces una idea nueva cruzó por su mente.

—Pero ellos son piratas... ladrones... y criminales ——di~ jo—. Están infringiendo las leyes, y ni tú ni yo queremos hacer tal cosa. Además, no quedarían abandonados. Está el *Reindeer* Nada les impide escapar en él, y a nosotros no nos pillarán gracias a la oscuridad.

—Ven, pues.

Aunque había consentido, Frisco Kid no estaba del todo satisfecho, porque aquello seguía pareciéndole una deserción.

Fueron arrastrándose y comenzaron a izar la vela mayor. En caso necesario podían dejarse el áncora y no entretenerse subiéndola. Pero al primer rechinamiento de las drizas en las roldanas llegó hasta ellos una orden a través de las sombras:

—¡Bajad eso enseguida!

Mirando en la dirección de donde procedían aquellos sonidos, descubrieron un rostro que asomaba por la barandilla del otro bergantín.

—No tengas miedo, es el grumete del *Reindeer* —dijo Frisco—. ¡Ven!

Volvieron a la maniobra, y nuevamente en cuanto hicieron ruido vino a interrumpirles el grumete:

—¡Os digo que dejéis las drizas enseguida, y si no, veréis lo que os pasa!

Esta amenaza, seguida del chasquido de una pistola al ser amartillada, hizo obedecer a Frisco Kid, que se volvió al sollado refunfuñando:

Ya se presentarán otras ocasiones. French Pete ha sido muy perspicaz, ¿verdad? Se figuró que tratarías de huir y ha puesto guardia.

De la playa no llegaba indicio alguno que les diera a conocer cómo les iba a los piratas. No ladraba ningún perro, ni se veían luces. Hasta el aire parecía estremecerse alarmado. Apretujaronse los muchachos uno contra otro en el sollado y quedaron esperando.

—Tú ibas a hablarme de tu huida y de la causa de tu regreso —se aventuró a decir Joe.

Y entonces Frisco Kid empezó la narración en voz baja al oído de su compañero.

—Cuando determiné dejar esta vida no había un alma para ayudarme, pero sabía que la única cosa que podía hacer era desembarcar y buscar trabajo, a fin de costearme los estudios. Luego pensé que tendría más probabilidades en el campo que en la ciudad. Entonces estaba en el *Reindeer,* y determiné dejar a Red Nelson. Una noche, hallándonos en los bancos de ostras de Alameda, desembarqué y me alejé del mar tan velozmente como me lo permitían mis piernas. Nelson no me cogió; pero por allí todos eran labradores portugueses y ninguno tenía trabajo para mí. Además, era invierno; la peor época del año. Esto te demostrará lo enterado que estaba yo de las cosas de tierra.

»Tenía ahorrados un par de dólares. Decidí viajar e internarme cada vez más en busca de trabajo, comprando pan y queso o cosas parecidas a los encargados de los almacenes. Hacía frío durante aquellas noches, y las pasaba sin mantas, al raso, deseando siempre que llegase el nuevo día. Pero, peor que todo esto era la manera con que todo el mundo me miraba. Desconfiaban de mí y no temían demostrarlo; otras veces me azuzaban los perros y me decían que pasara de largo. Luego se me acabó el dinero y precisamente cuando empezaba a tener más hambre fui detenido.

—¡Detenido! ¿Por qué?

—Por nada. Por vivir, supongo. Me había metido en un montón de heno para dormir, porque se estaba allí más caliente; llegó un guarda del pueblo y me arrestó por vagabundear. Al principio creyeron que era un fugitivo, y telegrafiaron mis señas a todas partes. Yo les dije que no tenía a nadie, pero durante mucho tiempo no quisieron creerme. Y después, viendo que no había quien me reclamara, el juez me envió a un asilo de niños, en San Francisco.

Se detuvo y miró atentamente hacia la costa. La oscuridad y el silencio eran profundos y parecían haberse tragado a los hombres. Nada se movía, excepto el viento, que empezaba a soplar suavemente. Frisco Kid prosiguió su narración:

—Creí morirme en aquel asilo. Era como una cárcel. Nos encerraban y vigilaban como prisioneros; lo hubiera pasado menos mal si hubiese podido congeniar con los otros muchachos. Pero en su mayoría eran golfillos de la peor clase: mentirosos, rastreros y cobardes, sin pizca de nobleza ni la menor idea de honradez y sinceridad. Únicamente una cosa me gustaba: los libros. ¡Oh, te aseguro que me di unos atracones de leer! Pero esto no podía compensarme de lo demás. Yo necesitaba libertad, la luz del sol y el agua salada. ¿Qué había hecho para estar encerrado y mezclado con aquella chusma? En lugar de proceder mal, había tratado de obrar con rectitud, de perfeccionarme, y aquello era lo que había ganado. Era demasiado joven para pensar por mi cuenta, y como ya no podía más, aprovechando una ocasión me escapé. Parecía como si en tierra no hubiera lugar para mí, por lo que me uní con French Pete y volví al mar. Eso es todo; pero en cuanto sea un poco mayor, volveré a probar fortuna; lo bastante mayor para ganarme la vida solo y honradamente.

—Tú volverás a tierra conmigo —dijo Joe con autoridad, poniéndole la mano en el hombro—. Eso es lo que harás. En cuanto...

¡Pum! En la playa sonó un disparo de revólver. ¡Pum! ¡pum! Los tiros se sucedían con extraordinaria rapidez. Rasgó el aire una voz de hombre y se extinguió enseguida.

Alguien empezó a gritar pidiendo auxilio. Al instante se habían puesto de pie los muchachos, izando la vela mayor y preparándolo todo. El grumete del *Reindeer* hacía otro tanto. En el yate anclado a corta distancia, un hombre, despertado bruscamente, asomó asustado la cabeza, pero se retiró enseguida. Desaparecida la tensión de la espera, había llegado la hora de obrar.

CAPÍTULO 18

UNA NUEVA RESPONSABILIDAD PARA JOE

En cuanto hubieron remontado la cadena del áncora, Frisco Kid y Joe se detuvieron. Todo estaba pronto para dar el foque al *Dazzler y* partir. Se esforzaban por ver lo que ocurría en la playa. El tumulto se había extinguido, pero empezaban a encenderse luces aquí y allá. Llegó a sus oídos el chirriar de garruchas y cuerdas, y oyeron la voz de Red Nelson que decía:

—¡Izad las velas y soltad!

—French Pete se olvidó de aceitarlas —dijo Frisco Kid refiriéndose a las garruchas.

—Ahora se ocupará de eso, ¿verdad? —replicó el grumete del *Reindeer* sentándose en el techado de la cabina y secándose la cara, después del esfuerzo de izar él solo la vela mayor.

—Me parece que no les ha pasado nada —prosiguió Frisco Kid—. ¿Está todo dispuesto?

—Sí, aquí todo.

—¡Eh! —les gritó el hombre del yate sin atreverse a sacar la cabeza—. Bien podrían ustedes marcharse enseguida.

—También podría usted callar y estarse quieto —fue la respuesta que le dieron—. Nosotros ya nos arreglaremos; haga usted otro tanto.

—Si estuviese ahí fuera, ya verían ustedes —les amenazó.

—Por suerte suya, no es así —respondió el grumete del *Reindeer.*

Y el hombre no volvió a hablar.

—Ya vienen dijo de pronto Frisco Kid a Joe.

Los dos botes surgieron de la oscuridad y llegaron al lado de los barcos. Según se desprendía del tono de voz de French Pete, venían disputando.

—¡No, no! —gritaba—. Cárgalo en el *Dazzler.* El *Reindeer* corre demasiado y desaparecerá tan rápidamente que no volveré a verle jamás. Cárgalo en el *Dazzler.*. ¿Eh? ¿qué dices?

—Bueno, está bien —convino Red Nelson—. Luego lo repartiremos. Pero hay que darse prisa. Fuera muchachos, y ayudad a subirlo. ¡Tengo el brazo roto!

Los hombres saltaron a bordo, tiraron las cuerdas, y todas las manos, excepto las de Joe, se pusieron al trabajo. Las voces, el ruido de remos, el rechinar y golpear de

garruchas y velas indicaban que los de la playa se ponían en movimiento para perseguirles.

—¡Ahora! —ordenó Red Nelson—. ¡Todos juntos! ¡No dejéis que vuelva atrás, si no, destrozaréis el bote...! ¡Ahora va bien! ¡Un tirón largo y fuerte! ¡Otra vez! ¡Y otra...! ¡Que alguien dé la vuelta y sostenga!

A pesar de que el trabajo sólo se había realizado a medias, se hallaban extenuados por el tremendo esfuerzo y lo terminaron impacientes. Joe miraba por la borda para adivinar qué podría ser aquel objeto tan pesado, y distinguió la vaga silueta de una caja de caudales.

—¡Ahora todos juntos! —comenzó otra vez Red Nelson—. ¡No os detengáis! ¡Arriba! ¡Otra vez! ¡Y otra! ¡Ya está!

Tirando y jadeando, con los músculos en tensión y el pecho palpitante, subieron la incómoda carga, la suspendieron en el borde de la barandilla y la bajaron al sollado sin detenerse. Las puertas de la cabina se abrieron de par en par y la metieron lentamente hasta dejarla en el suelo, arrimada al extremo de la sobrequilla. Red Nelson les había seguido para dirigir la maniobra. El brazo izquierdo le pendía inerte, y por las puntas de los dedos goteaba la sangre con monótona regularidad. Sin embargo, parecía no darle importancia, como tampoco se la concedía al rumor de la tempestad humana que había provocado en tierra y que, a juzgar por el tumulto, amenazaba descargar sobre ellos.

—¡Haced rumbo al Golden Gate! —dijo a French Pete cuando se volvía para marcharse—. Yo trataré de estar cerca, pero si te pierdes en la oscuridad, al amanecer iré a buscarte fuera, más allá de las Farrallones.

Saltó en el bote detrás de los hombres, y con un gesto de su brazo herido gritó:

—¡Y luego a México, compañeros... México, donde siempre es primavera!

Al mismo tiempo que el *Dazzler,* libre del áncora, partía bajo el impulso del foque, asomó por la popa una vela oscura, faltando poco para que no tropezara con el esquife que iba a remolque. El sollado de este barco desconocido estaba atestado de hombres, quienes al ver a los piratas, gritaron furiosos. Por la mente de Joe pasó la idea de correr a proa y cortar las drizas, a fin de que el *Dazzler* fuese capturado. Según había dicho el día antes a French Pete, él no había cometido nada de que tuviera que avergonzarse, y no temía presentarse ante un tribunal de justicia. Pero al pensar en Frisco Kid se contuvo. Deseaba llevarlo consigo a tierra; pero al obrar así ahora, haría que fuese a presidio. Además, él también empezó a interesarse vivamente en la huida del *Dazzler.*

El bergantín que les perseguía viró rápidamente para darles caza y rozó en la oscuridad al yate allí anclado. El hombre que había a bordo, creyendo que ahora le tocaba a él, dio un alarido, corrió desaforado por la cubierta y se lanzó al agua. Aprovechando la confusión, y mientras los otros procuraban salvarle, French Pete y los suyos desaparecieron en las sombras.

El Reindeer ya se había perdido de vista, y cuando Joe y Frisco Kid hubieron recogido las garruchas y puesto todo en orden, se hallaron en alta mar. El viento refres caba constantemente y el *Dazzler* emprendió una loca carrera por aquella superficie relativamente tranquila. Antes de una hora habían dejado atrás las luces de Hunter's Point. Frisco Kid bajó para hacer café, pero Joe permaneció sobre cubierta, viendo crecer las luces de la parte Sur de San Francisco y meditando acerca del punto de destino. ¡México! ¡Iban a navegar en tan frágil embarcación! ¡Imposible! Al menos eso creía él, pues la idea que se había formado de los viajes por el océano quedaba reducida a los

buques de vapor y a los barcos perfectamente equipados. Comenzaba a lamentar no haber cortado las drizas y deseaba dirigir mil preguntas a French Pete; pero precisamente cuando iba a formular la primera, este digno personaje le mandó bajar para tomar café y acostarse. Poco después le siguió Frisco Kid, y French Pete se quedó solo, ocupado en alejarse del golfo y salir al mar abierto. Distinguió una vela a sotavento, en la borda opuesta, que orzaba bruscamente y se aproximaba hasta hacerse perfectamente visible. Pero la oscuridad les favorecía y ya no oyó nada, tal vez porque iban a barlovento y avanzaban con la relinga floja.

Poco después del alba, los dos grumetes fueron llamados, y subieron a cubierta soñolientos todavía. El día había amanecido frío y gris y el viento se había convertido en huracán. Joe vio con asombro las blancas tiendas de la estación de cuarentena de Angel Island. San Francisco aparecía al Sur del horizonte como una mancha borrosa, mientras la noche, que todavía se rezagaba por Poniente, se retiraba con lentitud. French Pete acababa de pasar por los Raccoon Straits y al mismo tiempo observaba un bergantín a media milla de popa que se acercaba velozmente.

—Se figuran que cogerán al *Dazzler* dijo.

Y haciendo virar el barco, puso rumbo directamente al Golden Gate.

El bergantín que les perseguía tomó la misma dirección. Joe lo observó durante unos minutos. En apariencia, corría paralelamente a ellos y pronto pareció que les tomaba la delantera.

—¡A este paso nos alcanzarán enseguida! —gritó.

French Pete se echó a reír.

—No lo creas —replicó—. Ellos siguen, pero nosotros dirigimos. A ellos el viento les ofrece resistencia y a nosotros nos empuja. ¡Espera y veras!

—Aunque adelanten más —le explicó Frisco Kid—, nosotros estamos más cerca del viento. Y al fin les venceremos, aun cuando tuviesen el valor de cruzar la barra... que no lo creo. ¡Mira, mira!

Por la proa se veían las grandes olas del océano elevarse hacia el cielo y precipitarse en atronadoras montañas de espuma. En medio de ellas, mostrando unas veces la carena y hundiendo otras la cubierta cargada de madera, una goleta de cabotaje entraba en el puerto con gran dificultad. La batalla entre el hombre y los elementos era grandiosa.

Cualquier temor que Joe hubiese podido abrigar desapareció, y empezaron a dilatársele las narices y a brillarle los ojos ante la inminencia de la lucha.

French Pete pidió los impermeables, y a Joe también le equiparon con uno que llevaban de reserva. Después le mandó bajar con Frisco Kid para que amarraran y sujeta ran bien la caja de caudales. Estando en esto, Joe echó una ojeada al nombre de la sociedad, escrito con letras doradas en la parte anterior, y leyó: «Bronson & Tate».

¡Cómo, aquello era el nombre de su padre y el del socio de éste! ¡Aquella era su caja de caudales, su dinero! Frisco Kid, que estaba clavando la última grapa en el suelo, levantó los ojos y siguió la mirada de Joe.

—¡Qué casualidad! —murmuró—. ¿No es tu padre? Joe asintió con la cabeza. Ahora lo veía todo. Habían ido a San Andreas, donde se hallaban las grandes canteras de su padre, y probablemente aquella caja de caudales contenía los salarios de los mil hombres que allí trabajaban.

—No digas nada —le advirtió.

Frisco Kid convino sagazmente en callar.

—De todos modos, French Pete no sabe leer —indicó—, y es casi seguro que Red Nelson ignore tu nombre. Pero sea como sea, es una casualidad. Sin embargo, tan pronto como puedan la abrirán y se repartirán su contenido. ¿Qué piensas hacer?

—Espera y verás.

Joe se había propuesto hacer todo lo posible para defender los intereses de su padre. Suponiendo lo peor, no cabía sino perder la caja; y esto es lo que sin duda hubiese ocurrido de no estar él allí; pero ahora tenía cuando menos una probabilidad de luchar para salvarla o ponerse en situación de poderla recobrar.

Las responsabilidades se amontonaban rápidamente sobre él. Días atrás no tenía que preocuparse sino de él mismo; luego, de una manera vaga, había creído tener ciertas obligaciones respecto del porvenir de Frisco Kid; después se había dado cuenta de lo que debía a su posición, a su hermana, a sus camaradas y amigos; y ahora, por una inesperada serie de circunstancias, se presentaba la necesidad urgente de defender los intereses de su padre.

Era una llamada a todas sus energías, y él respondía valerosamente. Aunque el resultado era problemático, no dudaba; y este mismo estado de ánimo, esta confianza propia, fortalecían su resolución.

Tampoco dejó de sentir, y también de una manera vaga, la enorme verdad de que la confianza engendra confianza y el valor aumenta el valor.

CAPÍTULO 19

EL PROYECTO DE LOS MUCHACHOS Y SU HUIDA

—¡Ahora entramos en la danza! —gritó French Pete.

Ambos muchachos corrieron al sollado. Se hallaban al extremo del rompeolas, y en aquel momento se levantaba por encima de ellos una ola de cuarenta pies, coronada de espuma, robándoles el viento y amenazando aplastar la diminuta embarcación como si fuese una cáscara de huevo. Joe contuvo el aliento. French Pete orzó directamente sobre ella, y el *Dazzler* remontó de una embestida la ruda pendiente, se balanceó un instante en la vertiginosa cima y cayó en el valle que se abría al otro lado.

Alejándose a intervalos para llenar la vela mayor, y luego cortando las olas, se abrieron camino a través del peligroso paso. Después les sorprendió la punta de una ola y poco faltó para que desaparecieran entre la espuma; pero aparte de esto, el bergantín se bamboleaba y se zambullía con la facilidad de un corcho.

A Joe le parecía estar fuera de la realidad... fuera del mundo. ¡Oh, aquello era vivir! ¡Aquello era acción! ¡Aquél no era el mundo vulgar en que tanto tiempo había vivido! Los marinos, agrupados en la cubierta inundada de la goleta, agitaban las gorras impermeables, y hasta el capitán, desde el puente, expresaba su admiración por el atrevido barco.

—¡Ah, mirad, mirad! dijo French Pete, señalando a popa.

La goleta había tenido miedo de aventurarse y rodeaba el extremo de la barra para alejarse de allí. La caza había terminado.

El remolcador de los prácticos, que corría a refugiarse del temporal que se aproximaba, voló por su lado como un pájaro asustado, pasando junto a la goleta, como si ésta hubiese estado parada.

Media hora después el *Dazzler* salvaba la última ola y se deslizaba por la vasta superficie del Pacífico. El viento había aumentado la velocidad, y fue preciso poner otro rizo al foque y a la vela mayor. Después viraron otra vez con toda facilidad sobre estribor, hacia las Farralones, treinta millas más lejos.

A tiempo de tomar el desayuno, alcanzaron al *Reindeer,* que estaba dando tumbos y tratando de alejarse de la costa. El timón estaba amarrado y sobre cubierta no había un alma.

French Pete lamentaba amargamente tamaña temeridad.

—Ésta es una de las faltas de Red Nelson. No se preocupa, ni tiene miedo a nada. El mejor día morirá, ¡oh, ya lo creo!

Tres veces dieron la vuelta al *Reindeer,* gritando a coro al pasar por barlovento, antes de que nadie subiese a cubierta. Entonces izaron las velas enseguida y las dos cáscaras de caracol se perdieron en la inmensidad del Pacífico. Esto era preciso, según informó Frisco Kid, a fin de hallarse en alta mar antes de que estallase sobre ellos toda la furia del temporal. De lo contrario, se verían arrastrados por el viento contra la costa de California. Para obtener agua y alimentos, ya desembarcarían cuando fuese oportuno. Red Nelson felicitó a Joe por el hecho de no marearse, cuya circunstancia atrajo también los elogios de French Pete y le puso de mejor humor con el marinerito rebelde.

—Voy a decirte lo que se puede hacer —murmuró Frisco Kid al oído de Joe, mientras guisaba la comida—. Esta noche llevaremos abajo a French Pete...

—¿Llevar abajo a French Pete?

—Sí, en cuanto oscurezca le ataremos bien; apagaremos las luces, avanzaremos hacia tierra y ganaremos puerto sea como sea, tan pronto como podamos desprendernos de Red Nelson.

—Eso estaría muy bien —reflexionó Joe—, si pudiese realizarlo yo solo. Porque pedirte que me ayudaras sería obligarte a hacer traición a French Pete.

—A eso voy. Te ayudaré si me prometes algunas cosas. French Pete me tomó cuando me escapé del asilo, medio muerto de hambre y sin saber adónde ir. No puedo pagarle todo esto enviándolo a presidio. No sería honrado. Tu padre no te haría faltar a tu palabra, ¿verdad?

—¡Claro que no! —dijo Joe, que sabía cuán escrupulosamente mantenía su padre la palabra de honor.

—Pues tienes que prometerme, y tu padre deberá sostenerlo, que no se hará ningún daño a French Pete.

—Muy bien. Y ahora, en cuanto a ti... ¡Supongo que no querrás volver al *Dazzler!*

—¡Oh, no te preocupes por mí! Yo no tengo quien me espere. Soy lo bastante fuerte y conozco suficientemente mi oficio para embarcarme como marino. Me dirigiré a cualquier punto del otro lado del mundo y empezaré de nuevo la vida.

—Pues entonces, habrá que dejarlo estar.

—¿Dejar estar el qué?

—El deshacernos de French Pete y huir.

—De ningún modo. Eso está ya decidido.

—Pues yo no pienso intervenir en nada, y prefiero ir a Méjico, si no me prometes una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que te entregues a mi iniciativa en cuanto desembarquemos. Tú no conoces nada de tierra, al menos... eso dijiste. Yo sé que puedo, con el apoyo de mi padre, ponerte en situación de estudiar y educarte y llegar a ser algo más que un pirata. ¿No es eso lo que a ti te gustaría?

Aunque Frisco Kid no dijo nada, de sobra daba a entender la expresión de su semblante cuánto le complacía aquello.

—Y será lo que te has merecido —prosiguió Joe—. Porque me has ayudado a recobrar el dinero de mi padre. A ti te lo deberá.

—Pero yo no lo hago por eso, ni me parece bien que haya quien haga un favor sólo para que se lo paguen.

—Bueno, cállate. Tú no puedes calcular lo que gastaría mi padre pagando a *detectives* para recuperar esta caja de caudales. Dame tu palabra, y cuando todo esté arreglado, si no te conviene podrás marcharte. Ya verás qué bien.

Después de este pacto se estrecharon las manos y se dedicaron a trazar el plan de campaña para la noche. Pero el temporal que llegó aullando del Noroeste había dispuesto otra cosa muy distinta para el *Dazzler y* su tripulación.

Después de comer, a pesar de que la tormenta no había alcanzado aún el punto máximo, se vieron obligados a doblar los rizos de la vela mayor y del foque. El mar se había agitado hasta convertirse en una serie de montañas de agua que, vistas desde la cubierta poco elevada del bergantín, constituían un espectáculo terrible y grandioso a la vez. Los barcos únicamente podían verse uno a otro cuando las olas los mecían sobre sus crestas. De vez en cuando una ola se precipitaba por el sollado o se estrellaba contra la cabina, y Joe no podía apartarse un solo momento de la pequeña bomba.

A las tres, French Pete, que acechaba la ocasión, indicó al *Reindeer* que virara y soltara un áncora de resistencia. Ésta tenía la forma de un saco de lona ancho y poco pro fundo, cuya boca mantenían abierta tres palos amarrados en triángulo. Atados a ellos había tres cables de remolque con el fin de presentar al agua la mayor superficie. El bergantín, aun derivando con más rapidez, dominaba con la proa el viento y las olas, siendo esta posición más segura en un temporal. Red Nelson respondió con un gesto de la mano que había comprendido y que siguiera adelante.

French Pete se dirigió a proa para echar el áncora de resistencia, dejando encargado a Frisco Kid de inclinar el timón en el momento oportuno y correr a sotavento. El francés se balanceaba en la resbaladiza proa, esperando la ocasión. Pero en aquel momento el *Dazzler* se vio elevado por una ola enorme, y cuando alcanzó la cima y se preparaba a acortar la quilla, le cogió una fuerte ráfaga. A tan súbita presión, ni las velas ni las drizas del mástil ofrecieron la menor resistencia.

No hubo más que un crujido seco seguido de un violento choque. El fuerte aparejo de barlovento fue arrancado por los rebenques, y el mástil, el foque, la vela mayor, las garruchas, los estays, el áncora de resistencia, French Pete..., todo cayó al mar.

Casi por un milagro el capitán pudo agarrarse al cabo del bauprés y trató de subir por allí. Los muchachos corrieron a proa para ayudarle a salvarse, y Red Nelson, al ver el desastre, se apoderó del timón y voló en su socorro.

CAPÍTULO 20

HORAS DE PELIGRO

French Pete no se había herido al caer al mar juntamente con el mástil del *Dazzler;* pero el áncora de resistencia, que lo había seguido, no salió tan bien librada. El garfio de la vela mayor la había desgarrado y ya no servía para su cometido. Las piezas arrancadas por el temporal golpeaban violentamente el costado del barco y lo mantenían inclinado frente a las olas; posición ésta no tan peligrosa como podría parecer, pero tampoco muy segura.

—¡Adiós, viejo *Dazzler!* Ya no volverás a desafiar al viento. Ya no volverás a vencer a los yates elegantes y presumidos.

Así se lamentaba el capitán French, de pie en el sollado y contemplando la ruina con lágrimas en los ojos. Hasta Joe, que sentía por él profunda antipatía, le com padeció en aquel momento. Una ráfaga más fuerte cogió la dentada cresta de una ola y la precipitó sobre la embarcación indefensa.

—¿No podremos salvarla? —preguntó Joe atropelladamente.

Frisco Kid movió la cabeza.

—¿Ni siquiera la caja de caudales?

—Imposible —contestó—. Ni por todo el oro de los Estados Unidos podría colocarse otro barco a nuestro lado. De forma que lo único que podemos hacer es tratar de salvarnos nosotros.

Pasó otra ola por encima de ellos, y el bote, sumergido desde mucho antes, se hizo pedazos contra la popa. Luego el *Reindeer* se alzó junto a ellos sobre una montaña de agua. Joe se inclinó, pues parecía que iba a caerles encima pero un instante después se hundía en el abismo y lo vieron muy por debajo de ellos.

Era una visión imponente, que Joe no iba a olvidar jamás. El *Reindeer* se balanceaba en la cresta de nevada espuma; barrían su cubierta las olas, que caían for mando cataratas y por todas partes brotaban surtidores, dando a la escena un aspecto fantástico. Uno de los hombres, reptando por la peligrosa cubierta de popa, se esforzaba en desatar el bote destrozado por las olas. El grumete, inclinado sobre la barandilla del sollado, le alargaba un cuchillo. El otro hombre estaba junto al timón, manejándolo con mano ligera y obligando a avanzar al bergantín. A su lado, llevando en cabestrillo el brazo herido, se hallaba Red Nelson, descubierta la cabeza y los dorados bucles empapados, que el viento le hacía revolotear por la cara. Toda su actitud respiraba fuerza y valor indomables. Parecía desprenderse de él un fuego sublime.

Joe le miró de pronto con respeto y, dándose cuenta de las enormes energías de aquel hombre, lamentó la forma con que habían sido empleadas. ¡Un ladrón! En aquel instante Joe vislumbró la realidad de la vida, y pudo interpretar el misterio del éxito y del fracaso. La vida descorría las cortinas para que él lograse leer y comprender. De esta misma arcilla se formaban los héroes; pero ellos poseían lo que le faltaba a Red Nelson: el poder de elección, el prudente equilibrio de la inteligencia, el firme dominio del alma. En una palabra: las mismas cosas que servían de tema a los «sermones» de su padre.

Esto fue lo que pensó Joe en el transcurso de un segundo. Entonces el *Reindeer* volaba sobre el lomo de una ola imponente, para abatirse después a sotavento junto a la proa del *Dazzler*

—¡El loco! ¡el loco! —exclamó French Pete mirando esta maniobra con espanto—. Se figura que puede hacer bromas. ¡Se matará! ¡Todos moriremos! Debió dar la vuelta. ¡Oh, el loco, el loco!

Pero no había tiempo que perder y Red Nelson se aventuró a probar suerte. En el momento preciso arrió la vela mayor y trató de barloar.

—¡Ahora viene! ¡Prepárate a saltar dentro! dijo Frisco Kid a Joe.

El *Reindeer* pasó junto a la popa, tumbándose hasta sumergir las ventanas de la cabina, y tan próximo a ellos, que parecía que iba a abordarles. Pero un capricho de las aguas separó las dos embarcaciones.

Red Nelson, al ver que la maniobra se había frustrado, preparó otra enseguida. Inclinando con fuerza el timón, hizo virar rápidamente al *Reindeer,* y el botalón se balan ceó cerca del *Dazzler* French Pete era quien estaba más inmediato y la oportunidad no duraría un segundo. Saltó como un gato y asió la cuerda con ambas manos. Entonces el *Reindeer* se alejó, hundiéndole en el agua a cada cabeceo. Pero él seguía agarrado a la cuerda, y cuando salía a flote hacía esfuerzos para subir a bordo, hasta que al fin lo consiguió y se dejó caer en el sollado mientras Red Nelson viraba para retroceder a sotavento y repetir la maniobra.

—¡Ahora te toca a ti! dijo Frisco Kid.

—¡No, a ti! —contestó Joe.

—Es que yo se nadar mejor que tú —insistió Frisco Kid.

—Yo sé tanto como tú —replicó el otro.

Hubiese sido difícil conjeturar el resultado de esta disputa; pero en aquella ocasión la rápida sucesión de los acontecimientos hizo innecesario todo convenio.

El *Reindeer* había perdido el foque y retrocedía a una velocidad vertiginosa y tan inclinado que parecía iba a zozobrar. Era aquél un espectáculo magnífico. Entonces fue cuando la tempestad estalló con toda su furia; el viento bramaba y batía las encrespadas olas de aquel hervidero. El *Reindeer* desapareció tras una ola inmensa, y un momento después, donde había estado el bergantín, los ojos espantados de los grumetes no vieron sino las aguas enfurecidas. Como dudaran todavía, volvieron a mirar. No se hallaba allí el *Reindeer Se* hallaban solos en la atormentada superficie del Océano.

—¡Que Dios se apiade de sus almas! —exclamó solemnemente Frisco Kid.

Joe estaba demasiado horrorizado por la rapidez de la catástrofe para poder decir nada.

—Con el lastre que llevaba, se ha ido enseguida al fondo —pronunció casi sin aliento Frisco Kid. Luego prosiguió, atendiendo a la urgencia de su propia necesi dad: Ahora hemos de preocuparnos de nosotros. Después de esta ráfaga la tormenta se aplacará, pero el mar se pondrá más bravo cuando cese el viento. Ayúdame con una mano y sosténte con la otra. Procuraremos seguir adelante.

Con el cuchillo en la mano treparon juntos hacia la proa, donde los restos del naufragio entorpecían seriamente la marcha. Frisco Kid inició este trabajo tan difi cultoso, pero Joe obedecía las órdenes como un veterano. A cada minuto la proa se veía barrida por las olas, que les zarandeaban y molían como si fueran dos paquetes. Primeramente la porción mayor de los restos fue asegurada en las bitas delanteras; después, jadeando, sin aliento, más veces bajo el agua que fuera de ella, cortaron y tajaron el enredo de drizas, velas,

estays y jarcias. El sollado se llenaba de agua rápidamente, y aquello era una lucha desesperada entre el naufragio y la ejecución de la maniobra. Sin embargo lograron al fin despejarlo todo, excepto el aparejo de sotavento. Frisco 1·'—id cortó de un tajo los rebenques. El temporal hizo lo demás.

El *Dazzler* derivaba rápidamente a sotavento. Deteniéndose sólo para animarse con el éxito de la empresa, los dos muchachos corrieron a popa, donde el sollado estaba casi inundado y flotaba todo lo almacenado en la cabina. Con un par de cubos hallados en los cajones de popa procedieron a achicar el agua. Era un trabajo desesperado, pues entraba más de la que salía; pero ellos perseveraron, y, al llegar la noche, el *Dazzler,* balanceándose alegremente sujeto al áncora de resistencia, podía jactarse de que las bombas funcionaban una vez más. Como había dicho Frisco Kid, el temporal había cedido, pero el viento había cambiado hacia Poniente y seguía soplando con fuerza.

—Si esto dura —dijo Frisco Kid—, tal vez derivemos mañana hacia la costa de California. No podemos hacer sino esperar.

Hablaban muy poco, impresionados por la pérdida de sus compañeros y rendidos por el cansancio, prefiriendo estar muy juntos, a fin de prestarse mutuamente calor y ánimo. Fue aquella una noche muy triste, en la que el frío les hacía temblar constantemente. Nada había seco a bordo; alimentos, mantas, todo estaba empapado de agua salada. A veces se adormilaban, pero estos intervalos eran siempre cortos, pues el uno o el otro se despertaban de pronto sobresaltados y no dejaban dormir al compañero.

Al fin empezó a clarear, y miraron a su alrededor. Viento y mar habían amainado considerablemente, y ya no se trataba mas que de la seguridad del *Dazzler* La costa, más próxima de lo que ellos suponían, mostraba sus rocas negras y hostiles en las brumas del amanecer. Pero con la salida del sol pudieron distinguir las playas amarillentas, flanqueadas por la espuma de la marejada, y más allá —dudando de que fuese cierto— los grupos de casas y las chimeneas humeantes de una ciudad.

—¡Santa Cruz! —gritó Frisco Kid—. Ahí no hay cuidado de naufragar con la resaca.

—Entonces, ¿la caja de caudales está salvada? —preguntó Joe.

—¡Salvada! Ya lo puedo asegurar. No hay allí ningún puerto seguro para barcos grandes, pero con este viento iremos directamente a las bocas del río San Lorenzo. Aquello parece un pequeño lago, y hay un refugio para las embarcaciones. El agua, tranquila y clara como un cristal, apenas pasa de la cabeza. Yo estuve allí otra vez y conozco aquello. Llegamos a tiempo de desayunar.

Sacó de los cajones algunas adujas de cuerda de reserva, las ató sobre la parte fija de la guindaleza del áncora de resistencia, y trajo a popa la nueva corredera, sujetándola a las bitas. El *Dazzler* se balanceaba y, después de la maniobra, dirigió la proa a la costa.

Un par de remos que subieron y otras tantas mantas mojadas bastaron para confeccionar una bandola y una vela. Cuando todo esto estuvo colocado, Joe libró la embarcación de los restos del naufragio que ahora iban a remolque, y Frisco Kid se apoderó del timón.

CAPÍTULO 21

JOE Y SU PADRE

—¿Qué te parece? —exclamó Frisco Kid cuando, después de amarrar el *Dazzler,* se sentó en el borde del pequeño malecón—. ¿Qué hacemos ahora, capitán?

Joe levantó los ojos sorprendido.

—Pero... ¿qué te pasa?

—Bueno, ¿no eres tú ahora el capitán? ¿No hemos llegado a tierra? Desde este momento yo soy la tripulación, ¿no es eso? ¿Qué ordenas?

Joe recogió la alusión.

—Todos a preparar el desayuno... eso es... espera un momento.

Bajó de nuevo al barco, y se apoderó del dinero que había guardado en su fardo al llegar a bordo. Después cerró con llave la puerta de la cabina y se reunió con Frisco para dirigirse a la ciudad, en busca de un restaurante. Mientras desayunaban, Joe planteó lo que debían hacer y se lo comunicó a su compañero.

Respondiendo a las preguntas de Joe, el camarero le dijo la hora de salida del tren para San Francisco. Echó una mirada al reloj.

—Tengo el tiempo justo para tomarlo —dijo a Frisco Kid—. No abras las puertas de la cabina ni dejes que suba nadie a bordo. Aquí tienes dinero. Come en el restaurante, seca las mantas y duerme en el sollado. Yo estaré de vuelta mañana; pero no dejes entrar a nadie en la cabina. Hasta la vista.

Se despidieron con un rápido apretón de manos, y Joe se fue corriendo calle abajo hacia la estación. El revisor le miró con sorpresa al taladrarle el billete. Y no era de extra ñar, porque los pasajeros no acostumbraban a viajar con botas de agua e impermeable. Joe no hizo caso, ni lo notó siquiera. Había comprado un periódico y estaba absorto en su lectura. Pronto encontraron sus ojos un artículo interesante:

«SE DA TODO POR PERDIDO»

> »El remolcador Sea *Queen,* fletado por Bronson & Tate, ha regresado de una expedición infructuosa más allá de los Heads. No han podido obtenerse noticias acerca de los piratas que tan atrevidamente se apoderaron de la caja de caudales, en San Andreas, la noche del pasado jueves. El farero de las Farrallones dice haber visto el viernes por la mañana dos bergantines alejándose de la costa en lo más fuerte de la tormenta. Las gentes de mar suponen que han perecido durante el temporal juntamente con lo robado. Se dice que, además de los diez mil dólares, la caja de caudales contenía documentos de suma importancia.»

Cuando Joe hubo leído todo esto, sintió un gran alivio. Era evidente que nadie había muerto en San Andreas la noche del robo, pues de lo contrario hubiese habido algún comentario en el periódico. Así pues, todo iba bien.

En la estación de San Francisco se sorprendieron los transeúntes al ver que un muchacho con botas de agua e impermeable subía a un coche y partía a escape.

Pero Joe llevaba prisa. Conocía las horas en que su padre estaba en el despacho y tenía miedo de no poder hallarle antes de que se marcharse a almorzar.

El botones de la oficina le puso mala cara cuando abrió la puerta y Joe le pidió ver al señor Bronson. El primer dependiente, intimado por la llegada de aquel intruso tan poco recomendable, no le pudo reconocer.

—¿No me conoce usted, señor Willis?

El señor Willis le miró sorprendido.

—¡Cómo, si es Joe Bronson! ¿De dónde diablos sales? Entra, tu padre está ahí.

El señor Bronson dejó de dictar al taquígrafo y levantó la vista.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—Embarcado —contestó titubeando Joe, no sabiendo aún exactamente cómo sería recibido, y apretando, nervioso, la gorra impermeable.

—Un viaje corto, por lo visto. ¿Y cómo te ha ido?

—¡Oh! Así, así... —dijo Joe; y leyendo en los ojos de su padre, supo que podía lanzarse sin miedo—. No tan mal, si se tiene en cuenta...

—¿Si se tiene en cuenta qué?

—Bueno; pudo haberme ido peor, pero en realidad no ha podido irme mejor.

—Eso es interesante; siéntate —y volviéndose hacia el taquígrafo le dijo: —Puede usted marcharse, señor Brown... hoy ya no volveré a necesitarle.

Joe apenas podía contener las lágrimas al ver la naturalidad y el cariño con que le recibía su padre, haciéndole sentar como si no hubiese ocurrido absolutamente nada extraordinario. Parecía que acabase de regresar de unas vacaciones, o bien, hecho hombre ya, volviese de un viaje de negocios.

Ahora puedes empezar, Joe. Hace un momento me hablabas en enigma y has despertado mi curiosidad de un modo indecible.

Con lo cual se sentó Joe y contó lo ocurrido, todo lo ocurrido desde el lunes por la noche hasta aquel momento. Narró todos los pequeños incidentes, todos los detalles, no olvidando las conversaciones con Frisco Kid, ni sus proyectos referentes a este último. Se le arreboló la cara y se dejó arrastrar por la excitación del relato, mientras el señor Bronson, casi tan emocionado como él, permanecía silencioso, incitándole únicamente cuando se detenía un poco.

—Ya ves, pues —concluyó Joe—, que no podía terminar mejor.

—¡Bueno! —advirtió el señor Bronson prudentemente—. Ha podido ser así, pero también pudo no serlo. —No comprendo.

Joe sentía una verdadera decepción ante la incompleta aprobación de su padre. Se figuraba que la restitución de la caja de caudales merecía algo más.

Era evidente que el señor Bronson comprendía lo que pasaba por Joe, pues prosiguió:

—En cuanto al asunto de la caja de caudales, mereces toda suerte de elogios Joe. Te has hecho acreedor a mi más completa confianza. El señor Tate y yo hemos gastado ya quinientos dólares en las tentativas para recuperarla. Era tan importante, que hemos ofrecido también cinco mil dólares de recompensa, y precisamente esta mañana hemos considerado la conveniencia de aumentar esta suma. Pero, hijo mío —el señor Bronson se detuvo, poniendo afectuosamente una mano sobre el hombro del muchacho—, hay ciertas cosas en el mundo más importantes que el oro o los documentos que representan lo que con el oro se puede adquirir. ¿Qué me dices de ti? Esto es lo interesante. ¿Querrías vender ahora mismo las mejores posibilidades de tu vida por un millón de dólares?

Joe sacudió la cabeza.

—Esto es lo interesante, como te dije. Todo el dinero del mundo no puede comprar una vida humana, ni puede redimir al que está completamente perdido, ni llenar, completar o embellecer una vida despreciable y mal dirigida. ¿Qué me dices de ti? ¿Qué efecto han producido en tu vida, Joe, en tu vida, estas extrañas aventuras? ¿Volverías a marcharte mañana para empezar de nuevo? ¿Me entiendes? ¿Crees que por un solo instante

opondría yo todo el valor de la vida de mi hijo al mezquino valor de una caja de caudales? ¿Cómo he de poder decir, hasta que el tiempo no lo confirme, si este viaje ha podido dar mejores resultados? Una experiencia semejante es tan eficaz para el mal como para el bien. Un dólar es exactamente igual a otro, y en el mundo hay muchos; pero no hay ningún Joe como mi Joe, ni hay otro en el mundo que pueda sustituirle. ¿No lo ves, Joe? ¿No lo comprendes?

La voz del señor Bronson se quebró ligeramente y un instante después Joe sollozaba como si fuese a estallarle el corazón. Hasta entonces no había comprendido nunca a su padre, y ahora veía que debió causarle mucha pena, sin contar la que causara a su madre y a su hermana. Pero los cuatro días de emoción que había vivido le habían dado una visión más clara del mundo y de la humanidad.

Como poseía la facultad de expresar con exactitud sus pensamientos, habló de todas estas cosas; de las lecciones que había sacado, de las conclusiones que había deducido de sus conversaciones con Frisco Kid, de sus relaciones con French Pete, de la visión imborrable que conservaba del *Reindeer* y de Red Nelson cuando desaparecieron en el abismo. Y el señor Bronson, que lo escuchaba atentamente, comprendió a su vez.

—Pero ¿qué me dices de Frisco Kid, padre? —preguntó Joe cuando hubo terminado.

—Por lo que de él me cuentas, parece que el muchacho promete mucho —esta vez el señor Bronson disimuló el relámpago que cruzó por sus ojos—. Y debo confesar que parece perfectamente apto para dirigirse por sí mismo.

—¡Padre! —dijo Joe, no pudiendo dar crédito a lo que oía.

—Veamos primero. De momento, le corresponden la mitad de los cinco mil dólares; la otra mitad te pertenece a ti. Los dos juntos evitasteis que la caja de caudales se hundiera en el fondo del Pacífico, y si hubierais esperado un poco más, el señor Tate y yo hubiésemos aumentado el premio.

—¡Oh! —exclamó Joe—. Eso está arreglado enseguida. Yo renuncio sencillamente a la mitad que me corresponde. Pero no es eso precisamente lo que desea Frisco Kid. Él quiere tener unos buenos amigos... y... y... aunque tú lo hayas dicho, éstos valen mucho más que el dinero, y con dinero no pueden comprarse. Él quiere tener unos buenos amigos y una oportunidad para educarse, no dos mil quinientos dólares.

—¿No sería mejor que escogiese por sí mismo?

—¡Oh, no! Ya está todo convenido.

—¿Convenido?

—Sí señor. Él es capitán en el mar y yo soy el capitán en tierra. Ahora se halla bajo mi responsabilidad.

—Entonces, ¿tú tienes poderes para representarle en estas negociaciones? Bueno; pues voy a hacerte una proposición. Yo le guardaré en depósito los dos mil quinientos dólares, los cuales estarán en todo momento a su disposición. Más tarde arreglaremos tus asuntos. Luego lo pondremos a prueba durante un año, por ejemplo, en nuestra oficina. Tú mismo puedes dirigirle en sus estudios, pues confío que en adelante progresarás en los tuyos; y en último caso, puede ir a una escuela nocturna. Después, si sale airoso de este período de prueba, le daré las mismas facilidades para educarse que a ti. Todo depende de él. Y ahora, señor apoderado, ¿qué tienes que decir de mi oferta en interés de tu cliente?

—Que cierro el trato enseguida.

Padre e hijo se estrecharon la mano.

—¿Y tú qué vas a hacer ahora, Joe?

—Primero telegrafiar a Frisco Kid y luego ir a casa corriendo.

—Pues espera un minuto, que llame a San Andreas para comunicar la buena nueva al señor Tate, y después voy contigo.

—Señor Willis —dijo el señor Bronson cuando salieron de la oficina—, la caja de caudales de San Andreas ha sido recuperada, y lo celebraremos con un día de fiesta. Tenga la bondad de decir a los empleados que están libres por el resto del día. ¡Ah! —añadió volviéndose al entrar en el ascensor—. Sin olvidar al botones.